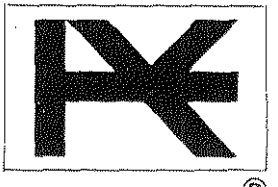
Friedrich Nietzsche: El Anticristo

Maldición sobre el cristianismo

Introducción, traducción y notas
de Andrés Sánchez Pascual

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Título original: *Der Antichrist, Fluch auf das Christenthum*

Primera edición en «El Libro de Bolsillo». 1974
Decimoséptima reimpresión en «El Libro de Bolsillo»: 1993

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© De la introducción y notas: Andrés Sánchez Pascual
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1974, 1975, 1977, 1978, 1979, 1980, 1981, 1982, 1983, 1985, 1986, 1988, 1990, 1991, 1992, 1993
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;
teléf. 741 66 00
ISBN: 84-206-1507-2
Depósito legal: M. 29.143-1993
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)
Printed in Spain

Introducción

Cuando el 8 de enero de 1889 Franz Overbeck, el teólogo de Basilea amigo de Nietzsche, llega a Turín para recoger a éste, caído en la demencia, lo encontró — son sus propias palabras — «rodeado de montones de papeles». F. Overbeck había realizado el viaje con la finalidad de salvar a Nietzsche, si todavía era tiempo. Como es bien sabido, tal curación resultó imposible. Pero de aquellos montones de papeles F. Overbeck logró rescatar los más importantes y se los llevó consigo a Basilea. Entre ellos se encontraba precisamente el manuscrito de El Anticristo, *cuidadosamente envuelto en un folio. Al salvar este libro Overbeck salvó la expresión más neta, más enérgica, más contundente — la clave, junto con los* Ditirambos de Dioniso *— de la intención última de Nietzsche.*

Esta obra, en efecto, piedra de escándalo para todo el que lúdicamente haya buscado perderse por los laberintos del pensamiento de Nietzsche, pero sin atreverse a llegar nunca hasta el rincón último donde tiene su morada el Minotauro; esta obra, arma de combate de católi-

cos contra protestantes, de protestantes contra católicos, de creyentes contra ateos, de ateos contra creyentes, de todos contra Nietzsche; esta obra, maldecida, calumniada, injuriada, exaltada, aplaudida y, sobre todo, malentendida y desconocida, es la conclusión más coherente, la conclusión necesaria, *de todo su camino mental. Si el pensamiento de Nietzsche no lleva a* El Anticristo, *no lleva a ninguna parte.*

Superficiales resultan todos los intentos de asimilar de Nietzsche tan sólo alguna que otra idea recogida al azar en sus escritos. Disfrutar, por ejemplo, con el psicólogo refinado que desenmascara lo humano, demasiado humano de las acciones presuntamente nobles; ensalzar al estilista prodigioso del incógnito idioma alemán, al escritor dueño de todos los registros de que éste ya disponía y, por encima de eso, al enriquecedor del mismo con tonos que en él parecían inalcanzables; encandilarse con su serena e impávida destrucción de los cimientos del llamado Occidente, como si se estuviera contemplando la pintoresca voladura de un castillo de fuegos artificiales; asistir, en fin, al «espectáculo» Nietzsche como se asiste a una función de circo, para chismorrear luego acerca del escalofrío que uno mismo sintió al contemplar las «sombras etruscas», las «intangibilidades abstractas de la existencia» y, sobre todo, aquel número — ¡oh, el gran final de fiesta! — en que el pobre payaso jugaba con unos «dados inamovibles»: todo eso acaso esté bien, pero no representa más que un entretenimiento. Quedarse en ello y no avanzar hasta El Anticristo *es, sencillamente, no atreverse a mirar a Nietzsche a los ojos. Quien quiera vivir a partir de Nietzsche habrá de roer este hueso de* El Anticristo; *y, además, tragarlo. Y no sólo en lo negativo, cosa fácil, sino en lo positivo. No sólo en el* no, *sino también en el* sí *oculto que aquí está encerrado. Ante la imposibilidad de hacerlo, más de uno ha acabado por arrojar, todo entero, a Nietzsche.*

El destino del manuscrito y de su publicación

Como ha quedado dicho, fue F. Overbeck quien recogió en Turín, entre otros papeles, el manuscrito de El Anticristo *y lo llevó consigo a Basilea. Recuperado de la profunda depresión que el hundimiento psíquico de su amigo había causado en él, se dispuso a ordenar aquellas escrituras, tropezando así con esta obra. F. Overbeck fue, pues, el primer lector de* El Anticristo, *y es posible que no sólo en sentido cronológico haya sido el «primero». En aquel momento, al menos, ningún lector más capacitado que él para poder comprender su significado. A Peter Gast, que le preguntaba cuáles eran las obras que Nietzsche había dejado concluidas, le respondió con estas líneas, pertenecientes a una carta escrita el 4 de febrero de 1889:*

«... *De la* Transvaloración de todos los valores *en especial, no hay completo, efectivamente, más que el libro primero, envuelto también él en un folio blanco, con este título*

El Anticristo
Transvaloración de todos los valores

La segunda línea está tachada y sustituida por las palabras 'Maldición sobre el cristianismo', las cuales, por desgracia, dejan oír otra vez el cínico acento con que en sus últimas cosas Nietzsche, en un cierto crescendo, *se ha hecho a sí mismo, creo yo, no menor violencia que a los demás; en esas palabras paréceme reconocer los mismos trazos que se muestran en los breves manifiestos que, según parece, envió en el primer día de su locura a muy diversos sitios, también a nosotros, a usted, y a mí... Por el momento no estoy en condiciones de estudiar con más detalle los papeles, tampoco de proceder a una lectura de* El Anticristo, *cuya muy detallada crítica, también del Antiguo y Nuevo Testamento, yo leeré con tenso interés, precisamente en lo que respecta al último punto...*»

Cinco semanas más tarde, tras la lectura de la obra, Franz Overbeck escribe al mismo destinatario otra carta, en la que se contiene el primer juicio sobre El Anticristo. *Dice así:*

«... para asegurar esta obra contra todo riesgo, en lo que de mí dependa, he hecho una copia completa... Puede usted imaginarse que en ella el cristianismo es tratado como Marsias por Apolo. No su fundador — todas las tentativas anteriores de hacer de él una figura humana aparecen ridículamente abstractas y sólo como una ilustración de una dogmática racionalista si se las compara con la hazaña de Nietzsche y su manera de hacer surgir, de lo original de la persona, también lo humano de la misma — ; pero sí todo lo que viene después. En especial, la concepción que Nietzsche tiene del cristianismo me parece demasiado política, por así decirlo, y la equiparación cristiano-anarquista paréceme descansar en una apreciación históricamente muy discutible de lo que el cristianismo fue 'en realidad' en el Imperio Romano. El 'movimiento budista de paz' iniciado originariamente por Cristo, según Nietzsche, lo continuó siendo, a mi parecer, también el cristianismo subsiguiente, en mayor medida de lo que Nietzsche supone. Pese a todo, El Anticristo *no deja de ser un monumento único que ilumina esencialmente también las ideas propias de Nietzsche sobre este objeto, expresadas hasta ahora de manera dispersa.»*

La copia de El Anticristo *hecha por F. Overbeck — ahora en la Universidad de Basilea — le sirvió a éste para, desde el primer instante, comprender a Nietzsche mejor que nadie en su tiempo. El manuscrito mismo de la obra lo envió más tarde a Peter Gast. Y éste, el 13 de noviembre de 1893, hizo entrega del mismo a la hermana de Nietzsche. Desde ese instante este escrito, al igual que todos los demás póstumos, quedó secuestrado por la que ha sido denominada «soeur abusive» (Richard Roos). La decisión de dar a conocer o no esta obra inédita de Nietzsche y la manera de llevar a cabo su publicación, iban*

a estar encomendadas, por tanto, a la funesta hermana.

Podría suponerse que acaso ésta, asustada por los juicios del libro, que culminan en una solemne maldición, se decidiría a no publicarlo, al menos por el momento. Es preciso tener en cuenta varios factores ambientales, cuyo peso era incomparablemente mayor entonces que hoy.

En primer lugar, Nietzsche era hijo de un clérigo protestante; su madre, viuda, mujer piadosa y respetada, vivía aún, rodeada por la «virtud» de una pequeña ciudad levítica, y necesariamente había de sufrir las consecuencias de la publicación de tal obra de su hijo; la misma hermana de Nietzsche, Elisabeth Förster-Nietzsche, basaba hipócritamente su nauseabundo y militante antisemitismo en la defensa de los «valores cristianos» y andaba solicitando por aquel entonces donaciones de dinero para construir una capilla en Paraguay.

En segundo lugar, Nietzsche acababa de caer en la locura; había estado en dos manicomios, el de Basilea y el de Jena, y, dado de alta, vegetaba tristemente en una parálisis progresiva. Su demencia había provocado sensación en toda Europa, y acerca del origen de la enfermedad corrían mil chismes y rumores. Uno de sus más queridos discípulos de Basilea lo visitó en el manicomio de Jena, y al ver en la tablilla colgada junto a la cama la causa de la enfermedad: «sífilis», volvió indignado a casa y tuvo el ridículo gesto de arrojar al fuego una amplísima colección de cartas recibidas de Nietzsche en otro tiempo. En esas circunstancias, la publicación de El Anticristo *iba a servir inevitablemente para que todos los predicadores — los predicadores de púlpito y de periódico, de cátedra y de despacho — lanzasen su autocomplacida condena: «¡justo y merecido castigo de Dios!»*

En tercer lugar — y esto lo vio con gran agudeza F. Overbeck — los apresuramientos y agitaciones en el aprovechamiento de la herencia inédita de Nietzsche iban a perjudicar necesariamente su influencia y a crear confusión. Overbeck, que conocía bien el ambiente intelectual de su época, creía en el futuro de Nietzsche y estaba convencido de que su momento llegaría. Por eso se inclinaba

por la calma y la mesura. El Anticristo *no podía dejar de ser malentendido entonces.*

Pese a todo lo anterior, Elisabeth Förster-Nietzsche decidió editar la obra lo más pronto posible. El año 1895 la entregó al público. Para quien de los actos sepa inferir conclusiones sobre los actores, esta enigmática decisión arroja una luz muy clara sobre el alma de aquella enigmática mujer. En todo caso hoy *debemos estar agradecidos a su resolución. Que ella supiera sobreponerse a todas las razones antes mencionadas, que, impertérrita, mandase publicar estas páginas: eso la honra.*

Es decir, la honraría si, en aquella «cámara de los tormentos» que fue siempre el Archivo Nietzsche para los papeles inéditos del hombre con cuyo apellido se honraba, El Anticristo *no hubiese sido sometido a una refinada manipulación. Con una pedantería insufrible el manuscrito de* El Anticristo, *que Nietzsche había dejado perfectamente limpio para la imprenta, fue examinado letra por letra. Algunas palabras fueron eliminadas; algunos párrafos, suprimidos; algunas frases, retocadas; las citas bíblicas, corregidas cuando la memoria de Nietzsche parecía haber tenido un fallo. En otro lugar he estudiado con detenimiento esa descarada insolencia en el tratamiento de un escrito ajeno* [1], *y más adelante, en las notas, indicaré los pasajes pertinentes. Pero todos esos abusos parecen pequeños y pierden interés al compararlos con lo realmente grave: la sistemática manía de hacer creer al público que Nietzsche había dejado, más o menos completa, una obra magna, llamada* Transvaloración de los valores *o* La voluntad de poder, *cuyo «primer libro» sería precisamente* El Anticristo. *La aclaración de este problema es decisiva para comprender los meses finales de la vida lúcida de Nietzsche y el sentido que él quiso dar a sus últimas acciones por escrito.*

No existe, ciertamente, la menor duda de que, durante bastante tiempo, Nietzsche tuvo el propósito *de escribir una obra en cuatro libros titulada* La voluntad de poder.

[1] Véase el artículo *Problemas de «El Anticristo»*, en el número extraordinario que la «Revista de Occidente» ha dedicado a Nietzsche (agosto-septiembre 1973), pp. 207-240.

Incluso llegó a anunciarla públicamente en dos ocasiones. Lo hizo por vez primera en la contracubierta de la primera edición de Más allá del bien y del mal *(1886). En ella aparece una lista de las obras de Nietzsche, redactada indudablemente por él. Tras la enumeración cronológica de los escritos ya publicados, se anuncia, entre las «obras en preparación», la siguiente: «La voluntad de poder. Ensayo de una transvaloración de todos los valores. En cuatro libros». Por segunda vez es anunciada esa obra dentro del texto mismo de* La genealogía de la moral *(1887). En el § 27 del tratado tercero de ese escrito puede leerse lo siguiente: «Estas cosas las abordaré con mayor profundidad y dureza en otro contexto (con el título* Historia del nihilismo europeo; *remito para ello a una obra que estoy preparando:* La voluntad de poder. Ensayo de una transvaloración de todos los valores).»[2]

Está claro, pues, que Nietzsche tuvo la intención *de escribir una obra para la que disponía de un título y un subtítulo. Desde varios años atrás venía acumulando para la misma una gran cantidad de materiales, que sometió a diversas reelaboraciones. A mediados de febrero de 1888 le comunicaba a su amigo Peter Gast que había dado cima a una «primera redacción», y añadía: «En conjunto ha sido una tortura. Además, no he tenido todavía ánimos para hacerlo. Dentro de diez años lo haré mejor...» Nietzsche se encontraba totalmente insatisfecho con sus apuntes, pues, al parecer, no conseguía dominarlos. El 26 de agosto de ese mismo año traza en Sils-Maria un* último *plan de* La voluntad de poder[3]. *Después, la abandona definitivamente, y en los cuatro meses de vida lúcida que aún le quedan no vuelve a aparecer ninguna obra con ese título. Lo menos que puede afirmarse, en consecuencia, es que Nietzsche decidió*

[2] Véase F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, número 356, p. 182.

[3] Ese último plan está publicado íntegro en la Introducción a *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, número 467, pp. 12-13.

no publicar obra alguna así titulada, como más tarde hicieron los editores.

Desaparecido el título, lo que antes era subtítulo pasa a ocupar su lugar. Nietzsche reorienta sus propósitos literarios, y lo que ahora parece querer redactar es otra obra: Transvaloración de todos los valores. *El testimonio de este giro de su pensamiento aparece en un folio escrito unos días más tarde, cuyo texto es el siguiente:*

Transvaloración de todos los valores
por
Friedrich Nietzsche

1. *Nosotros los hiperbóreos.*
2. *El problema de Sócrates.*
3. *La razón en la filosofía.*
4. *Cómo el mundo verdadero acabó convirtiéndose en una fábula.*
5. *Moral como contranaturaleza.*
6. *Los cuatro grandes errores.*
7. *Con nosotros — contra nosotros.*
8. *Concepto de una religión de la* décadence.
9. *Budismo y cristianismo.*
10. *De mi estética.*
11. *Entre artistas y escritores.*
12. *Sentencias y flechas.*

Todo conocedor de la obra de Nietzsche advertirá que los epígrafes numerados con las cifras 2, 3, 4, 5, 6 y 12 son los títulos exactos de otros tantos capítulos de Crepúsculo de los ídolos. *De la* Transvaloración de todos los valores *Nietzsche extrae, por tanto, más de la mitad del material en que se articulaba, y lo publica por separado. Quiere que ese* Crepúsculo de los ídolos *sea «una especie de iniciación, algo que abra el apetito para mi* Transvalorización de los valores» *(carta a Gast del 12 de septiembre de 1888).*

Nietzsche no ha desistido, pues, de llegar a concluir su Transvalorización. *Eliminado, por la publicación de par-*

te de su contenido en obra aparte, el primer plan recién citado, Nietzsche procede a efectuar una nueva reestructuración, que articula en cuatro libros. De ellos el primero llevará este título: El Anticristo. Ensayo de una crítica del cristianismo.

En las pocas semanas de que Nietzsche aún dispone antes de hundirse en el silencio, su capacidad de trabajo adquiere una aceleración frenética. El 30 de septiembre Nietzsche logra terminar El Anticristo, *que en ese momento es todavía el «libro primero» de la* Transvaloración. *Incluso llega a esbozar una cuidadísima portada para el mismo, en que lo califica de ese modo.*

Pero, más tarde, a medida que Nietzsche va aproximándose a su final, sus ideas acerca de su obra literaria cambian totalmente. La Transvaloración de todos los valores *había sido pensada como una obra* teórica, *de amplia envergadura y dilatado desarrollo. Llega un momento, sin embargo, en que Nietzsche piensa que ya no es hora de teorías y decide quemar etapas. Lo que antes era una parte de la obra se transforma en su totalidad. Abandona el propósito de publicar la* Transvaloración *en cuatro libros y convierte* El Anticristo *en la* totalidad *de la* Transvaloración. *Con ese fin traza una nueva portada: y a Georg Brandes le escribe así a principios de diciembre:*

«Dentro de tres semanas daré órdenes de que se imprima como manuscrito El Anticristo. Transvaloración de todos los valores; *permanecerá completamente escondido; me servirá de edición para la agitación.»*

Y cuando al final Nietzsche ha convocado en Roma un congreso de casas reinantes europeas, con exclusión de los Hohenzollern; cuando ha escrito a la Casa de Baden; cuando se ha dirigido «a mi querido hijo Umberto», rey de Italia, y «a mi querido hijo Mariani», cardenal secretario de Estado del Vaticano; cuando ha dispuesto «fusilar al emperador alemán y a todos los antisemitas» y ha redactado su «Ultima consideración», en que dice: «... después de que el viejo Dios ha sido eliminado, yo estoy dis-

puesto a gobernar el mundo»: *en ese momento Nietzsche toma una decisión totalmente lúcida y consecuente: borra de un trazo el subtítulo «Transvalorización de todos los valores» y bajo él escribe lo siguiente: «Maldición sobre el cristianismo.»*

Los datos señalados eran perfectamente conocidos por los editores del Archivo Nietzsche, los cuales disponían de la totalidad de los papeles que dan testimonio de ellos. Pero su ridículo capricho de fabricar un Nietzsche a su manera los llevó a no respetar las decisiones de éste. Era Nietzsche quien debía obedecer y someterse a los propósitos de los editores; y así, éstos jamás llegaron a publicar El Anticristo *con su verdadero subtítulo ni a devolver a la obra las palabras y frases que le habían sustraído.*

Es cierto que quienes, fuera del Archivo Nietzsche, llegaron a conocer algunos de estos detalles los dieron a la publicidad en la medida de sus posibilidades. En el número de enero de 1906 de la revista berlinesa Neue Rundschau *C. A. Bernoulli publicó las antes citadas cartas de F. Overbeck a P. Gast, que muestran cuál es el verdadero subtítulo de* El Anticristo. *Y J. Hofmiller, en un amplísimo trabajo titulado sencillamente «Nietzsche», aparecido en la revista muniquesa* Süddeutsche Monatshefte *(noviembre de 1931), comunicó a los lectores algunas de las mutilaciones de esta obra. Los editores, sin embargo, ignoraron estas revelaciones, y la falsificada «edición canónica» continuó imprimiéndose una y otra vez.*

Fue necesario esperar a que la hermana de Nietzsche muriese y a que el Tercer Reich *desapareciese para que los manuscritos de Nietzsche fueran puestos libremente a disposición de los investigadores. En 1961 — es decir, setenta y tres años después de escrita esta obra — publica Erich F. Podach su fundamental libro:* Nietzsches Werke des Zusammenbruchs. *El libro de Podach marca un hito en la historia de las ediciones nietzscheanas. En torno a él se entabló una desaforada polémica; pero hay en esta publicación un mérito que resulta inatacable. Por vez primera hace Podach algo tan sencillo y obvio como lo siguiente: tomar en sus manos unos manuscritos de*

Nietzsche y publicarlos tal como fueron dejados por su autor. En su edición Podach mostró que el texto de El Anticristo *había sufrido otras manipulaciones, además de las ya sabidas, y dio a conocer por vez primera la «Ley contra el cristianismo» con que esta obra concluye. Una vez sacado* El Anticristo *de la falsa perspectiva en que los editores antiguos lo habían situado, la lectura crítica de esta obra está resultando extraordinariamente fecunda. Esa lectura destaca cada vez más lo que en ella hay de afirmación en la negación y contribuye así a profundizar en la herencia nietzscheana.*

El problema de las influencias

Los viejos editores no se limitaron sólo a intervenir de un modo directo *en el texto de* El Anticristo. *Sobre él ejercieron además una segunda distorsión; ésta fue* indirecta *y consistió en silenciar de forma totalmente innecesaria una serie de hechos que, conocidos a su debido tiempo, habrían evitado muchas discusiones inútiles.*

Los adversarios de El Anticristo *se contentaron al principio con los habituales rayos y centellas. El portavoz máximo de esa forma de ataque fue el psiquiatra Moebius. Más tarde la campaña en contra perdió tosquedad. Se quiso mostrar que, en realidad, Nietzsche no había hecho aquí otra cosa que amalgamar ideas tomadas de otros. Ante esas insinuaciones, el Archivo Nietzsche cerró sus puertas más herméticamente que nunca. Excepto algunas, las obras leídas, estudiadas y extractadas por Nietzsche durante la preparación de este libro fueron indudablemente eliminadas de su biblioteca personal, pues luego no han aparecido. Y en cuanto a los apuntes tomados por Nietzsche de ellas, un silencio absoluto cayó sobre los mismos. No fueron editados ni mencionados jamás.*

La manera de plantear el problema era ridícula: a los presuntos atacantes y a los sedicentes defensores los unía el gusto por las trivialidades intelectuales. Ante esta obra, construida de una sola pieza y en un solo aliento, haber

discutido la cuestión de la «originalidad» de Nietzsche se nos aparece hoy como un argumento más en favor de la naturaleza «intempestiva» de éste. Por otro lado, la edición de esos apuntes por vez primera en 1970 (en el tomo VIII 2 de las Obras *de Nietzsche publicadas por la editorial Walter de Gruyter y dirigida por G. Colli y M. Montinari) ha venido a demostrar lo que ya podía adivinarse: que la independencia de Nietzsche destaca más aún al compararlo con el trasfondo desde el que parte.*

Los cuatro autores de los que Nietzsche extrajo sugerencias directas *para este escrito fueron: Dostoievski, Tolstoi, Renan y Julius Wellhausen. Los nombres de los tres primeros aparecen en el texto de la obra. Como suele suceder, Nietzsche era menos nietzscheísta que sus autonombrados guardianes.*

La novela de Dostoievski Demonios *(leída por él en Niza en traducción francesa:* Les Possédés, *París, 1886, durante los primeros meses de 1888) le proporcionó sobre todo el concepto de Dios como «atributo de la nacionalidad». Esta sugerencia se unió a la procedente de la obra del famoso orientalista J. Wellhausen:* Prolegomena zur Geschichte Israels *[Prolegómenos a la historia de Israel], Berlín, 1887, sobre la historia del texto del Antiguo Testamento. Con ambas, Nietzsche pudo ver prefigurada en la manipulación de que hicieron objeto los sacerdotes judíos al texto del Antiguo Testamento, lo que más tarde sería la acción del rabino Pablo con la vida de Jesús. Pero Dostoievski tuvo una influencia más importante aún sobre Nietzsche. En las novelas de aquél descubrió éste la descripción más exacta de la comunidad cristiana primitiva. En ellas* respiró *el aire que allí tuvo que existir. El tono de familiaridad con que Nietzsche habla de esos hechos, cual si hubiera asistido a ellos, le viene facilitado por el novelista ruso. El fue la ventana por la que Nietzsche pudo contemplar, fascinado y asqueado, aquel espectáculo. Dostoievski, por fin, le procuró a Nietzsche las palabras «idiota» e «idiotismo», tan repetidas en* El Anticristo. *Si se hubiera conocido a su debido tiempo la influencia de Dostoievski sobre*

Nietzsche, y se hubiera sabido que el arquetipo del «idiota» es el príncipe Mischkin de la novela de Dostoievski («una mezcla de sublimidad, enfermedad e infantilismo», como dice Nietzsche en una ocasión), los alemanes no se habrían irritado tanto al leer que Nietzsche calificaba a Kant de «idiota», ni los cristianos habrían hecho tales aspavientos al enterarse en 1931 — no antes, pues bien se había cuidado la hermana de mutilar esa frase — de que también Jesús era llamado de igual modo. O tal vez la indignación de unos y otros habría sido mayor aún.

Tolstoi, por su parte, del cual Nietzsche leyó, también en Niza y también en los primeros meses de 1888, un libro en traducción francesa (Ma religion, *París, 1885), fue el que le sugirió la equiparación entre el cristiano primitivo y el anarquista; el que le dio asimismo la famosa fórmula de los cinco mandamientos; y el que llamó además su atención sobre la frase evangélica «no resistáis al mal», a partir de la cual Nietzsche construye la base* fisiológica *de Jesús. En cuanto a Renan, el estudio por Nietzsche de su* Vie de Jésus *(París, 1883) le hizo ahondar más, por contraposición, en lo recibido de Dostoievski. El civilizado idilio descrito por Renan, en el que Jesús aparece como un «héroe» y como un «genio», provoca la ira de Nietzsche, quien califica a Renan de «bufón en cuestiones psicológicas».*

Si aquí han sido recordados estos detalles, se debe únicamente a que son hechos históricos, hoy comprobados, que sería necio callar. Pero la manera como Nietzsche asimila las sugerencias de las obras citadas, que él leyó de manera simultánea, y el modo como combina esas sugerencias y se sirve de ellas poniéndolas al servicio de su intención propia, muestran que carece de sentido hacer una cuestión de la «originalidad» de Nietzsche.

Quién es el Anticristo

Por extraño que pueda parecer, durante muchos años los lectores de esta obra no se detuvieron a pensar, ni antes ni después de su lectura, en algo que aparece en

la portada: la palabra Antieristo. *Bajo el prejuicio del* Anti-, *y en la creencia de la negatividad de este escrito, su sentido fue ignorado y la obra utilizada como un proyectil.*

J. Salaquarda ha señalado recientemente que el Anticristo es un «proceso», y ha puesto de relieve que ese proceso tiene un origen — que es a la vez su meta —, tiene unos caminos de realización, y tiene también, a lo largo de ese camino, unos obstáculos con que tropieza que es preciso superar. De los tres componentes del proceso, el último nombrado es obviamente el menos importante. Sin embargo, ha sido en realidad el único que se ha sabido ver y el único en que las miradas han quedado hipnóticamente fijadas y detenidas. Es cierto que se ha de comenzar por él, pero un «comienzo» no quiere decir un «origen». La destrucción de los valores que impiden el surgimiento del espíritu libre no puede ser considerada como una meta última y ni siquiera como muy importante. Quedarse en la negación es recaer en lo negado. Todos los románticos acaban igual, dice Nietzsche al final de su «Ensayo de autocrítica» de El nacimiento de la tragedia.

Con su modo de expresarse, tan lleno de segundos y de cuartos y de séptimos sentidos, el mismo Nietzsche ha contribuido no poco a que lectores poco alertas cayesen en el engaño. Oigámosle:

«Mi fórmula para decir esto es la siguiente: el Anticristo *es la lógica necesaria en la evolución de un cristiano auténtico; en mí el cristianismo se supera a sí mismo.» Fragmento póstumo de octubre-noviembre de 1888.*

«Yo soy el Antiasno par excellence, *y, por tanto, un monstruo en la historia universal; yo soy, dicho en griego, y no sólo en griego,* El Anticristo...» Ecce homo, *esto es, un libro cuyo título es, como se sabe, una expresión que hace referencia a Cristo.*

«Ese hombre del futuro, que nos redimirá del ideal existente hasta ahora y asimismo de lo que tuvo que nacer de él, *de la voluntad de la nada, del nihilismo, ese toque de campana del mediodía y de la gran decisión, que de nuevo libera la voluntad, que devuelve a la tie-*

rra su meta y al hombre su esperanza, ese Anticristo y Antinihilista, *ese vencedor de Dios y de la nada* — alguna vez tiene que llegar...» La genealogía de la moral.

Los dos primeros textos son bastante unidimensionales y casi se agotan en la negatividad. El tercero, en cambio, encierra en pocas líneas la totalidad del proceso. El paso primero — ¡no el último! — consiste en la «redención del ideal existente hasta ahora» y, por tanto, en la redención también de lo que ese ideal encierra en su seno: la nada, el nihilismo. El paso primero consiste en ser «vencedor de Dios y de la Nada», en ser un «Anticristo y Antinihilista». Pero quedarse en esa victoria y en ese anti *lleva, más tarde o más temprano, a rendirse ante lo negado.*

Es preciso avanzar por ese camino y «liberar de nuevo la voluntad», «devolver a la tierra su meta» y «devolver al hombre su esperanza». Es preciso — lo dice Nietzsche en el § 347 de La gaya ciencia — *que «el sí oculto en nosotros, amigos míos, sea más fuerte que todos los* noes *y todos los* tal vez *de que vosotros, junto con vuestra época, estáis enfermos».*

¿Quién es el verdadero Anticristo? Pero si ya ha quedado dicho: es ese toque de campana del mediodía y de la gran decisión. Nietzsche escribió sólo el «primer libro» de El Anticristo. *Pero el segundo y el tercero están por escribir; y, con mayor motivo, por ejecutar*[4].

La presente edición

En un momento anterior se ha hecho ya referencia a las manipulaciones ejecutadas sobre el texto original de El Anticristo. *Esta edición castellana se aparta, como es obvio, de todas ellas y se atiene a lo escrito por Nietz-*

[4] Un punto de arranque en ese sentido es la obra de H. Wein: *Positives Antichristentum* [Anticristianismo positivo], La Haya, 1962, uno de los libros más importantes escritos en estos últimos años sobre Nietzsche. La colaboración de H. Wein en el número de la «Revista de Occidente» antes citado, titulada *Nietzsche sin Zaratustra*, resume la posición de aquella obra.

sche. Restaura, pues, el subtítulo verdadero, reintegra todos los pasajes eliminados y retrotrae a su tenor primitivo aquellos lugares que fueron «mejorados» por la intervención de los editores. No estará de más señalar que es la primera vez que esto ocurre en una versión castellana.

Esta edición introduce, por otro lado, en las notas cierta novedad con respecto a los demás libros de Nietzsche publicados por mí en esta misma colección. Como la ocasión se prestaba a ello y el material era abundante, he dado en varios lugares lo que cabría llamar «borradores» de textos reescritos luego por Nietzsche para su presentación externa. La comparación entre esa primera escritura y aquella otra que su autor creyó oportuno ofrecer al público puede ir acostumbrando la vista; entrenándola para adoptar la correcta perspectiva de una lectura de lo que en castellano suelen algunos llamar, de manera abusiva, «inéditos». «Inéditos», en el sentido de no editados por Nietzsche, son, evidentemente, todos los papeles por él escritos, pero que no había mandado editar aún cuando se hundió en la locura. Hay, sin embargo, una diferencia esencial *entre los escritos no-editados, pero sí destinados a la edición (ejemplos:* El Anticristo *o* Ditirambos de Dioniso*), y los escritos no-editados y* no *destinados a la edición en la forma en que se encuentran. Los primeros merecen, desde luego, el nombre de inéditos, pues se sabe con certeza que Nietzsche pensaba editarlos en la forma en que están redactados (independientemente, claro está, de las eventuales modificaciones que hubiera podido introducir a última hora). En cuanto a los segundos, ningún editor responsable los ha calificado jamás con una palabra que pudiera traducirse por «inéditos». En alemán, la mejor edición existente los llama:* Nachgelassene Fragmente *[Fragmentos póstumos]; en italiano, esa misma edición lleva este título:* Frammenti postumi. *Y lo mismo ocurre en francés. Por eso es preferible denominar «fragmentos póstumos» a aquellos papeles escritos por Nietzsche en muy diversas épocas de su vida, pero que* no *destinó a la publicación* en esa forma. *Al llamarlos «póstumos» y no «inéditos», se*

subrava así que esa redacción no *estaba «destinada» a ser editada.*

Innecesario es decir que la importancia de estos papeles póstumos es capital. Pero no porque nos revelen siempre *imágenes, pensamientos, relaciones que no pudiéramos conocer también por otros escritos publicados por Nietzsche mismo. Hay casos, ciertamente, en que eso ocurre, y entonces su importancia se acrecienta más aún. Son aquellos papeles de cuyo contenido Nietzsche nunca hizo uso público. Pero aun en los casos en que Nietzsche haya sublimado* (aufgehoben) *estilísticamente esas primeras versiones y haya comunicado públicamente su contenido, tales fragmentos póstumos ofrecen un interés considerable. Al disponer de ellos disponemos de una misma escritura realizada en niveles distintos. Pues, hora es de decirlo, esos papeles se encuentran* por debajo de *su versión destinada a ser entregada al público.*

Por debajo de: *en dos sentidos antitéticos. En primer lugar, porque ningún lector que haya tenido acceso a los textos originales puede dejar de advertir la diferencia estilística entre ambas escrituras. La redacción destinada al público ha pasado por las manos del Nietzsche «artista»; ha adquirido la brillantez literaria que caracteriza a sus escritos; ha sufrido, en suma, un proceso retórico. El nudo fragmento póstumo tiene, por el contrario, un ritmo mucho más ajustado a la marcha del pensamiento; carece de la elaboración distanciadora: de las «galas literarias». Tal sería el sentido «negativo» del* por debajo de. *Mas, junto a él, aparece un sentido eminentemente positivo. Los fragmentos póstumos están por debajo de su versión hacia el exterior porque constituyen su base, su punto de apoyo y, en muchas ocasiones, su aclaración y su sentido. Hállanse mucho más cerca de la carne intelectual de Nietzsche. No han quedado distanciados aún de su autor. No tienen autor,* son *su autor. En este segundo sentido los fragmentos póstumos nos acercarían mucho más al Nietzsche verdadero. Los escritos dados a la publicidad quedarían así desvalorizados, como una especie de proyección engañosa y retórica, puramente ex-*

terna, de algo que, como asegura su autor, fue escrito con sangre.

La cuestión así planteada nos lleva a estas preguntas: ¿Qué valor tiene lo «escrito para sí» a diferencia de lo «escrito para otros»? ¿De qué criterio hay que servirse para encontrar la «verdad» de la escritura? Los libros editados por Nietzsche mismo: ¿son modos suyos de burlarse del lector?, ¿son espejismos, son máscaras tras las cuales se oculta su pensamiento?, ¿son engaños conscientemente desorientadores? Y si lo fueran, ¿no tendríamos nosotros que burlarnos entonces de esas obras, que reírnos de ellas, que desandar el camino por el que la retórica los ha ido alejando de su punto de origen y, perforando incluso éste, llegar hasta nosotros? Mas, para ese recorrido hacia atrás o hacia abajo, ¿son indispensables esos hitos de camino constituidos por los póstumos? Con fragmentos póstumos o sin ellos, ¿no hemos de romper siempre, en cualquier caso, el hielo retórico y efectista en que el pensar se ha congelado?

Cualquiera que sea la respuesta a esas preguntas, la incorporación a las notas de este libro de versiones primeras — y, en algún caso, no sólo de una primera versión, sino también de una versión intermedia — permite disponer de los elementos para plantear esta cuestión capital: ¿cómo se ha de leer a un autor que ha dejado fragmentos póstumos?

ANDRÉS SÁNCHEZ PASCUAL

«Kiek ut», abril de 1972 y noviembre de 1973

Este libro pertenece a los menos [1]. Tal vez no viva todavía ninguno de ellos. Serán, sin duda, los que comprendan mi *Zaratustra:* ¿cómo me sería *lícito* confundirme a mí mismo con aquellos a quiénes ya hoy se les hace caso? — Tan sólo el pasado mañana me pertenece. Algunos nacen de manera póstuma [2].

Las condiciones en las que se me comprende, y luego se me comprende *por necesidad,* — yo las conozco muy exactamente. Hay que ser honesto hasta la dureza en cosas del espíritu incluso para soportar simplemente mi seriedad, mi pasión. Hay que estar entrenado en vivir sobre las montañas — en ver por *debajo* de sí la miserable charlatanería actual acerca de la política y del egoísmo de los pueblos. Hay que haberse vuelto indiferente, hay que no preguntar jamás si la verdad es útil, si se convierte en una fatalidad para alguien... Una predilección de la fuerza por problemas para los que hoy nadie tiene valor; el valor de lo *prohibido;* la predestinación al laberinto. Una experiencia hecha de siete soledades [3]. Oídos nuevos para una música nueva. Ojos nuevos para lo más

lejano. Una conciencia nueva para verdades que hasta ahora han permanecido mudas. *Y* la voluntad de economía de gran estilo: guardar junta la fuerza propia, el *entusiasmo* propio... El respeto a sí mismo; el amor a sí mismo; la libertad incondicional frente a sí mismo...

¡Pues bien! Sólo ésos son mis lectores, mis verdaderos lectores, mis lectores predestinados[4]: ¿qué importa el *resto?* — El resto es simplemente la humanidad. — Hay que ser superior a la humanidad por fuerza, por *altura* de alma, — por desprecio...

FRIEDRICH NIETZSCHE

1 [5]

—Mirémonos a la cara. Nosotros somos hiperbóreos, — sabemos muy bien cuán aparte vivimos. «Ni por tierra ni por agua encontrarás el camino que conduce a los hiperbóreos»; ya Píndaro supo esto de nosotros. Más allá del norte, del hielo, de la muerte — *nuestra* vida, *nuestra* felicidad [6]... Nosotros hemos descubierto la felicidad, nosotros sabemos el camino, nosotros encontramos la salida de milenios enteros de laberinto. ¿Qué *otro* la ha encontrado? — ¿Acaso el hombre moderno? «Yo no sé qué hacer; yo soy todo eso que no sabe qué hacer» — suspira el hombre moderno. De *esa* modernidad hemos estado enfermos, — de paz ambigua, de compromiso cobarde, de toda la virtuosa suciedad propia del sí y el no modernos. Esa tolerancia y *largeur* [amplitud] de corazón que «perdona» todo porque «comprende» todo es *scirocco* [siroco] para nosotros. ¡Preferible vivir en medio del hielo que entre virtudes modernas y otros vientos del sur!... Nosotros fuimos

suficientemente valientes, no tuvimos indulgencia ni con nosotros ni con los demás; pero durante largo tiempo no supimos *a dónde* ir con nuestra valentía. Nos volvimos sombríos, se nos llamó fatalistas. *Nuestro fatum* [hado] — *era* la plenitud, la tensión, la retención de las fuerzas. Estábamos sedientos de rayo y de acciones, permanecíamos lo más lejos posible de la felicidad de los débiles, de la «resignación»... Había en nuestro aire una tempestad, la naturaleza que nosotros somos se entenebrecía — *pues no teníamos ningún camino.* Fórmula de nuestra felicidad: un sí, un no, una línea recta, una *meta...* [7].

2

¿Qué es bueno? — Todo lo que eleva el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo en el hombre.

¿Qué es malo? — Todo lo que procede de la debilidad [8].

¿Qué es felicidad? — El sentimiento de que el poder *crece,* de que una resistencia queda superada.

No apaciguamiento, sino más poder; *no* paz ante todo, sino guerra; *no* virtud, sino vigor (virtud al estilo del Renacimiento, *virtù,* virtud sin moralina [9]).

Los débiles y malogrados deben perecer: artículo primero de *nuestro* amor a los hombres. Y además se debe ayudarlos a perecer.

¿Qué es más dañoso que cualquier vicio? — La compasión activa con todos los malogrados y débiles — el cristianismo...

3

No qué reemplazará a la humanidad en la serie de los seres es el problema que yo planteo con esto (— el hombre es un *final* —): sino qué tipo de hombre se debe *criar,* se debe *querer,* como tipo más valioso, más digno de vivir, más seguro de futuro.

Ese tipo más valioso ha existido ya con bastante frecuencia: pero como caso afortunado, como excepción, nunca como algo *querido*. Antes bien, justo *él* ha sido lo más temido, él fue hasta ahora casi *lo* temible; — y por temor se quiso, se crió, se *alcanzó* el tipo opuesto: el animal doméstico, el animal de rebaño, el animal enfermo hombre, — el cristiano...

4

La humanidad *no* representa una evolución hacia algo mejor, o más fuerte, o más alto, al modo como hoy se cree eso. El «progreso» es meramente una idea moderna, es decir, una idea falsa [10]. El europeo de hoy sigue estando, en su valor, profundamente por debajo del europeo del Renacimiento; una evolución posterior *no* es sin más, por una necesidad cualquiera, una elevación, una intensificación, un fortalecimiento.

En otro sentido se da, en los más diversos lugares de la tierra y brotando de las más diversas culturas, un logro continuo de casos singulares, con los cuales un *tipo superior* hace de hecho la presentación de sí mismo: algo que, en relación con la humanidad en su conjunto, es una especie de superhombre. Tales casos afortunados de gran logro han sido posibles siempre y serán acaso posibles siempre. E incluso generaciones, estirpes, pueblos enteros pueden representar, en determinadas circunstancias, tal *golpe de suerte* [11].

5

Al cristianismo no se le debe adornar ni engalanar: él ha hecho una *guerra a muerte* a ese tipo *superior* de hombre, él ha proscrito todos los instintos fundamentales de ese tipo, él ha extraído de esos instintos, por destilación, el mal, *el* hombre malvado, — el hombre fuerte considerado como hombre típicamente reprobable, como «hombre réprobo». El cristianismo ha tomado

partido por todo lo débil, bajo, malogrado, ha hecho un ideal de la *contradicción* a los instintos de conservación de la vida fuerte; ha corrompido la razón incluso de las naturalezas dotadas de máxima fortaleza espiritual al enseñar a sentir como pecaminosos, como descarriadores, como *tentaciones,* los valores supremos de la espiritualidad. ¡El ejemplo más deplorable — la corrupción de Pascal, el cual creía en la corrupción de su razón por el pecado original, siendo así que sólo estaba corrompida por su cristianismo! [12] —

6

Doloroso, estremecedor es el espectáculo que ante mí ha surgido: yo he descorrido la cortina que tapaba la *corrupción* del hombre. En mi boca esa palabra está libre al menos de una sospecha: la de contener una acusación moral contra el hombre. Yo la concibo — quisiera subrayarlo una vez más — *libre de moralina:* y ello hasta tal grado que donde con más fuerza es sentida esa corrupción por mí es justo allí donde más conscientemente se ha aspirado hasta ahora a la «virtud», a la «divinidad». Yo entiendo la corrupción, ya se lo adivina, en el sentido de *décadence* [13] [decadencia]: mi aseveración es que todos los valores en que la humanidad resume ahora sus más altos deseos son *valores de décadence.*

Yo llamo corrompido a un animal, a una especie, a un individuo cuando pierde sus instintos, cuando elige, cuando *prefiere* lo que a él le es perjudicial. Una historia de los «sentimientos superiores», de los «ideales de la humanidad» — y es posible que yo tenga que contarla — sería casi también la aclaración de *por qué* el hombre está tan corrompido.

La vida misma es para mí instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de *poder:* donde falta la voluntad de poder hay decadencia. Mi aseveración es que a todos los valores supremos de la humanidad les *falta* esa voluntad, — que son valores de decadencia, valores *nihilistas* los que, con los nombres más santos, ejercen el dominio.

7

Al cristianismo se lo llama religión de la *compasión*. — La compasión es antitética de los afectos tonificantes, que elevan la energía del sentimiento vital: produce un efecto depresivo. Uno pierde fuerza cuando compadece. Con la compasión aumenta y se multiplica más aún la merma de fuerza que ya el padecer aporta en sí a la vida. El padecer [*Leiden*] mismo se vuelve contagioso mediante el compadecer [*Mitleiden*]; en determinadas circunstancias se puede alcanzar con éste una merma global de vida y de energía vital, que está en una proporción absurda con el *quantum* [cantidad] de causa (— el caso de la muerte del Nazareno). Este es el primer punto de vista; pero hay todavía otro más importante. Suponiendo que se mida la compasión por el valor de las reacciones que ella suele provocar, su carácter de peligro para la vida aparecerá a una luz mucho más clara aún. La compasión obstaculiza en conjunto la ley de la evolución, que es la ley de la *selección*. Ella conserva lo que está maduro para perecer, ella opone resistencia para favorecer a los desheredados y condenados de la vida, ella le da a la vida misma, por la abundancia de cosas malogradas de toda especie que *retiene* en la vida, un aspecto sombrío y dudoso. Se ha osado llamar virtud a la compasión (— en toda moral *aristocrática* se la considera una debilidad —); se ha ido más allá, se ha hecho de ella *la* virtud, el suelo y origen de todas las virtudes, — pero sólo, y esto hay que tenerlo siempre presente, desde el punto de vista de una filosofía que era nihilista, que inscribió en su escudo la *negación de la vida*. Schopenhauer estaba en su derecho al decir: mediante la compasión la vida queda negada, es hecha *más digna de ser negada*, — la compasión es la *praxis* del nihilismo [14]. Dicho una vez más: este instinto depresivo y contagioso obstaculiza aquellos instintos que tienden a la conservación y a la elevación de valor de la vida: tanto como *multiplicador* de la miseria cuanto como *conservador* de todo lo miserable es un instrumento capital para la intensifi-

cación de la *décadence* — ¡la compasión persuade a entregarse a la *nada!*... No se dice «nada»: se dice, en su lugar, «más allá»; o «Dios»; o «la vida *verdadera*»; o nirvana, redención, bienaventuranza... Esta inocente retórica, nacida del reino de la idiosincrasia [15] religioso-moral, aparece *mucho menos inocente* tan pronto como se comprende *cuál* es la tendencia que aquí se envuelve en el manto de palabras sublimes: la tendencia *hostil a la vida.* Schopenhauer era hostil a la vida: *por ello* la compasión se convirtió para él en virtud... Aristóteles, como se sabe, veía en la compasión un estado enfermizo y peligroso, al que se haría bien en tratar de vez en cuando con un purgativo: él concibió la tragedia como un purgativo [16]. Desde el instinto de la vida habría que buscar de hecho un medio de dar un pinchazo a esa enfermiza y peligrosa acumulación de compasión representada por el caso de Schopenhauer (y también, por desgracia, de toda nuestra *décadence* literaria y artística, desde San Petersburgo a París, desde Tolstoi a Wagner): para hacerla *reventar*... Nada es menos sano, en medio de nuestra nada sana modernidad, que la compasión cristiana. Ser médico *aquí,* ser inexorable *aquí,* emplear el cuchillo *aquí* — ¡eso es lo que nos corresponde a *nosotros,* ésa es *nuestra* especie de amor a los hombres, así es como somos filósofos *nosotros,* nosotros los hiperbóreos! — — —

8 [17]

Es necesario decir a *quién* sentimos nosotros como antítesis nuestra — a los teológos y a todo lo que tiene en su cuerpo sangre de teólogo — a nuestra filosofía entera [18]... Hay que haber visto de cerca la fatalidad, mejor aún, hay que haberla vivido en uno mismo, hay que haber casi perecido a causa de ella para no comprender ya aquí ninguna broma (— el librepensamiento de nuestros señores investigadores de la naturaleza y fisiólogos es, a mis ojos, una *broma,* — les falta la pasión en estas cosas, el *padecer* de ellas [19] —). Ese envenenamiento llega

mucho más lejos de lo que se piensa: yo he reencontrado el instinto propio de los teólogos, la soberbia, en todos los lugares en que hoy la gente se siente «idealista», — en todos los lugares en que la gente reclama, en virtud de una ascendencia superior, el derecho a mirar la realidad con ojos de superioridad y extrañeza... El idealista, exactamente igual que el sacerdote, tiene en su mano todos los grandes conceptos (— ¡y no sólo en su mano!), los contrapone, con un benévolo desprecio, al «entendimiento», a los «sentidos», a los «honores», a la «buena vida», a la «ciencia», ve tales cosas por *debajo* de sí, como fuerzas dañosas y seductoras, sobre las cuales se cierne «el espíritu» en una paraseidad *(Für-sich-heit)* pura: — como si la humildad, la castidad, la pobreza, en una palabra, la *santidad,* no hubiesen causado hasta ahora a la vida un daño indeciblemente mayor que cualesquiera horrores y vicios... El espíritu puro es la mentira pura [20]... Mientras el sacerdote, ese negador, calumniador, envenenador *profesional* de la vida, siga siendo considerado como una especie *superior* de hombre, no habrá respuesta a la pregunta: ¿qué *es* la verdad? Se *ha* puesto ya cabeza abajo la verdad cuando al consciente abogado de la negación se lo tiene por representante de la «verdad»...

Universidad Católica de Chile
BIBLIOTECA HUMANIDADES
Sistema de Bibliotecas

9

A ese instinto propio de teólogos hago yo la guerra: en todas partes he encontrado su huella. Quien tiene en su cuerpo sangre de teólogo adopta de antemano, frente a todas las cosas, una actitud torcida y deshonesta. El *pathos* que a partir de ella se desarrolla se llama a sí mismo *fe:* cerrar los ojos, de una vez por todas, frente a sí mismo para no sufrir del aspecto de una falsedad incurable. De esa óptica defectuosa con respecto a todas las cosas hace la gente en su interior una moral, una virtud, una santidad, establece una conexión entre la *buena* conciencia y el ver las cosas de manera *falsa,* — exige que ninguna *otra* especie de óptica tenga ya valor, tras haber vuelto sacrosanta la propia, dándole los nombres

«Dios», «redención», «eternidad». En todas partes he seguido exhumando yo el instinto propio de los teólogos: él es la forma más difundida de falsedad que hay en la tierra, la forma propiamente *subterránea*. Lo que un teólogo siente como verdadero, eso es, *necesariamente*, falso: en esto se tiene casi un criterio de verdad. Es su más hondo instinto de autoconservación el que prohíbe que, en un punto cualquiera, la realidad sea honrada o tome siquiera la palabra. Hasta donde alcanza el influjo de los teólogos, el *juicio de valor* está puesto cabeza abajo, los conceptos «verdadero» y «falso» están necesariamente invertidos: lo más dañoso para la vida es llamado aquí «verdadero», lo que la alza, intensifica, afirma, justifica y hace triunfar, es llamado «falso»... Si ocurre que, a través de la «conciencia» de los príncipes (*o* de los pueblos —), los teólogos extienden la mano hacia el *poder*, no dudemos de *qué* es lo que en el fondo acontece todas esas veces: la voluntad de final, la voluntad *nihilista* quiere alcanzar el poder...

10

Entre alemanes se me comprende en seguida cuando yo digo que la filosofía está corrompida por sangre de teólogos. El párroco protestante es el abuelo de la filosofía alemana, el protestantismo mismo, su *peccatum originale* [pecado original]. Definición del protestantismo: la hemiplejía del cristianismo — *y* de la razón... Basta pronunciar la palabra «Seminario de Tubinga» *(Tübinger Stift)* [21] para comprender *qué* es en el fondo la filosofía alemana — una teología *artera*... Los suabos son los mejores mentirosos en Alemania, mienten inocentemente [22]... ¿A qué se debió el júbilo que, al aparecer *Kant*, recorrió el mundo de los doctos alemanes, compuesto en sus tres cuartas partes por hijos de párrocos y de maestros —, a qué el convencimiento alemán, que aún hoy sigue encontrando eco, de que con Kant comienza un giro hacia algo *mejor*? El instinto de teólogo existente en el docto alemán adivinó *qué* es lo que, a partir de ese momento, volvía a ser posible... Un cami-

no furtivo hacia el viejo ideal quedaba abierto, el concepto «mundo *verdadero*», el concepto de la moral como *esencia* del mundo (— ¡los dos errores más malignos que existen!) volvían a ser ahora, gracias a un escepticismo ladinamente inteligente, si no demostrables, tampoco ya *refutables*... La razón, el *derecho* de la razón no llega tan lejos... Se había hecho de la realidad una «apariencia»; y se había hecho de un mundo completamente *mentido,* el de lo que es, la realidad... El éxito de Kant es meramente un éxito de teólogos: Kant fue, lo mismo que Lutero, lo mismo que Leibniz, una rémora más en la honestidad alemana, nada firme de suyo — —

11

Una palabra todavía contra Kant como *moralista.* Una virtud tiene que ser invención *nuestra,* personalísima defensa y necesidad *nuestra:* en todo otro sentido es meramente un peligro[23]. Lo que no es condición de nuestra vida la *daña:* una virtud practicada meramente por un sentimiento de respeto al concepto «virtud», tal como Kant lo quería, es dañosa. La «virtud», el «deber», el «bien en sí», el bien entendido con un carácter de impersonalidad y de validez universal — ficciones cerebrales en que se expresan la decadencia, el agotamiento último de las fuerzas de la vida, la chinería königsberguense[24]. Lo contrario es ordenado por las leyes más profundas de la conservación y del crecimiento: que cada uno se invente *su* virtud, *su* imperativo categórico. Un pueblo perece cuando confunde *su* deber con el concepto de deber en general. Nada arruina más profunda, más íntimamente que los deberes «impersonales», que los sacrificios hechos al Moloch de la abstracción. — ¡Que la gente no haya sentido como *peligroso para la vida* el imperativo categórico de Kant! ... ¡El instinto propio de los teólogos fue el único que lo tomó bajo su protección! — Una acción que el instinto de la vida nos compele a realizar tiene en el placer su prueba de ser una acción *correcta:* y aquel nihilista de vísceras dogmático-cristianas entendió el pla-

cer como una *objeción*... ¿Qué destruye más rápidamente que trabajar, pensar, sentir sin necesidad interna, sin una elección profundamente personal, sin *placer?*, ¿como un autómata del «deber»? Es ésta precisamente la *receta* de la *décadence*, incluso del idiotismo... Kant se volvió idiota [25]. — ¡Y fue contemporáneo de *Goethe!* ¡Esa fatalidad de araña fue considerada como el filósofo *alemán*, — sigue siendo considerada así!... Me guardo de decir lo que yo pienso de los alemanes... ¿Es que no vio Kant en la Revolución francesa el tránsito de la forma inorgánica a la forma *orgánica* del Estado? ¿Es que no se preguntó si existe un acontecimiento que no puede ser aclarado más que por una disposición moral de la humanidad, de modo que con él quedaría *demostrada* de una vez por todas la «tendencia de la humanidad hacia el bien»? Respuesta de Kant: «es la Revolución» [26]. El instinto que yerra en todas y cada una de las cosas, la contranaturaleza como instinto, la *décadence* alemana como filosofía — *¡eso es Kant!*

12

Pongo aparte a unos cuantos escépticos, el tipo decente en la historia de la filosofía [27]: pero el resto no conoce las primeras exigencias de la honestidad intelectual. Igual que las mujercillas actúan todos ellos, todos esos grandes visionarios y animales prodigiosos, — consideran que los «bellos sentimientos» son ya argumentos, que el «pecho levantado» es un fuelle de la divinidad, que la convicción es un *criterio* de verdad. Por último, todavía Kant, con inocencia «alemana», intentó dar, bajo el concepto de «razón práctica», un carácter científico a esa forma de corrupción, a esa falta de conciencia intelectual: inventó una razón expresamente para averiguar en qué caso no hemos de preocuparnos por la razón, a saber, cuando la moral, la sublime exigencia «tú debes» deja oír su voz. Si se tiene en cuenta que casi en todos los pueblos el filósofo no es más que el desarrollo ulterior del tipo sacerdotal [28], no sorprenderá ya esa parte de herencia del

sacerdote, la *superchería frente a sí mismo.* Cuando uno tiene tareas sagradas, como, por ejemplo, las de mejorar, salvar, redimir a los hombres, cuando uno lleva en su pecho la divinidad, cuando es vocero de imperativos trasmundanos, está ya, con tal misión, fuera de todas las valoraciones meramente ajustadas al entendimiento, — incluso está ya santificado por tal tarea, ¡incluso es ya el tipo de un orden superior! ... ¡Qué le importa a un sacerdote la *ciencia!* ¡El está demasiado alto para eso! — ¡Y el sacerdote ha *dominado* hasta ahora! ¡El ha *definido* el concepto «verdadero» y «no verdadero»! ...

13

No infravaloremos esto: *nosotros mismos,* nosotros los espíritus libres somos ya una «transvaloración[29] de todos los valores», una *viviente* declaración de guerra y de victoria a todos los viejos conceptos de «verdadero» y «no-verdadero». Las intelecciones más valiosas son las que más tarde se encuentran; pero las intelecciones más valiosas son los *métodos*[30]. *Todos* los métodos, *todos* los presupuestos de nuestra cientificidad de ahora han tenido en contra suya, durante milenios, el desprecio más profundo, uno quedaba excluido, por causa de ellos, del trato con los hombres «decentes», — era considerado «enemigo de Dios», despreciador de la verdad, «poseso». En cuanto carácter científico uno era un chandala[31]... Nosotros hemos tenido en contra nuestra el *pathos* entero de la humanidad — su concepto de lo que *debe* ser verdad, de lo que *debe* ser el servicio a la verdad: todo «tú debes» ha estado dirigido hasta ahora *contra* nosotros... Nuestros objetos, nuestras prácticas, nuestro modo de ser, callado, cauteloso, desconfiado — todo eso le parecía a la humanidad completamente indigno y despreciable. — En última instancia sería lícito preguntarse, con cierta equidad, si no ha sido propiamente un gusto estético el que ha mantenido a la humanidad en una ceguera tan prolongada: ella pretendía de la verdad un efecto *pintoresco,* ella pretendía asimismo del hombre

de conocimiento que actuase enérgicamente sobre los sentidos. Nuestra *modestia* fue la que durante más largo tiempo repugnó a su gusto... ¡Oh, cómo lo adivinaron, esos pavos de Dios — —

14

Nosotros hemos trastrocado lo aprendido. Nos hemos vuelto más modestos en todo. Al hombre ya no lo derivamos del «espíritu», de la «divinidad», hemos vuelto a colocarlo entre los animales. El es para nosotros el animal más fuerte, porque es el más astuto: una consecuencia de esto es su espiritualidad. Nos defendemos, por otro lado, contra una vanidad que también aquí quisiera volver a dejar oír su voz: según ella el hombre habría sido la gran intención oculta de la evolución animal. El hombre no es, en modo alguno, la corona de la creación, todo ser está, junto a él, a idéntico nivel de perfección... Y al aseverar esto, todavía aseveramos demasiado: considerado de modo relativo, el hombre es el menos logrado de los animales, el más enfermizo, el más peligrosamente desviado de sus instintos — ¡desde luego, con todo esto, también *el más interesante!* [32] — En lo que se refiere a los animales, Descartes fue el primero que, con una audacia digna de respeto, osó el pensamiento de concebir el animal como una *machina* [33]: nuestra fisiología entera se esfuerza por dar una demostración de esa tesis. Nosotros, lógicamente, no ponemos aparte tampoco al hombre, como todavía hizo Descartes: lo que hoy se ha llegado a entender del hombre llega exactamente hasta donde se lo ha entendido como una máquina. En otro tiempo al hombre se le daba, como dote suya procedente de un orden superior, la «voluntad libre»: hoy le hemos quitado incluso la voluntad, en el sentido de que ya no es lícito entender por ella una facultad. La vieja palabra «voluntad» sirve únicamente para designar una resultante, una especie de reacción individual que sigue necesariamente a una muchedumbre de estímulos en parte contradictorios, en parte concordantes: — la voluntad ya

no «actúa», ya no «mueve»[34]... En otro tiempo veíase en la consciencia del hombre, en el «espíritu», la prueba de su procedencia superior, de su divinidad; para *hacer perfecto* al hombre se le aconsejaba que, al modo de la tortuga, retrayese dentro de sí los sentidos, interrumpiese el trato con las cosas terrenales, se despojase de su envoltura mortal: entonces quedaba lo principal de él, el «espíritu puro»[35]. También sobre esto nosotros hemos reflexionado mejor: el cobrar-consciencia, el «espíritu», es para nosotros cabalmente síntoma de una relativa imperfección del organismo, un ensayar, tantear, cometer errores, un penoso trabajo en el que innecesariamente se gasta mucha energía nerviosa, — nosotros negamos que se pueda hacer algo de modo perfecto mientras se lo continúe haciendo de modo consciente. El «espíritu puro» es una pura estupidez: si descontamos el sistema nervioso y los sentidos, la «envoltura mortal», *nos equivocamos en la cuenta* — ¡nada más!...

15[36]

Ni la moral ni la religión tienen contacto, en el cristianismo, con punto alguno de la realidad. *Causas* puramente imaginarias («Dios», «alma», «yo», «espíritu», «la voluntad libre» — o también «la no libre»); *efectos* puramente imaginarios («pecado», «redención», «gracia», «castigo», «remisión de los pecados»). Un trato entre *seres* imaginarios («Dios», «espíritus», «almas»); una ciencia *natural* imaginaria (antropocéntrica; completa ausencia del concepto de causas naturales); una *psicología* imaginaria (puros malentendidos acerca de sí mismo, interpretaciones de sentimientos generales agradables o desagradables, de los estados del *nervus sympathicus* [nervio simpático], por ejemplo, con ayuda del lenguaje de signos de una idiosincrasia religioso-moral, — «arrepentimiento», «remordimiento de conciencia», «tentación del demonio», «la cercanía de Dios»); una *teleología* imaginaria («el reino de Dios», «el juicio final», «la vida eterna»)[37]. — Este puro *mundo de ficción* se

diferencia, con gran desventaja suya, del mundo de los sueños por el hecho de que este último *refleja* la realidad, mientras que *aquél* falsea, desvaloriza, niega la realidad. Una vez inventado el concepto «naturaleza» como anticoncepto de «Dios», la palabra para decir «reprobable» tuvo que ser «natural», — todo aquel mundo de ficción tiene su raíz en el *odio* a lo natural (— ¡la realidad! —), es expresión de un profundo descontento con lo real... *Pero con esto queda aclarado todo.* ¿Quién es el único que tiene motivos para *evadirse, mediante una mentira,* de la realidad? El que *sufre* de ella. Pero sufrir de la realidad significa ser una realidad *fracasada*... La preponderancia de los sentimientos de displacer sobre los de placer es la *causa* de aquella moral y de aquella religión ficticias: tal preponderancia ofrece, sin embargo, la *fórmula* de la *décadence*...

16 [38]

Una crítica del *concepto cristiano de Dios* obliga a sacar idéntica conclusión. — Un pueblo que continúa creyendo en sí mismo continúa teniendo también su Dios propio. En él venera las condiciones mediante las cuales se encumbra, sus virtudes, — proyecta el placer que su propia realidad le produce, su sentimiento de poder, en un ser al que poder dar gracias por eso. Quien es rico quiere ceder cosas; un pueblo orgulloso necesita un Dios para *hacer sacrificios*... Dentro de tales presupuestos la religión es una forma de gratitud. Uno está agradecido a sí mismo: para ello necesita un Dios. — Tal Dios tiene que poder ser útil y dañoso, tiene que poder ser amigo y enemigo, — se lo admira tanto en lo bueno como en lo malo. La *antinatural* castración de un Dios para hacer de él un Dios meramente del bien estaría aquí fuera de todo lo deseable. Al Dios malvado se lo necesita tanto como al bueno; la propia existencia no la debe uno, en efecto, precisamente a la tolerancia, a la filantropía... ¿Qué importaría un Dios que no conociese la cólera, la venganza, la envidia, la burla, la astucia, la violencia?,

¿al que tal vez no le fuesen conocidos ni siquiera los deliciosos *ardeurs* [ardores] de la victoria y de la aniquilación? A tal Dios no se lo comprendería: ¿Para qué se debería tenerlo? — Ciertamente: cuando un pueblo se hunde; cuando siente desaparecer de modo definitivo la fe en el futuro, su esperanza de libertad; cuando cobra consciencia de que la sumisión es la primera utilidad, de que las virtudes de los sometidos son las condiciones de conservación, entonces también su Dios *tiene que* transformarse. Ese Dios vuélvese ahora un mojigato, timorato, modesto, aconseja la «paz del alma», el no-odiar-más, la indulgencia, incluso el «amor» al amigo y al enemigo. Ese Dios moraliza constantemente, penetra a rastras en la caverna de toda virtud privada, se convierte en un Dios para todo el mundo, se convierte en un hombre privado, se convierte en un cosmopolita... En otro tiempo representó un pueblo, la fortaleza de un pueblo, todas las tendencias de agresión y de sed de poder nacidas del alma de un pueblo: ahora es ya meramente el Dios bueno... De hecho, no hay ninguna otra alternativa para los dioses: *o* son la voluntad de poder — y mientras tanto serán dioses de un pueblo — *o* son, por el contrario, la impotencia de poder — y entonces se vuelven necesariamente *buenos*...

17

Allí donde, de alguna forma, la voluntad de poder decae, hay también siempre un retroceso fisiológico, una *décadence*. La divinidad de la *décadence*, castrada de sus virtudes e instintos más viriles, se convierte necesariamente, a partir de ese momento, en Dios de los fisiológicamente retrasados, de los débiles. Ellos no se llaman a sí mismos los débiles, ellos se llaman «los buenos»... Se entiende, sin que sea necesario siquiera señalarlo, en qué instantes de la historia resulta posible la ficción dualista de un Dios bueno y de un Dios malvado. Con el mismo instinto con que los sometidos rebajan a su Dios haciendo de él el «bien en sí», borran completamente del

Dios de sus vencedores las buenas cualidades; toman venganza de sus señores *transformando en diablo* al Dios de éstos. — El Dios *bueno,* lo mismo que el diablo: ambos, engendros de la *décadence.* — ¿Cómo se puede hoy seguir haciendo tantas concesiones a la simpleza de los teólogos cristianos, hasta el punto de decretar con ellos que es un *progreso* el desarrollo ulterior del concepto de Dios, desarrollo que lo lleva desde «Dios de Israel», desde Dios de un pueblo, al Dios cristiano, a la síntesis de todo bien? — Pero hasta Renan hace eso. ¡Como si Renan tuviera derecho a la simpleza! [39]. A los ojos salta, sin embargo, lo contrario. Cuando del concepto de Dios quedan eliminados los presupuestos de la vida *ascendente,* todo lo fuerte, valiente, señorial, orgulloso, cuando Dios va rebajándose paso a paso a ser símbolo de un bastón para cansados, de un ancla de salvación para todos los que se están ahogando, cuando se convierte en Dios-de-las-pobres-gentes, en Dios-de-los-pecadores, en Dios-de-los-enfermos *par excellence* [por excelencia], y el predicado «salvador», «redentor», es lo que *resta,* por así decirlo, como predicado divino en cuanto tal: *¿de qué* habla tal transformación?, ¿tal *reducción* de lo divino? — Ciertamente con esto «el reino de Dios» se ha vuelto más grande. En otro tiempo Dios tenía únicamente su pueblo, su pueblo «elegido». Entre tanto, al igual que su pueblo mismo, él marchó al extranjero, se dio a peregrinar, desde entonces no ha permanecido ya quieto en ningún lugar: hasta que acabó teniendo su casa en todas partes, el gran cosmopolita, — hasta que logró tener de su parte «el gran número» y media tierra. Pero el Dios del «gran número», el demócrata entre los dioses, no se convirtió, a pesar de todo, en un orgulloso Dios de los paganos: ¡siguió siendo judío, siguió siendo el Dios de los rincones, el Dios de todas las esquinas y lugares oscuros, de todos los barrios insalubres del mundo entero! ... Su reino del mundo es, tanto antes como después, un reino del submundo, un hospital, un reino-subterráneo [40], un reino-ghetto... Y él mismo, tan pálido, tan débil, tan *décadent* [decadente]... De él se enseñorearon hasta los más pálidos de los pálidos, los seño-

res metafísicos, los albinos del concepto. Estos estuvieron tejiendo alrededor de él su telaraña todo el tiempo preciso, hasta que, hipnotizado por sus movimientos, él mismo se convirtió en una araña, en un *metaphysicus* [metafísico]. A partir de ese momento él tejió a su vez la telaraña del mundo sacándola de sí mismo — *sub specie Spinozae*[41] [en figura de Spinoza] —, a partir de ese momento se transfiguró en algo cada vez más tenue y más pálido, se convirtió en un «ideal», se convirtió en un «espíritu puro», se convirtió en un *absolutum* [realidad absoluta], se convirtió en «cosa en sí»... *Ruina de un Dios:* Dios se convirtió en «cosa en sí»...

18

El concepto cristiano de Dios — Dios como Dios de los enfermos, Dios como araña, Dios como espíritu — es uno de los conceptos de Dios más corruptos a que se ha llegado en la tierra; tal vez represente incluso el nivel más bajo en la evolución descendente del tipo de los dioses. ¡Dios, degenerado a ser la *contradicción de la vida,* en lugar de ser su transfiguración y su eterno *sí!* ¡En Dios, declarada la hostilidad a la vida, a la naturaleza, a la voluntad de vida! ¡Dios, fórmula de toda calumnia del «más acá», de toda mentira del «más allá»! ¡En Dios, divinizada la nada, canonizada la voluntad de nada! ...

19

Que las fuertes razas de la Europa nórdica no hayan rechazado de sí el Dios cristiano es algo que en verdad no hace honor a sus dotes religiosas, para no hablar del gusto. *Tendrían que* haber acabado con semejante enfermizo y decrépito engendro de la *décadence.* Mas, por no haber acabado con él, pesa sobre ellas una maldición: acogieron en todos sus instintos la enfermedad, la vejez, la contradicción, — ¡desde entonces no han *creado* ya ningún Dios! ¡Casi dos milenios, y ni un solo

Dios nuevo! ¡Por el contrario, aun ahora, y como si existiese de derecho, como un *ultimatum* [cosa última] y un *maximum* [máximo] de la fuerza configuradora de dioses, del *creator spiritus* [espíritu creador] en el hombre, ese deplorable Dios del monotono-teísmo [42] cristiano!, ¡ese híbrido producto decadente, hecho de cero, concepto y contradicción, en el que tienen su sanción todos los instintos de la *décadence,* todas las cobardías y cansancios del alma! — —

20 [43]

Con mi condena del cristianismo no quisiera yo haber cometido una injusticia contra una religión afín, que incluso lo supera en cuanto al número de quienes la profesan, contra el *budismo.* Ambos están unidos entre sí en cuanto religiones nihilistas, — son religiones de *décadence* —, ambos están separados entre sí de la manera más notable. El crítico del cristianismo está profundamente agradecido a los estudiosos de la India por el hecho de que ahora sea posible *compararlos.* — El budismo es cien veces más realista que el cristianismo, — lleva en su cuerpo la herencia de un planteamiento objetivo y frío de los problemas, viene *después* de un movimiento filosófico que había durado unos cientos de años, cuando él llega el concepto «Dios» está ya eliminado. El budismo es la única religión auténticamente *positivista* que la historia nos muestra, también incluso en su teoría del conocimiento (un fenomenalismo riguroso —), él no dice ya «lucha contra el *pecado*», sino, dando totalmente razón a la realidad, «lucha contra el *sufrimiento*». Tiene ya detrás de sí — esto lo distingue profundamente del cristianismo — ese fraude a sí mismo que son los conceptos morales, — está, hablando en mi lenguaje, *más allá* del bien y del mal. — Los *dos* hechos fisiológicos en que descansa y que contempla son: *primero,* una excitabilidad extraordinatiamente grande de la sensibilidad, la cual se expresa en una refinada capacidad de dolor, *luego,* una superespiritualización, una vida demasiado prolongada entre conceptos y procedi-

mientos lógicos, bajo la cual el instinto personal ha salido perjudicado en provecho de lo «impersonal» (— ambos, estados que al menos algunos de mis lectores, los «objetivos», conocerán, como yo, por experiencia). Sobre la base de esas condiciones fisiológicas ha surgido una *depresión:* a ella se enfrenta Buda con una higiene [44]. Contra la depresión emplea la vida al aire libre, la vida errante, la moderación y la selección en la comida; la precaución con respecto a todos los *spirituosa* [alcoholes]; la precaución asimismo con respecto a todos los afectos que producen bilis, que calientan la sangre; ninguna *preocupación,* ni por sí, ni por otros. Buda exige representaciones que, o bien tranquilicen, o bien alegren — inventa medios para deshabituarse de las otras. Considera que la bondad, el ser-bondadoso favorece la salud. La *oración* está excluida, lo mismo que el *ascetismo;* ningún imperativo categórico, ninguna *coacción* en absoluto, ni siquiera dentro de la comunidad monástica (— se puede volver a salir de ella —). Todas estas cosas serían medios para fortalecer aquella excitabilidad extraordinariamente grande. Justo por ello Buda no exige tampoco lucha alguna contra quienes piensan de otro modo; de ninguna otra cosa se defiende *más* su doctrina que del sentimiento de venganza, de aversión, de *ressentiment* (— «no se pone fin a la enemistad con la enemistad»: conmovedor estribillo del budismo entero...). Y con razón: justo esos afectos serían completamente *malsanos* con vistas al propósito dietético capital. La fatiga espiritual que él encuentra y que se expresa en una «objetividad» demasiado grande (es decir, una debilitación del interés individual, una pérdida del centro de gravedad, del «egoísmo») la combate con una rigurosa devolución a la *persona* incluso de los intereses más espirituales. En la doctrina de Buda el egoísmo se convierte en deber: el «una sola cosa es necesaria» [45], el «cómo te liberas *tú* del sufrimiento» regulan y limitan la dieta espiritual entera (— acaso sea lícito recordar a aquel ateniense que hizo asimismo la guerra el «cientificismo» puro, Sócrates, el cual elevó el egoísmo personal, incluso en el reino de los problemas, a la categoría de moral).

21

El presupuesto del budismo es un clima muy suave, una mansedumbre y liberalidad grandes en las costumbres, una *ausencia completa* de militarismo; y el hecho de que el movimiento tenga su hogar en los estamentos superiores e incluso doctos. Como meta suprema se quiere la jovialidad, la calma, la ausencia de deseos, y esa meta se *alcanza*. El budismo no es una religión en que meramente se aspire a la perfección: lo perfecto es el caso normal. —

En el cristianismo pasan a primer plano los instintos de los sometidos y los oprimidos: los estamentos más bajos son los que buscan en él su salvación. Aquí, como *ocupación*, como medio contra el aburrimiento, se practica la casuística del pecado, la autocrítica, la inquisición de la conciencia; aquí se mantiene constantemente en pie (mediante la oración) el afecto con respecto a un *Poderoso*, llamado «Dios»; aquí lo más alto es considerado inalcanzable, un don, una «gracia». Aquí falta también la publicidad; el escondrijo, el cuarto oscuro son cristianos. Aquí el cuerpo es despreciado, la higiene, rechazada como sensualidad; la Iglesia se defiende de la limpieza (— la primera medida cristiana tras la expulsión de los moros fue la clausura de los baños públicos, de los cuales Córdoba poseía, ella sola, 270). Cristiano es un cierto sentido de crueldad con respecto a sí mismo y con respecto a otros; el odio a los que piensan de otro modo; la voluntad de perseguir. Representaciones sombrías y excitantes ocupan el primer plano; los estados de ánimo más anhelados, designados con los nombres más altos, son los epilepsoides; la dieta es elegida de tal modo que favorezca los fenómenos morbosos y sobreexcite los nervios. Cristiana es la enemistad a muerte contra los señores de la tierra, contra los «aristócratas» — y a la vez una emulación escondida, secreta (— a ellos se les deja el «cuerpo», se quiere *únicamente* el «alma»...). Cristiano es el odio al *espíritu*, al orgullo, al valor, a la libertad, al *libertinage* [libertinaje] del espíritu; cris-

tiano es el odio a los *sentidos,* a las alegrías de los sentidos, a la alegría en cuanto tal... [48].

22

Cuando el cristianismo abandonó su suelo primero, los estamentos más bajos, el *submundo* del mundo antiguo, cuando marchó a buscar poder entre pueblos bárbaros, no tuvo ya aquí, como presupuesto, unos hombres *cansados,* sino unos hombres que en su interior se habían vuelto salvajes y se desgarraban a sí mismos, — el hombre fuerte, pero malogrado. La insatisfacción consigo mismo, el sufrimiento a causa de sí mismo *no* son aquí, como en el budista, una excitabilidad y una capacidad desmesuradas para el dolor, antes bien, al revés, un prepotente deseo de hacer daño, de desahogar la tensión interior en acciones y representaciones hostiles. Para hacerse dueño de los bárbaros el cristianismo tenía necesidad de conceptos y valores *bárbaros:* tales son el sacrificio del primogénito, el beber sangre en la comunión, el desprecio del espíritu y de la cultura; la tortura en todas sus formas, sensibles y no sensibles; la gran pompa del culto. El budismo es una religión para hombres *tardíos,* para razas que se han vuelto bondadosas, mansas, superespirituales, que con demasiada facilidad sienten dolor (— Europa está aún muy lejos de encontrarse madura para él —): es una reconducción de esas razas a la paz y la jovialidad, a la dieta en lo espiritual, a un cierto endurecimiento en lo corporal. El cristianismo quiere hacerse dueño de *animales de presa;* su medio es ponerlos *enfermos,* — el debilitamiento es la receta cristiana para la *doma,* para la «civilización». El budismo es una religión para el acabamiento y el cansancio de la civilización, el cristianismo ni siquiera encuentra la civilización ante sí, — en determinadas circunstancias la funda.

23

El budismo, digámoslo de nuevo, es cien veces más frío, más veraz, más objetivo. No tiene ya necesidad de volver *decente,* mediante la interpretación del pecado, su sufrimiento, su capacidad de dolor, — dice meramente lo que piensa: «yo sufro». Para el bárbaro, en cambio, el sufrimiento no es en sí una cosa decente: para confesarse a sí mismo *que* sufre necesita una interpretación (su instinto lo lleva más bien a negar el sufrimiento, a soportarlo en silencio). Aquí la palabra «demonio» fue un beneficio: se tenía un enemigo prepotente y terrible, — no era necesario avergonzarse de sufrir a causa de tal enemigo. —

El cristianismo tiene en su base algunas sutilezas que pertenecen a Oriente. Ante todo sabe que en sí es completamente indiferente que algo sea verdadero, pero que es de suma importancia *con tal que* se crea que es verdadero. La verdad, y la *creencia* de que algo es verdadero: dos mundos completamente divergentes de intereses, casi dos mundos *antitéticos* — a uno y a otro se llega por caminos radicalmente distintos. Saber eso — *hace* en Oriente casi al sabio: así lo entienden los bramanes, así lo entiende Platón, así, todo discípulo de una sabiduría esotérica. Si, por ejemplo, hay *felicidad* en creerse redimido del pecado, *no* se necesita, como presupuesto de eso, que el hombre sea pecador, sino que se *sienta* pecador. Pero si lo que se necesita en general y ante todo es *fe,* entonces hay que desacreditar la razón, el conocimiento, la investigación: el camino que conduce a la verdad se convierte en el camino *prohibido.* — La *esperanza* firme es un estimulante mucho mayor de la vida que cualquier felicidad acontecida en realidad. A los que sufren hay que mantenerlos en pie con una esperanza que no pueda ser contradicha por ninguna realidad, — que no quede *suprimida* por un cumplimiento: una esperanza del más allá. (Cabalmente por esa capacidad de entretener a los desgraciados, la esperanza fue entre los griegos el mal de los males, el mal auténticamente *pérfido:*

quedó en la caja de los males [47]). — Para que el *amor* sea posible, Dios tiene que ser una persona; para que también los instintos más bajos puedan hablar, Dios tiene que ser joven. Para el ardor de las mujeres hay que poner en primer plano un santo hermoso, para el de los varones, una María. Esto, bajo el presupuesto de que el cristianismo quiere llegar a dominar en un terreno en que los cultos de Afrodita o de Adonis han determinado ya el *concepto* de culto. La exigencia de *castidad* fortalece la vehemencia e interioridad del instinto religioso — hace más cálido, más exaltado, más animado el culto. — El amor es el estado en el cual, la mayoría de las veces, el hombre ve las cosas como *no* son. Aquí se encuentra en su cumbre la fuerza ilusoria, lo mismo que la fuerza dulcificadora, *transfiguradora*. En el amor se soportan más cosas que en cualquier otra situación, se tolera todo. Había que inventar una religión en que se pudiera ser amado: así se está más allá de lo peor que hay en la vida — no se lo ve ya en absoluto. — Todo esto, en lo que se refiere a las tres virtudes cristianas, fe, amor, esperanza [48]: yo las denomino las tres *listezas* cristianas. — El budismo es demasiado tardío, demasiado positivista para continuar siendo listo de ese modo. —

24 [49]

Voy a tocar aquí únicamente el problema de la *génesis* del cristianismo. La *primera* tesis para su solución dice: el cristianismo resulta comprensible tan sólo a partir del terreno del cual brotó, — *no* es un movimiento dirigido contra el instinto judío, sino la consecuencia lógica de éste, una inferencia más en su espantosa lógica. Dicho con la fórmula del Redentor: «la salvación viene de los judíos» [50]. — La *segunda* tesis dice: el tipo psicológico del Galileo continúa siendo reconocible, pero sólo en su degeneración completa (la cual es a la vez una mutilación y una sobrecarga con rasgos extraños [51] —) ha podido servir para aquello para lo que se lo ha usado, para tipo de un *redentor* de la humanidad. —

Los judíos son el pueblo más notable de la historia universal, ya que, enfrentados al problema de ser o no ser, han preferido, con una consciencia absolutamente inquietante, el ser *a cualquier precio:* ese precio fue la *falsificación* radical de toda naturaleza, de toda naturalidad, de toda realidad, tanto del mundo interior como del mundo exterior entero. Los judíos trazaron sus límites *frente* a todas las condiciones en que hasta ahora le ha sido posible, le ha sido *lícito* a un pueblo vivir, crearon, sacándolo de sí mismos, un concepto antitético de las condiciones *naturales,* — ellos han vuelto del revés sucesivamente, y de una manera incurable, la religión, el culto, la moral, la historia, la psicología, convirtiendo esas cosas en la *contradicción respecto a sus valores naturales.* Con ese mismo fenómeno volvemos a encontrarnos una vez más, y en proporciones indeciblemente agrandadas, pero sólo como copia: — en comparación con el «pueblo de los santos» [52], la Iglesia cristiana carece de toda pretensión de originalidad. Los judíos son, justo por eso, el pueblo *más fatídico* de la historia universal: en su efecto posterior han falseado de tal modo la humanidad, que hoy incluso el cristiano puede tener sentimientos antijudíos, sin concebirse a sí mismo como la *última consecuencia judía.*

En mi *Genealogía de la moral* [53] he expuesto por vez primera, psicológicamente, el concepto antitético de una moral *aristocrática* y de una moral de *ressentiment,* surgida esta última *del no* a la primera: y esto es íntegra y totalmente la moral judeo-cristiana. Para poder decir no a todo lo que representa en la tierra el movimiento *ascendente* de la vida, la buena constitución, el poder, la belleza, la afirmación de sí mismo, para poder hacer eso, el instinto, convertido en genio, del resentimiento tuvo que inventarse aquí *otro* mundo, desde el cual aquella *afirmación de la vida* aparecía como el mal, como lo reprobable en sí. Calculadas las cosas psicológicamente, el pueblo judío aparece como un pueblo dotado de la más tenaz de las vitalidades, como un pueblo que, situado en condiciones imposibles, toma voluntariamente partido, desde la más honda listeza de la auto-conservación, por

todos los instintos de *décadence,* — *no* como dominado por ellos, sino porque en ellos adivinó un poder con el cual es posible imponerse *contra* «el mundo». Los judíos son lo contrario de todos los *décadents:* han tenido que *representar* el papel de éstos hasta producir la ilusión de que lo eran, han sabido colocarse, con un *non-plus-ultra* [no más allá] de genio teatral, a la cabeza de todos los movimientos de *décadence* (— en cuanto cristianismo de *Pablo* [54] —), para convertirlos en algo más fuerte que todo partido de la vida que *diga sí.* Para la especie de hombre, una especie *sacerdotal,* que en el judaísmo y en el cristianismo ansía el poder, la *décadence* no es más que un *medio:* esa especie de hombre tiene un interés vital en poner *enferma* a la humanidad y en volver del revés, en un sentido peligroso para la vida y calumniador del mundo, los conceptos «bueno» y «malvado», «verdadero» y «falso». —

25

La historia de Israel no tiene precio como historia típica de toda *desnaturalización* de los valores naturales: voy a aludir a cinco hechos de la misma [55]. Originariamente, sobre todo en la época de los reyes, también Israel mantuvo con todas las cosas la relación *correcta,* es decir, la relación natural. Su Yahvéh era expresión de la consciencia de poder, de la alegría de sí, de la esperanza en sí: en él se aguardaba victoria y salvación, con él se confiaba en que la naturaleza diese lo que el pueblo necesita — ante todo lluvia. Yahvéh es el Dios de Israel y, *por consiguiente,* Dios de la justicia: ésa es la lógica de todo pueblo que tiene poder y una buena conciencia de ese poder. En el culto-festividad se expresan esos dos aspectos de la autoafirmación de un pueblo: éste está agradecido por los grandes destinos a través de los cuales ha llegado a encumbrarse, y está agradecido en lo referente al ciclo de las estaciones y a toda fortuna en la ganadería y en la agricultura. — Ese estado de cosas continuó siendo durante largo tiempo el ideal, también cuan-

do quedó suprimido de triste manera: la anarquía en el interior, el asirio desde fuera. Pero el pueblo conservó, como aspiración suprema, aquella visión de un rey que es un buen soldado y un juez severo: la conservó sobre todo Isaías, aquel profeta típico (es decir, un crítico y un satírico del instante). — Sin embargo, todas las esperanzas quedaron incumplidas. El viejo Dios no *podía* hacer ya nada de lo que en otro tiempo podía. Se debería haberlo abandonado. ¿Qué ocurrió? Se *cambió* su concepto, — se *desnaturalizó* su concepto: a ese precio se lo conservó. — Yahvéh, Dios de la justicia — *ya no* una unidad con Israel, una expresión del sentimiento que un pueblo tiene de sí mismo: tan sólo ya un Dios sujeto a condiciones... Su concepto se convierte en un instrumento en manos de agitadores sacerdotales que, a partir de ese momento, interpretan toda ventura como un premio, toda desventura como un castigo por la desobediencia a Dios, por el «pecado»: es la manera más mendaz de interpretar las cosas, propia de un presunto «orden moral del mundo» [56], y con ella quedó puesto cabeza abajo, de una vez por todas, el concepto natural de «causa» y «efecto». Una vez expulsada del mundo, mediante el premio y el castigo, la causalidad natural, se requiere una causalidad *antinatural:* a partir de ahora el resto entero de cosas no naturales se sigue de aquí. Un Dios que *exige* — en lugar de un Dios que ayuda, que da consejos, que en el fondo es la palabra para designar toda feliz inspiración del valor y de la confianza en sí... La *moral,* ya no expresión de las condiciones de vida y crecimiento de un pueblo, ya no su instinto vital más hondo, sino convertida en algo abstracto, convertida en antítesis de la vida, — la moral como modo de volver por principio malas las cosas con la fantasía, como «mal de ojo» para todas las cosas. ¿*Qué* es la moral judía, *qué* es la moral cristiana? El azar, privado de su inocencia; la infelicidad, manchada con el concepto «pecado»; el bienestar, considerado como peligro, como «tentación»; el malestar fisiológico, envenenado con el gusano de la conciencia...

26

El concepto de Dios, falseado; el concepto de moral, falseado: — los sacerdotes judíos no se detuvieron aquí. No se podía utilizar la *historia* entera de Israel: ¡fuera con ella! — Esos sacerdotes llevaron a cabo ese prodigio de falsificación de la cual tenemos ante nosotros como documento una buena parte de la Biblia: con un escarnio sin igual de toda tradición, de toda realidad histórica, *tradujeron al plano religioso* el pasado de su propio pueblo, es decir, hicieron de ese pasado un estúpido mecanismo salvífico de culpa contra Yahvéh y de castigo, de devoción a Yahvéh y de premio. Nosotros sentiríamos de un modo mucho más doloroso ese ignominiosísimo acto de falsificación histórica si la milenaria interpretación *eclesiástica* de la historia no nos hubiera vuelto casi obtusos para las exigencias de la honestidad *in historicis* [en cuestiones históricas]. Y a la Iglesia la secundaron los filósofos: la *mentira* de «el orden moral del mundo» atraviesa el desarrollo entero de la misma filosofía moderna. ¿Qué significa «orden moral del mundo»? Que existe, de una vez por todas, una voluntad de Dios acerca de lo que el hombre ha de hacer y ha de dejar de hacer; que el valor de un pueblo, de un individuo, se mide por su mayor o menor obediencia a la voluntad de Dios; que en los destinos de un pueblo, de un individuo, la voluntad de Dios demuestra ser *dominante*, es decir, castigadora y premiadora, según el grado de obediencia. La *realidad*, en lugar de esa mentira digna de conmiseración, dice: una especie parasitaria de hombre que sólo prospera a costa de todas las formas sanas de vida, el *sacerdote*, abusa del nombre de Dios: a un estado de cosas en que el sacerdote es quien determina el valor de las cosas lo llama «el reino de Dios»; a los medios con que se alcanza o se mantiene en pie ese estado los llama «la voluntad de Dios»; con un frío cinismo se atiene, al valorar los pueblos, las épocas, los individuos, al grado en que hayan sido útiles o se hayan opuesto a la preponderancia de los sacerdotes. Véaselos actuar: en manos de

los sacerdotes judíos la *gran* época de la historia de Israel se convirtió en una época de decadencia; el exilio, la desventura prolongada se transformó en un *castigo* eterno por la gran época — una época en la cual el sacerdote no era aún nada... De las figuras poderosas de la historia de Israel, dotadas de una constitución *muy libre,* han hecho, según las necesidades, míseros mojigatos y santurrones, o «ateos», han simplificado la psicología de todo gran acontecimiento, reduciéndola a la fórmula, propia de idiotas, de «obediencia *o* desobediencia a Dios». — Un paso más: la «voluntad de Dios», es decir, las condiciones de conservación del poder del sacerdote, tiene que ser *conocida,* — para ese fin se requiere una «revelación». Dicho con claridad [57]: resulta necesaria una gran falsificación literaria, se descubre una «sagrada escritura», — se la hace pública con toda pompa hierática, con días de penitencia y gritos de lamentación por el prolongado «pecado». La «voluntad de Dios» estaba fija desde hacía mucho tiempo: toda la desgracia consiste en haberse vuelto extraños a la «sagrada escritura»... Ya a Moisés se le había revelado la «voluntad de Dios»... ¿Qué había ocurrido? Con rigor, con pedantería, llegando a señalar incluso los tributos grandes y pequeños que había que pagarle (— sin olvidar los trozos más sabrosos de carne: pues el sacerdote es un devorador de *beefsteak* [bistec]), el sacerdote había formulado de una vez por todas *qué es lo que él quiere tener,* «qué es la voluntad de Dios»... A partir de ahora todas las cosas de la vida están ordenadas de tal modo que el sacerdote resulta *indispensable en todas partes;* en todos los acontecimientos naturales de la vida, en el nacimiento, el matrimonio, la enfermedad, la muerte, para no hablar del sacrificio («la cena»), aparece el parásito sagrado para *desnaturalizarlos:* dicho en su lenguaje, para «santificarlos»... Pues es necesario comprender esto: toda costumbre natural, toda institución natural (Estado, organización de la justicia, matrimonio, asistencia a los enfermos y pobres), toda exigencia inspirada por el instinto de la vida, en resumen, todo lo que tiene *en sí* su valor es convertido por el parasitismo del sacerdote (o del

«orden moral del mundo») en algo carente por principio de valor, *contrario* al valor: se requiere posteriormente una sanción, — se necesita un poder *otorgador de valor,* el cual niega en ello la naturaleza, el cual *crea* con ello cabalmente un valor... El sacerdote desvaloriza, *desantifica* la naturaleza: a ese precio subsiste él en absoluto. — La desobediencia a Dios, es decir, al sacerdote, a «la ley», recibe ahora el nombre de «pecado»; los medios de volver a «reconciliarse con Dios» son, como es obvio, medios con los cuales la sumisión a los sacerdotes queda garantizada de manera más radical aún: únicamente el sacerdote «redime»... Calculadas las cosas psicológicamente, los «pecados» se vuelven indispensables en toda sociedad organizada de manera sacerdotal: ellos son las auténticas palancas del poder, el sacerdote *vive* de los pecados, tiene necesidad de que se «peque»... Artículo supremo: «Dios perdona a quien hace penitencia» — dicho claramente [58]: *a quien se somete al sacerdote.* —

27

En un terreno tan *falso,* en el que toda naturaleza, todo valor natural, toda *realidad* tenían en contra suya los instintos más hondos de la clase dominante creció el *cristianismo,* una forma de enemistad mortal, hasta ahora no superada, a la realidad. El «pueblo santo», que para valorar todas las cosas no había conservado más que valores sacerdotales, palabras sacerdotales [59], y que con una coherencia lógica que infunde miedo había apartado de sí como «no santo», como «mundo», como «pecado» todos los demás poderes que aún subsistían en la tierra — ese pueblo dio a su instinto una última fórmula, que era lógica hasta la autonegación: negó, como *cristianismo,* incluso la última forma de realidad, el «pueblo santo», el «pueblo de los elegidos», la realidad *judía* misma. El caso es de primer orden: el pequeño movimiento rebelde bautizado con el nombre de Jesús de Nazaret es el instinto judío *una vez más,* — dicho de otro modo, el instinto sacerdotal que ya no soporta al sacer-

dote como realidad, la invención de una forma aún más *abstracta* de existencia, de una visión aún *más irreal* del mundo que la condicionada por la organización de una Iglesia. El cristianismo *niega* la Iglesia... [60].

Yo no alcanzo a ver contra qué iba dirigida la rebelión de la que Jesús ha sido entendido o *malentendido* como iniciador, si no fue la rebelión contra la Iglesia judía, tomando Iglesia exactamente en el sentido en que nosotros tomamos hoy esa palabra. Fue una rebelión contra «los buenos y justos», contra «los santos de Israel», contra la jerarquía de la sociedad — *no* contra su corrupción, sino contra la casta, el privilegio, el orden, la fórmula; fue la *incredulidad* con respecto a los «hombres superiores», el *no* a todo lo que era sacerdote y teólogo. Mas la jerarquía que de este modo quedó puesta en entredicho, bien que sólo por un instante, era el palafito sobre el cual todavía lograba subsistir, en medio del «agua», el pueblo judío, era la *última* posibilidad, trabajosamente alcanzada, de seguir existiendo, el *residuum* [residuo] de su existencia política particular: un ataque a ella era un ataque al instinto más hondo del pueblo, a la más tenaz voluntad de vivir de un pueblo que jamás haya existido en la tierra. Ese anarquista santo, que incitaba al bajo pueblo, a los excluidos y «pecadores», a los *chandalas* existentes dentro del judaísmo, a contradecir el orden dominante — con un lenguaje que, en el caso de que hubiera que fiarse de los evangelios, todavía hoy conduciría a Siberia [61], era un criminal político, hasta el punto en que eran posibles precisamente los criminales políticos, en una sociedad *absurdamente apolítica*. Eso fue lo que le llevó a la cruz: la prueba de esto es la inscripción puesta en ella. Murió por *su* culpa, — falta toda razón para aseverar, aunque se lo haya aseverado con tanta frecuencia, que murió por la culpa de otros. —

28

Una cuestión completamente distinta es la de si él fue consciente de tal antítesis, — o si meramente fue *sentido* como tal antítesis. Y aquí es donde por vez primera toco el problema de la *psicología del redentor*. — Confieso que son pocos los libros que leo con tantas dificultades como los evangelios. Esas dificultades son distintas de aquéllas con cuya demostración celebró uno de sus triunfos más inolvidables la docta curiosidad del espíritu alemán. Lejos está ya la época en que, como todos los jóvenes doctos, también yo saboreé, con la inteligente lentitud de un filólogo refinado, la obra del incomparable Strauss. Entonces tenía yo veinte años; ahora soy demasiado serio para esto [62]. ¿Qué me importan a mí las contradicciones de la «tradición»? ¡Cómo es posible en absoluto denominar «tradiciones» a leyendas de santos! Las historias de santos son la literatura más ambigua que existe: aplicar a ella el método científico, *si no existen otros documentos*, me parece una cosa condenada de antemano — mera ociosidad erudita...

29

Lo que *a mí* me interesa es el tipo psicológico del redentor. Ese tipo *podría* estar contenido, en efecto, en los evangelios, a pesar de los evangelios, aun cuando muy mutilado o sobrecargado con rasgos extraños: como el de Francisco de Asís está contenido en sus leyendas, a pesar de ellas. *No* la verdad acerca de lo que él hizo, de lo que él dijo, de la manera como en realidad murió: sino el problema de *si* su tipo es todavía imaginable en absoluto, si está «transmitido». — Las tentativas que yo conozco de leer en los evangelios incluso la *historia* de un «alma» parécenme pruebas de una aborrecible ligereza psicológica. El señor Renan, ese bufón *in psychologicis* [en cuestiones psicológicas], ha aportado a su aclaración del tipo Jesús los dos conceptos más *inapre-*

piados que para esto puede haber: el concepto *genio* y el concepto *héroe* («*héros*)[63]. Pero si hay algo no-evangélico es el concepto héroe. Cabalmente la antítesis de toda pugna, de todo sentirse-a-sí-mismo-en-lucha se ha vuelto aquí instinto: la incapacidad de oponer resistencia se convierte aquí en una moral («no resistas al mal», la frase más honda de los evangelios, su clave, en cierto sentido[64]), la bienaventuranza en la paz, en la afabilidad, en el no-*poder*-ser-enemigo. ¿Qué significa la «buena nueva»? La vida verdadera, la vida eterna está encontrada — no se la promete, está ahí, está *dentro de vosotros:* como vida en el amor, en el amor sin sustracción ni exclusión, sin distancia. Todo hombre es hijo de Dios — Jesús no reclama nada para sí solo — en cuanto hijo de Dios todo hombre es idéntico al otro[65]... ¡Hacer de Jesús un *héroe!* — ¡Y qué malentendido es sobre todo la palabra «genio»! Nada de nuestro concepto, de nuestro concepto cultural «espíritu» tiene sentido alguno en el mundo en que Jesús vive. Dicho con el rigor del fisiólogo, aquí estaría en su lugar más bien, una palabra completamente distinta: la palabra idiota[66]. Nosotros conocemos un estado de excitabilidad enfermiza del *sentido del tacto,* el cual retrocede entonces temblando ante cualquier contacto, ante cualquier aprehensión de un objeto sólido. Trasponga se semejante *habitus* [hábito] fisiológico a su lógica última — como odio instintivo a *toda* realidad, como huida a lo «inaprensible», a lo «inconcebible», como aversión a toda fórmula, a todo concepto de tiempo y de espacio, a todo lo que es sólido, costumbre, institución, Iglesia, como un habitar en un mundo no tocado por ninguna especie de realidad, en un mundo meramente «interior», en un mundo «verdadero», en un mundo «eterno»... «El reino de Dios está *dentro de vosotros*»[67]...

30

El odio instintivo a la realidad: consecuencia de una extremada capacidad de sufrimiento y de excitación, la cual no quiere ya ser en modo alguno «tocada», pues

siente de un modo demasiado profundo todo contacto. *La exclusión instintiva de toda aversión, de toda enemistad, de todas las fronteras y distancias en el sentimiento:* consecuencia de una extremada capacidad de sufrimiento y de excitación, la cual siente ya como *displacer* insoportable (es decir, como *dañoso,* como *desaconsejado* por el instinto de autoconservación), todo oponerse, todo tener-que-oponerse, que únicamente en no oponer ya resistencia a nadie, ni a la desgracia ni al mal, conoce la bienaventura (el placer), — el amor como única, como *última* posibilidad de vida...

Estas son las dos *realidades fisiológicas* sobre las cuales, de las cuales ha brotado la doctrina de la redención. Yo la denomino una sublime prolongación del hedonismo sobre una base completamente mórbida. Con ella está estrechamente emparentado, si bien con un gran añadido de vitalidad y energía nerviosa griegas, el epicureísmo, la doctrina de redención del paganismo. Epicuro, un *décadent típico:* yo he sido el primero en reconocerlo como tal [68]. — El miedo al dolor, incluso a lo infinitamente pequeño en el dolor — no *puede* acabar de otro modo que en una *religión del amor*...

31

He dado por anticipado mi respuesta al problema. El presupuesto de esa respuesta es que el tipo del redentor no nos ha sido conservado más que en una gran desfiguración. Esta tiene en sí mucha verosimilitud: por múltiples razones tal tipo no podía permanecer puro, íntegro, libre de añadidos. En él tienen que haber dejado huellas tanto el *milieu* [medio] en que esa figura se movió como también, más aún, la historia, el *destino* de la primera comunidad cristiana: partiendo de ese destino, el tipo fue enriquecido de manera retroactiva con rasgos que sólo son comprensibles desde la guerra y las finalidades de la propaganda. Aquel mundo raro y enfermo en el que los evangelios nos introducen — un mundo que se diría salido de una novela rusa [69], en el cual parecen

darse cita los desechos de la sociedad, las dolencias nerviosas y un idiotismo «infantil» — tiene en todo caso que haber *vuelto más grosero* el tipo: los primeros discípulos en especial, para llegar a comprender algo de él, tradujeron primero a su propia tosquedad un ser que flotaba totalmente en símbolos e inaprehensibilidades, — para ellos el tipo sólo estuvo *presente* después de ser uniformado dentro de formas más conocidas... El profeta, el mesías, el juez futuro, el maestro de moral, el taumaturgo, Juan Bautista — otras tantas ocasiones de desfigurar el tipo... No infravaloremos, por fin, lo *proprium* [peculiaridad] de toda veneración grande, principalmente sectaria: ésta borra del ser venerado los rasgos e idiosincrasias originales, a menudo penosamente extraños — *ni siquiera los ve*. Habría que lamentar que en la cercanía de ese interesantísimo *décadent* no haya vivido un Dostoievski, quiero decir, alguien que supiera sentir precisamente el atractivo conmovedor de semejante mezcla de sublimidad, enfermedad e infantilismo. Un último punto de vista: en cuanto tipo de *décadence*, el tipo *podría* haber sido efectivamente de una multiplicidad y contradictoriedad peculiares: tal posibilidad no ha de excluirse por completo. Sin embargo, todo lo desaconseja: justo la tradición tendría que haber sido en ese caso una tradición notablemente fiel y objetiva: por lo cual tenemos razones para admitir lo contrario. De momento se abre una contradicción entre el predicador de la montaña, del mar y de los prados, cuya aparición produce el efecto de un Buda en un terreno muy poco indio, y aquel fanático del ataque, aquel enemigo mortal de teólogos y sacerdotes, al que la malicia de Renan ha glorificado llamándole *le gran maître en ironie* [el gran maestro en ironía]. Yo mismo no dudo de que esa abundante cantidad de bilis (e incluso de *esprit* [ingenio]) le ha sido trasvasada al tipo del maestro a partir únicamente del excitado estado de la propaganda cristiana: de sobra es conocida, en efecto, la falta de escrúpulos de todos los sectarios para componerse su propia *apología* a partir de su maestro. Cuando la comunidad primitiva tuvo necesidad, *contra* los teólogos, de un teólogo juzga-

dor, litigante, colérico, maliciosamente sutil, se *creó* su «Dios» de acuerdo con sus necesidades: de igual modo que, sin la menor vacilación, colocó también en su boca aquellos conceptos completamente ajenos al evangelio de los que ahora ella no podía prescindir, el «retorno», el «juicio final», toda especie de expectación y promesa temporales. —

32 [70]

Me opongo, dicho una vez más, a que el fanático sea introducido en el tipo del redentor: la palabra *impérieux* [imperioso], usada por Renan, *anula* ya por sí sola el tipo. La «buena nueva» consiste cabalmente en que ya no hay antítesis; el reino de los cielos pertenece a los *niños;* la fe que aquí hace oír su voz no es una fe conquistada con lucha, — está ahí, está desde el principio, es, por así decirlo, una infantilidad que se ha retirado a lo espiritual. El caso de la pubertad retardada y no formada del todo en el organismo, como derivación de la degeneración, es familiar al menos a los fisiólogos. — Semejante fe no se encoleriza, no censura, no se defiende: no lleva «la espada» [71], — no barrunta en absoluto hasta qué punto ella podría llegar alguna vez a dividir. No da pruebas de sí misma, ni con milagros, ni con premios y promesas, y menos aún «con la Escritura»: ella misma es en todo instante su milagro, su premio, su prueba, su «reino de Dios». Tampoco esa fe se formula a sí misma — lo que hace es *vivir,* se defiende de las fórmulas. Es cierto que el azar del ambiente, del idioma, de la formación anterior determina un cierto círculo de conceptos: el cristianismo primitivo maneja *sólo* conceptos judeo-semíticos (— entre ellos está el comer y beber en la comunión, ese concepto del que la Iglesia ha abusado tan perversamente, como de todo lo judío). Pero guardémonos de ver en esto algo más que un hablar por signos, una semiótica, una ocasión de emplear metáforas. Justo el no tomar ninguna palabra literalmente es, para este anti-realista, la condición previa para poder ha-

blar sin más. Entre indios se habría servido de los conceptos del Sankhya, entre chinos, de los de Laotse — sin sentir en ello ninguna diferencia — . Con cierta tolerancia en la expresión se podría llamar a Jesús un «espíritu libre» — ninguna cosa fija le importa: la palabra *mata,* todo lo que está fijo *mata* [72]. El concepto, la *experiencia* «vida», única que él conoce, se opone en él a toda especie de palabra, fórmula, ley, fe, dogma. El habla meramente de lo más íntimo: «vida» o «verdad» o «luz» son sus palabras para designar lo más íntimo [73], — todo el resto, la realidad entera, la naturaleza entera, el lenguaje mismo no tienen para él más valor que el de un signo, un símbolo. — En este lugar no es lícito en modo alguno equivocarse, aun cuando sea muy grande la seducción que hay en el prejuicio cristiano, quiero decir, *eclesiástico:* semejante simbolismo *par excellence* está fuera de toda religión, de todos los conceptos del culto, de toda experiencia del mundo, de todos los conocimientos, de toda política, de toda psicología, de todos los libros, de todo arte — su «saber» es justo la *tontería pura* [74] en lo referente a *que* algo así exista. La *cultura* no le es conocida ni de oídas, no necesita luchar contra ella, — no la niega... Lo mismo ocurre con el *Estado,* con el orden y la sociedad civiles en su totalidad, con el *trabajo,* con la guerra — jamás ha tenido motivo alguno de negar «el mundo», jamás ha barruntado el concepto eclesiástico «mundo»... Justo el *negar* es lo totalmente imposible para él. — Asimismo falta la dialéctica, falta la noción de que una fe, una «verdad» pudieran ser probadas con razones (— *sus* pruebas son «luces» interiores, sentimientos interiores de placer y afirmaciones interiores de sí mismo, meras «pruebas de la fuerza» [75] —). Semejante doctrina no *puede* tampoco contradecir, no comprende en modo alguno que haya, que *pueda* haber otras doctrinas, no sabe representarse en absoluto un modo contrapuesto de juzgar... Allí donde tropieza con él, lo lamentará, desde su más íntima simpatía, como «ceguera», — pues ella ve la «luz» — , pero no hará ninguna objeción [76]...

33

En la psicología entera del evangelio falta el concepto culpa y castigo; asimismo, el concepto premio. El «pecado», cualquier relación distanciada entre Dios y el hombre, se halla eliminado, — *justo eso es la «buena nueva»*. La bienaventuranza no es prometida, no es vinculada a unas condiciones: ella es la *única* realidad — el resto es signo para hablar de ella...

La *consecuencia* de semejante estado se proyecta en una nueva *práctica*, la práctica propiamente evangélica. No es una «fe» lo que distingue al cristiano: el cristiano obra, se distingue por un obrar *diferente*. El no opone resistencia, ni con palabras ni en el corazón, a quien es malvado con él. El no establece ninguna diferencia entre extranjeros y nativos, judíos y no judíos («el prójimo» es propiamente el que tiene la misma fe, el judío [77]). El no se encoleriza con nadie, ni menosprecia a nadie. El no se deja ver en los tribunales, ni se deja citar ante ellos («no jurar»). El no se separa de su mujer en ninguna circunstancia, ni siquiera en el caso de una infidelidad demostrada de aquélla [78]. — Todo esto es, en el fondo, un único principio, todo, consecuencias de un único instinto —

La vida del Redentor no fue otra cosa que *esa* práctica, — tampoco su muerte fue otra cosa... El ya no necesitaba, para su trato con Dios, fórmulas ni ritos — ni siquiera la oración. Ha roto con la entera doctrina judía de penitencia y reconciliación; sabe que únicamente con la *práctica* de la vida es como uno se siente «divino», «bienaventurado», «evangélico», «hijo de Dios» en todo tiempo [79]. *Ni* la «penitencia» *ni* la «oración en demanda de perdón» son caminos que conducen a Dios: *sólo la práctica evangélica* conduce a él, ella precisamente *es* «Dios». — Lo que con el evangelio quedó *eliminado* fue el judaísmo de los conceptos «pecado», «remisión del pecado», «fe», «redención por la fe» — la entera doctrina *eclesiástica* judía quedó negada en la «buena nueva».

El instinto profundo de cómo hay que *vivir* para sen-

tirse «en el cielo», para sentirse «eterno», mientras que con cualquier otra conducta uno *no* «se siente en el cielo»: ésa es la única realidad psicológica de la «redención». — Una nueva forma de vida, *no* una nueva fe...

34

Si yo entiendo algo de este gran simbolista, es que él tomó por realidades, por «verdades», únicamente realidades *interiores,* — que concibió el resto, todo lo natural, temporal, espacial, histórico, únicamente como signo, como ocasión de parábolas. El concepto «hijo del hombre» no es una persona concreta, perteneciente a la historia, una realidad singular, irrepetible, sino un hecho «eterno», un símbolo psicológico desligado del concepto de tiempo. Lo mismo vuelve a ocurrir, y en el sentido más alto, con el *Dios* de ese simbólico típico, con el «reino de los cielos», con la «filiación divina». Nada es menos cristiano que las *tosquedades eclesiásticas* que hablan de un Dios como *persona,* de un «reino de Dios» que *se avecina,* de un «reino de los cielos» situado *más allá,* de un «hijo de Dios» *segunda persona* de la Trinidad. Todo eso es — perdóneseme la expresión — un *puñetazo* en el ojo [80] — ¡oh, en qué ojo! del evangelio; un *cinismo histórico-mundial* en el escarnio del símbolo... Pero resulta patente — no para todos, lo confieso — a qué se alude con los signos «padre» e «hijo»: con la palabra «hijo» se expresa el *ingreso* en el sentimiento de transfiguración global de todas las cosas (la bienaventuranza), con la palabra «padre», *ese sentimiento mismo,* el sentimiento de eternidad, de perfección. — Me avergüenzo de recordar qué es lo que la Iglesia ha hecho de ese simbolismo: ¿no ha colocado en el umbral de la «fe» cristiana una historia de Anfitrión? [81] ¿Y, encima de eso, un dogma de la «inmaculada concepción» [82]?... *Pero con ello ha maculado la concepción* — —

El «reino de los cielos» es un estado del corazón — no algo situado «por encima de la tierra» o que llegue «tras la muerte». El concepto de muerte natural *falta*

completamente en el evangelio: la muerte no es un puente, un tránsito, la muerte falta porque pertenece a un mundo completamente distinto, a un mundo sólo aparente, sólo útil para proporcionar signos. La «hora de la muerte» *no* es un concepto cristiano — la «hora», el tiempo, la vida física y sus crisis no existen en absoluto para el maestro de la «buena nueva»... El «reino de Dios» no es algo que se aguarde; no tiene un ayer ni un pasadomañana, no llega dentro de «mil años» [83] — es una experiencia en un corazón; está en todas partes, no está en ningún lugar...

35

Este «buen mensajero» murió tal como vivió, tal como *enseñó* — *no* para «redimir a los hombres», sino para mostrar cómo se ha de vivir. Lo que él legó a la humanidad es la *práctica*: su comportamiento ante los jueces, ante los sayones, ante los acusadores y ante toda especie de calumnia y burla, — su comportamiento en la *cruz*. El no opone resistencia, no defiende su derecho, no da ningún paso para apartar de sí lo más extremo, más aún, lo *provoca*... Y él ora, sufre, ama *con* quienes, *en* quienes le hacen mal... Las palabras dichas al *ladrón* en la cruz contienen el evangelio entero: «Este ha sido en verdad un hombre *divino*, un 'hijo de Dios'», dice el ladrón. «Si tú sientes eso — responde el Redentor — entonces *estás en el paraíso*, entonces también tú eres un hijo de Dios...» [84]. *No* defenderse, *no* encolerizarse, *no* hacer-responsable a nadie... Por el contrario, no oponer resistencia ni siquiera al malvado, — *amarlo*...

36

— Sólo nosotros, nosotros los espíritus *que hemos llegado a ser libres*, tenemos el presupuesto para entender algo que diecinueve siglos han malentendido, — aquella honestidad, convertida en instinto y en pasión,

que hace la guerra a la «mentira santa» más aún que a toda otra mentira... Se ha estado indeciblemente lejos de nuestra amorosa y precavida neutralidad, de aquella disciplina de espíritu que es la única que permite adivinar cosas tan extrañas, tan delicadas: en todo tiempo se ha querido aquí, con un desvergonzado egoísmo, sólo la ventaja *propia,* a base de la antítesis al evangelio se ha construido la *Iglesia...*

Quien buscase signos de que una divinidad irónica mueve sus dedos tras el gran juego del mundo, encontraría un apoyo no pequeño en el *enorme signo de interrogación* que se llama cristianismo[85]. Que la humanidad esté postrada de rodillas ante la antítesis de lo que fue el origen, el sentido, el *derecho* del evangelio, que haya canonizado en el concepto «Iglesia» justo aquello que el «buen mensajero» sentía por *debajo* de sí, por *detrás* de sí — en vano se buscará una forma mayor de *ironía histórico-universal* — —

37[86]

— Nuestra época está orgullosa de su sentido histórico[87]: ¿cómo ha podido llegar a creerse el sinsentido de que al comienzo del cristianismo está la *grosera fábula de un taumaturgo y redentor,* — y de que todo lo espiritual y simbólico es tan sólo un desarrollo tardío? Al contrario: la historia del cristianismo — a partir de la muerte en la cruz — es la historia del malentendido, cada vez más grosero, de un simbolismo *originario.* A cada expansión del cristianismo sobre masas más amplias aún, más toscas aún, que iban perdiendo cada vez más los presupuestos de que aquel nació, hízose más necesario *vulgarizar, barbarizar* el cristianismo, — éste engulló dentro de sí doctrinas y ritos de todos los cultos *subterráneos* del *imperium romanum* [imperio romano], el sinsentido de todas las especies de razón enferma. El destino del cristianismo consiste en la necesidad de que su misma fe tuviera que volverse tan enferma, baja y vulgar, como enfermas, bajas y vulgares

eran las necesidades que con él debían quedar aplacadas. La misma *barbarie enferma* acaba por agregarse al poder en cuanto Iglesia, — la Iglesia, esa forma de enemistad mortal a toda honestidad, a toda *altura* de alma, a toda disciplina de espíritu, a toda humanidad franca y bondadosa. — Los valores cristianos — los valores *aristocráticos:* ¡sólo nosotros, nosotros los espíritus *que hemos llegado a ser libres,* hemos restablecido esa antítesis de valores, la más grande que existe! [88] — —

38 [89]

— En este lugar no consigo reprimir un sollozo. Hay días en que me invade un sentimiento más negro que la más negra melancolía — el *desprecio a los hombres.* Y para no dejar ninguna duda sobre *qué* es lo que yo desprecio, sobre *quién* es el que yo desprecio: es el hombre de hoy, el hombre del que yo soy fatalmente contemporáneo. El hombre de hoy — yo me asfixio con su sucia respiración... Frente a las cosas pasadas soy, al igual que todos los hombres de conocimiento, de una gran tolerancia, es decir, de un autodominio *magnánimo:* yo atravieso con una sombría cautela ese manicomio que ha sido el mundo durante milenios enteros, ya se llame «cristianismo», o «fe cristiana», o «Iglesia cristiana», — me guardo de hacer responsable a la humanidad de sus enfermedades mentales. Pero mi sentimiento cambia, explota, tan pronto como ingreso en la época moderna, en *nuestra* época. Nuestra época está *enterada*... Lo que en otro tiempo no era más que algo enfermo se ha convertido hoy en algo indecente, — es indecente ser hoy cristiano. *Y aquí comienza mi náusea.* — Miro a mi alrededor: ni una palabra ha quedado ya de lo que en otro tiempo se llamó «verdad», nosotros no soportamos ya ni siquiera que un sacerdote tome en su boca la palabra «verdad». Aun cuando la pretensión de honestidad sea modestísima, nosotros *tenemos que* saber hoy que, en cada frase que dice, un teólogo, un sacerdote, un papa, no sólo yerra, sino que *miente,* — que ya no es

libre de mentir por «inocencia», por «ignorancia». También el sacerdote sabe, como lo sabe todo el mundo, que ya no hay un «Dios», un «pecador», un «redentor», — que la «voluntad libre», el «orden moral del mundo» son *mentiras:* — la seriedad, el autovencimiento profundo del espíritu no *permiten* ya a nadie *no* estar enterado de eso... *Todos* los conceptos de la Iglesia se hallan reconocidos como lo que son, como la más maligna superchería que existe, realizada con la finalidad de *desvalorizar* la naturaleza, los valores naturales; el sacerdote mismo se halla reconocido como lo que es, como la especie más peligrosa de parásito, como la auténtica araña venenosa de la vida... Nosotros sabemos, nuestra *conciencia* [90] sabe hoy — *qué* valor tienen, *para qué han servido* esas siniestras invenciones de los sacerdotes y de la Iglesia con las cuales se alcanzó aquel estado de autodeshonra de la humanidad capaz de producir náusea con su espectáculo — los conceptos «más allá», «juicio final», «inmortalidad del alma», el «alma» misma; son instrumentos de tortura, son sistemas de crueldades mediante los cuales el sacerdote llegó a ser señor, siguió siendo señor... Todo el mundo sabe eso: *y, sin embargo, todo sigue igual que antes.* ¿A dónde ha ido a parar el último sentimiento de decencia, de respeto a sí mismo, si hasta nuestros estadistas, por lo demás una especie muy desenvuelta de hombres y de anticristianos completos de la acción, continúan hoy denominándose cristianos y van a comulgar?... Un joven [91] príncipe, a la cabeza de sus regimientos, magnífico como expresión del egoísmo y de la altanería de su pueblo, — ¡pero confesándose cristiano, *sin* ninguna vergüenza! ... ¿A *quién* niega, pues, el cristianismo?, *¿qué* quiere decir «mundo»? Ser un soldado, ser un juez, ser un patriota; defenderse; mantener el honor propio; querer la ventaja propia; ser *orgulloso*... Toda práctica de todo instante, todo instinto, toda valoración que se transforme en *acción* son hoy anticristianos: ¡qué *engendro de falsedad* tiene que ser el hombre moderno para *no avergonzarse,* a pesar de todo, de seguir llamándose cristiano! — — —

39

— Voy a volver atrás, voy a contar la *auténtica* historia del cristianismo. — Ya la palabra «cristianismo» es un malentendido —, en el fondo no ha habido más que *un* cristiano, y ése murió en la cruz. El «evangelio» *murió* en la cruz. Lo que a partir de ese instante se llama «evangelio» era ya la antítesis de lo que *él* había vivido: una «*mala* nueva», un *disangelio*[92]. Es falso hasta el sinsentido ver en una «fe», en la fe, por ejemplo, en la redención por Cristo, el signo distintivo del cristiano: sólo la *práctica* cristiana, una vida tal como la *vivió* el que murió en la cruz, es cristiana... Todavía hoy *esa* vida es posible, para *ciertos* hombres es incluso necesaria: el cristianismo auténtico, el originario, será posible en todos los tiempos... *No* un creer, sino un hacer, sobre todo un *no*-hacer-muchas-cosas, un *ser* distinto... Los estados de consciencia, una creencia cualquiera, un tener-algo-por-verdadero, por ejemplo, — todo psicólogo lo sabe — son, en efecto, estados completamente indiferentes y de quinto orden comparados con el valor de los instintos: dicho con mayor rigor, el concepto entero de causalidad espiritual es falso. Reducir el ser-cristiano, la cristiandad, a un tener-algo-por-verdadero, a una mera fenomenalidad de consciencia, significa negar la cristiandad[93]. *De hecho no ha habido en absoluto cristianos.* El «cristiano», lo que desde hace dos milenios se llama un cristiano, es meramente un auto-malentendido psicológico. Miradas las cosas con mayor exactitud, en él han dominado, *a pesar de* toda «fe», *meramente* los instintos — ¡y *qué instintos!* — En todos los tiempos, por ejemplo en Lutero, la «fe» ha sido únicamente un manto, un pretexto, una *cortina* tras la cual los instintos jugaban su juego, una inteligente *ceguera* acerca del dominio de *ciertos* instintos... La «fe» — ya antes la llamé la auténtica *listeza* cristiana[94], — se ha hablado siempre de la «fe», pero se ha *obrado* siempre tan sólo por instinto... En el mundo de representaciones del cristiano no aparece nada que roce siquiera la realidad: por el contra-

rio, nosotros hemos reconocido en el odio instintivo *a* toda realidad el elemento impulsor, el único elemento impulsor existente en la raíz del cristianismo [96]. ¿Qué se sigue de esto? Que también *in psychologicis* [en las cuestiones psicológicas] el error es aquí radical, es decir, determinante de la esencia, es decir, *sustancia*. Quítese aquí *un* concepto, póngase en su lugar una única realidad, — ¡y el cristianismo entero se precipitará rodando en la nada! — Visto desde lo alto, este hecho, el más extraño de todos, una religión que no sólo está condicionada por errores, sino que *tan sólo* en errores dañosos, *tan sólo* en errores que envenenan la vida y el corazón es inventiva e incluso genial, no deja de ser un *espectáculo para dioses,* — para aquellas divinidades que son a la vez filósofos y con las que yo me encontré, por ejemplo, en aquellos famosos diálogos de Naxos [96]. En el mismo instante en que la *náusea* se retira de ellos (— ¡y de nosotros!), vuélvense agradecidos al espectáculo del cristiano: acaso tan sólo en razón de *este* curioso caso merezca el pequeño y mísero astro llamado tierra una mirada divina, un interés divino... No infravaloremos, pues, al cristiano: el cristiano, falso *hasta la inocencia,* supera en mucho al mono, — con respecto a los cristianos, una conocida teoría sobre la descendencia se convierte en mera galantería [97]...

40 [98]

— La fatalidad del evangelio se decidió con la muerte, — quedó colgada de la «cruz»... Sólo la muerte, esa muerte ignominiosa y no aguardada, sólo la cruz, la cual estaba en general reservada únicamente a la *canaille* [gentuza], — sólo esa horrorosísima paradoja enfrentó a los discípulos con el auténtico enigma: «*¿quién fue?, ¿qué fue?*» — El sentimiento trastornado y, en lo más hondo, ofendido, el recelo de que acaso tal muerte fuera la *refutación* de su causa, el horrendo signo de interrogación «¿por qué precisamente así?» — ése es un estado que se comprende muy bien. Aquí todo *tenía que* ser necesario, poseer un sentido, una razón, una suprema razón;

el amor de un discípulo no conoce el azar. Sólo entonces se abrió el abismo: «*¿quién* lo ha matado?, *¿quién* era su enemigo natural?» — esta pregunta irrumpió como un rayo. Respuesta: el judaísmo *dominante,* su estamento supremo. A partir de ese instante los discípulos se sintieron en rebeldía *contra* el orden, concibieron posteriormente a Jesús como alguien que estaba *en rebeldía contra el orden.* Hasta entonces *faltaba* en su imagen ese rasgo belicoso, ese rasgo que dice no, que hace no [99]; más aún, él era la contradicción de ese rasgo. Es evidente que la pequeña comunidad *no* entendió precisamente lo principal, lo ejemplar en ese modo de morir, la libertad, la superioridad *sobre* todo sentimiento de *ressentiment:* — ¡signo de cuán poco de él llegó a entender! En sí Jesús no pudo querer con su muerte otra cosa que dar públicamente la prueba más fuerte, la *demostración* de su doctrina... Pero sus discípulos estaban lejos de *perdonar* esa muerte, — lo cual habría sido evangélico en el sentido más alto; y menos aún de *ofrecerse* a una muerte idéntica, con una suave y afable calma de corazón... Fue justo el sentimiento menos evangélico de todos, la *venganza,* el que de nuevo se impuso. Era imposible que, con esa muerte, la causa pudiera haber llegado a su final: se necesitaba una «reparación», un «juicio» (— y, sin embargo, ¡qué puede ser menos evangélico que la «reparación», el «castigo», el «someter a juicio»!). Una vez más pasó a primer plano la expectación popular de un mesías: se fijó la mirada en un instante histórico: el «reino de Dios» viene para juzgar a sus enemigos... Mas, con esto, todo queda malentendido: ¡el «reino de Dios», como acto conclusivo, como promesa! El evangelio había sido, sin embargo, precisamente el estar-ahí, el estar-cumplido ese «reino», la *realidad* de ese «reino». Justo tal muerte *era* precisamente ese «reino de Dios»... Sólo ahora se introdujo en el tipo del maestro todo el desprecio y toda la amargura contra los fariseos y los teólogos, — ¡con esto se *hizo* de él un fariseo y un teólogo! Por otro lado, la veneración, vuelta salvaje, de esas almas salidas completamente de sus quicios no soportó ya aquella evangélica igualdad de dere-

chos de todo el mundo a ser hijos de Dios enseñada por Jesús: su venganza consistió en *exaltar* a Jesús de una manera extravagante, en desligarlo de ellos mismos: exactamente igual que en otro tiempo los judíos, por venganza contra sus enemigos, habían separado de ellos mismos a su Dios y lo habían elevado a la altura. El Dios único y el hijo único de Dios: ambos, productos del *ressentiment*...

41

—Y a partir de ese instante surgió un problema absurdo, «¡cómo *pudo* Dios permitir eso!» La trastornada razón de la pequeña comunidad encontró a esto una respuesta realmente espantosa y absurda: Dios entregó su Hijo para remisión de los pecados, como *víctima*. ¡Cómo se acabó de un solo golpe con el evangelio! ¡El *sacrificio reparador*, y en su forma más repugnante, más bárbara, el sacrificio del *inocente* por los pecados de los culpables! ¡Qué horrendo paganismo! —Jesús había suprimido, en efecto, el concepto mismo «culpa», —negó todo abismo entre Dios y el hombre, *vivió* esa unidad de Dios y hombre como *su* «buena nueva»... ¡Y *no* como privilegio! —A partir de ahora en el tipo del redentor ingresan sucesivamente: la doctrina del juicio y del retorno, la doctrina de la muerte como muerte-sacrificio, la doctrina de la *resurrección*, con la cual queda escamoteado el concepto entero de «bienaventuranza», realidad entera y única del evangelio, —¡en favor de un estado *después* de la muerte!... Con aquella insolencia de rabino que lo distingue en todo, Pablo logicizó así esta concepción, esta *impudicia* de concepción: «*si* Cristo no resucitó de entre los muertos, vana es nuestra fe»[100]. —Y de un solo golpe se hizo del evangelio la más despreciable de todas las promesas incumplibles, la *desvergonzada* doctrina de la inmortalidad personal... ¡Pablo mismo la enseñó incluso como *premio*!...

42

Ya se ve *qué* es lo que, con la muerte en la cruz, había llegado a su final: un punto de arranque completamente originario para un movimiento budista de paz, para una efectiva, *no* meramente prometida, *felicidad en la tierra.* Pues — ya lo he destacado — la diferencia fundamental entre ambas religiones de *décadence* continúa siendo ésta: el budismo no promete, sino que cumple, el cristianismo promete todo, pero *no cumple nada.* — A la «buena nueva» la sucedió inmediatamente *la peor de todas:* la de Pablo. En Pablo cobra cuerpo el tipo antitético del «buen mensajero», el genio en el odio, en la visión del odio, en la implacable lógica del odio. *¡Cuántas cosas* ha sacrificado al odio este disevangelista [101]! Ante todo, el redentor; lo clavó a la cruz *suya.* La vida, el ejemplo, la doctrina, la muerte, el sentido y el derecho del evangelio entero — todo eso dejó de existir cuando este falsario por odio comprendió qué era lo único que él podía usar. *¡No* la realidad, *no* la verdad histórica! ... Y, una vez más, el instinto sacerdotal del judío perpetró idéntico gran crimen contra la historia, — borró sencillamente el ayer, el antesdeayer del cristianismo, *se inventó una historia del cristianismo primitivo.* Más aún: falsificó otra vez la historia de Israel, para que apareciese como la prehistoria de *su* acción: todos los profetas han hablado de *su* «redentor»... Más tarde la Iglesia falseó incluso la historia de la humanidad, convirtiéndola en prehistoria del cristianismo... El tipo del redentor, la doctrina, la práctica, la muerte, el sentido de la muerte, incluso el después de la muerte — nada quedó intacto, nada continuó siendo siquiera parecido a la realidad. El centro de gravedad de toda aquella existencia, Pablo lo desplazó sencillamente *detrás* de esa existencia, — lo situó en la *mentira* del Jesús «resucitado». En el fondo él no podía usar en modo alguno la vida del redentor, — necesitaba la muerte en la cruz, *y* algo más aún... Tener por honesto a un Pablo, cuya patria era la sede principal de la ilustración estoica [102], cuando a

base de una alucinación adereza la *prueba* de que el redentor *sigue* viviendo, o prestar siquiera fe a su relato de *que* él tuvo esa alucinación[103], sería una verdadera *niaiserie* [bobería] por parte de un psicólogo: Pablo quería el fin, *por consiguiente* quiso también los medios... Lo que él mismo no creía, creyéronlo los idiotas entre los cuales arrojó *su* doctrina. — *Su* necesidad era el *poder;* con Pablo, una vez más quiso el sacerdote alcanzar el poder, — él sólo podía usar conceptos, doctrinas, símbolos con los que se tiraniza a las masas, con los que se forman rebaños. — *¿Qué* es lo único que Mahoma tomó en préstamo más tarde al cristianismo? El invento de Pablo, su medio de lograr la tiranía sacerdotal, de formar rebaños: la creencia en la inmortalidad — *es decir, la doctrina del «juicio»*...

43

Cuando se coloca el centro de gravedad de la vida *no* en la vida, sino en el «más allá» — *en la nada,* — se le ha quitado a la vida como tal el centro de gravedad. La gran mentira de la inmortalidad personal destruye toda razón, toda naturaleza existente en el instinto, — a partir de ahora todo lo que en los instintos es beneficioso, favorecedor a la vida, garantizador del futuro, suscita desconfianza. Vivir *de tal modo* que ya no tenga *sentido* vivir, *eso* es lo que ahora se convierte en el «sentido» de la vida... ¿Para qué ya el sentido de comunidad, para qué la gratitud a la ascendencia y a los antepasados, para qué colaborar, confiar, para qué favorecer y tener en cuenta algún bien general?... Todas esas cosas son «tentaciones», todas esas cosas son desviaciones del «camino recto» — *«una sola cosa* es necesaria»[104]... En cuanto «alma inmortal», cada uno tiene idéntico rango que cualquier otro, en el conjunto de todos los seres la «salvación» de *cada* individuo tiene derecho a reclamar una importancia eterna, pequeños santurrones, y locos en sus tres cuartas partes, tienen derecho a imaginarse que, en razón de ellos, las leyes de la naturaleza son *transgredi-*

das de modo constante — nunca se estigmatizará con bastante desprecio semejante intensificación hasta lo infinito, hasta lo *impúdico,* de toda especie de egoísmo. Y, sin embargo, el cristianismo debe su *victoria* a *esa* deplorable adulación de la vanidad personal, — con ella es con la que ha persuadido a seguirle cabalmente a todos los malogrados, a todos los hombres de sentimientos rebeldes, a los fracasados, a todos los desechos y escorias de la humanidad. La «salvación del alma» — dicho claramente [105]: «el mundo gira alrededor de *mí*»... El veneno de la doctrina «*idénticos* derechos para todos» — es el cristianismo el que lo ha diseminado de modo más radical: desde los más escondidos rincones de los instintos malos el cristianismo ha hecho una guerra a muerte a todo sentimiento de respeto y de distancia entre los hombres, es decir, al *presupuesto* de toda elevación, de todo crecimiento de la cultura, — con el resentimiento de las masas ha forjado su *arma capital* contra *nosotros,* contra todos los seres aristocráticos, joviales, generosos que hay en la tierra, contra nuestra felicidad en la tierra... La «inmortalidad», concedida a todo Pedro y a todo Pablo [106], ha sido hasta ahora el atentado máximo contra la humanidad *aristocrática,* el atentado más maligno. — ¡*Y* no infravaloremos la fatalidad que desde el cristianismo se ha introducido furtivamente hasta en la política! Nadie tiene ya hoy valor para reclamar derechos especiales, derechos señoriales, un sentimiento de respeto para consigo mismo y para con sus iguales, — un *pathos de la distancia* [107]... ¡Nuestra política está *enferma* de esa falta de valor! — El aristocratismo de los sentimientos ha sido socavado de la manera más subterránea por la mentira de la igualdad de las almas; y si la creencia en el «privilegio de los más» hace y *hará* revoluciones, ¡es el cristianismo, no se dude de ello, son los juicios *cristianos* de valor los que toda revolución no hace más que traducir en sangre y crímenes!. El cristianismo es una rebelión de todo lo que se-arrastra-por-el-suelo contra lo que tiene *altura:* el evangelio de los «viles» *envilece*...

44

— Los evangelios no tienen precio como testimonio de la ya incontenible corrupción existente *dentro* de la primera comunidad. Lo que Pablo llevó luego hasta el final, con el cinismo lógico de un rabino, no fue, a pesar de todo, más que el proceso de decadencia que comenzó con la muerte del redentor. — Nunca se leerán con bastante cuidado esos evangelios; tienen sus dificultades detrás de cada palabra [108]. Yo confieso, y espero que no se me tome esto a mal, que, justo por ello, son para un psicólogo una diversión de primer rango, — como *antítesis* de toda corrupción ingenua, como el refinamiento *par excellence,* como maestría artística en la corrupción psicológica. Los evangelios son algo aparte. La Biblia en general no consiente ninguna comparación. Estamos entre judíos: *primer* punto de vista para no perder aquí completamente el hilo. La trasposición de sí mismo a lo «santo», la cual se vuelve aquí realmente genio y que jamás ha sido alcanzada ni de manera aproximada en ningún otro libro ni ser humano, esa superchería de palabras y de gestos como *arte,* no es el azar de un talento individual cualquiera, de una naturaleza cualquiera de excepción. Para esto se necesita *raza.* El judaísmo entero, una preejercitación y una técnica judías seculares completamente serias, alcanzan su última maestría en el cristianismo en cuanto arte de mentir santamente. El cristiano, esa *ultima ratio* [última razón] de la mentira, es el judío duplicado — incluso *triplicado...* La voluntad radical de emplear únicamente conceptos, símbolos, gestos comprobados por la práctica del sacerdote, el rechazo instintivo de toda *otra* práctica, de toda *otra* especie de perspectiva de valores y de utilidad — eso no es sólo tradición, eso es *herencia:* sólo por ser herencia actúa como naturaleza. La humanidad entera, incluso las mejores cabezas de las mejores épocas — (exceptuando uno solo, que quizá sea un simple monstruo —) se han dejado engañar. El evangelio ha sido leído como *libro de la inocencia...*: indicio no pequeño de la maestría con

que aquí se ha representado la comedia. — Ciertamente: si nosotros *viésemos,* aunque sólo fuera de paso, a todos esos prodigiosos santurrones y santos artificiosos, todo habría acabado, — y justo porque *yo* no leo ninguna palabra sin ver gestos, *acabo con ellos*... Yo no soporto en ellos una cierta manera de alzar los ojos. — Por suerte, para la mayoría los libros son mera *literatura* — — Es preciso no dejarse llevar a engaño: « ¡no juzguéis! », dicen [109], pero ellos mandan al infierno a todo lo que los estorba. Al hacer que Dios juzgue, son ellos mismos los que juzgan; al glorificar a Dios, se glorifican a sí mismos; al *exigir* precisamente las virtudes de que ellos son capaces — más aún, que ellos necesitan para permanecer encumbrados —, aparentan grandiosamente pelear por la virtud, luchar por el dominio de la virtud. «Nosotros vivimos, nosotros morimos, nosotros nos sacrificamos *por el bien*» (— la «verdad», la «luz», el «reino de Dios»): en verdad, hacen lo que no pueden dejar de hacer. Al abrirse paso con aire de santurrones, al estar sentados en un rincón, al vegetar en la sombra como sombras, hacen de ello un *deber:* en cuanto deber, su vida aparece como humildad, en cuanto humildad, esa vida es una prueba más de piedad... ¡Ay, esa humilde, casta, misericordiosa especie de mendacidad! «La virtud misma debe testimoniar a nuestro favor»... Léanse los evangelios como libros que ejercen seducción con la *moral:* la moral queda confiscada por esas gentecillas, ¡ellas saben cuánta importancia tiene la moral! ¡Con la moral es con lo que mejor se lleva a la humanidad *por la nariz!* — La realidad es que aquí una muy consciente *arrogancia de elegidos* representa el papel de la modestia: de una vez por todas, uno se ha puesto *a sí mismo,* a la «comunidad», a los «buenos y justos» de un lado, el de la verdad — y al resto, «al mundo», del otro... *Esta* ha sido la especie más funesta de delirio de grandeza habido hasta ahora en la tierra: pequeños engendros de santurrones y mentirosos comenzaron a reivindicar para sí los conceptos «Dios», «verdad», «luz», «espíritu», «amor», «sabiduría», «vida», como sinónimos de ellos mismos, por así decirlo, para de ese modo trazar una frontera

entre el «mundo» y ellos; pequeños judíos superlativos, maduros para toda especie de manicomio, invirtieron hacia *sí mismos* los valores, como si sólo el cristiano fuera el sentido, la sal, la medida, también el *juicio final* de todo el resto... Toda esta fatalidad fue posibilitada únicamente por el hecho de que ya existía en el mundo una especie afín, racialmente afín, de delirio de grandeza, el delirio de grandeza *judío:* desde el momento en que se abrió el abismo entre judíos y judeocristianos, a estos últimos no les quedó otra opción que emplear *contra* los judíos los mismos procedimientos de autoconservación aconsejados por el instinto judío, mientras que los judíos habían venido empleando hasta entonces esos procedimientos sólo contra todo lo *no*-judío. El cristiano es sólo un judío de confesión «más libre». —

45

— Voy a dar unas cuantas pruebas de lo que esa gentecilla se ha metido en la cabeza, de lo que *ha puesto en boca* de su maestro: puras confesiones de «almas bellas» [110]. —

«Y si en algún lugar no os reciben ni escuchan, marchaos de allí y sacudid el polvo de vuestros pies, en testimonio contra ellos. Yo os digo: en verdad, a Sodoma y a Gomorra les irá mejor en el juicio final que a aquella ciudad» (Marc. 6, 11) — ¡Qué *evangélico!* [111]...

«Y a quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar» (Marc. 9, 42) — ¡Qué *evangélico!*...

«Si tu ojo te escandaliza, arrójalo de ti. Mejor te es entrar con un solo ojo en el reino de Dios que tener los dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno; donde su gusano no muere y su fuego no se apaga» (Marc. 9, 47) — No es precisamente al ojo a lo que se refiere [112]...

«En verdad, yo os digo, hay aquí algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el reino de Dios» (Marc. 9, 11). — *Bien mentido,* león [113]...

«Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz sobre sí y sígame. *Pues...» (Nota de un psicólogo.* La moral cristiana es refutada por sus *pues:* sus «razones» refutan, — eso es lo cristiano). Marc. 8, 34. —

«No juzguéis, *para que* no seáis juzgados. Con la medida con que midáis se os medirá a *vosotros.*» (Mat. 7, 1) — ¡Qué concepto de la justicia, de un juez «justo»!...

«Pues si amáis a los que os aman, *¿qué premio tendréis?* ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si os comportáis amistosamente tan sólo con vuestros hermanos, *¿qué hacéis de especial?* ¿No hacen eso también los publicanos?» (Mat. 5, 46) — Principio del «amor cristiano»: quiere, en última instancia, ser *pagado* bien...

«Pues si *vosotros* no perdonáis a los hombres sus faltas, tampoco os perdonará vuestro padre que está en el cielo [114]» (Mat. 6, 15). — Muy comprometedor para el llamado «padre»...

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura» ([Mat. 6, 33] [115]). Todo eso: a saber, la alimentación, el vestido, todas las necesidades de la vida. Un *error,* para expresarlo modestamente... Poco después [116] Dios aparece como sastre, al menos en ciertos casos...

«Alegraos en ese día y saltad de gozo: *pues* he aquí que vuestro premio es grande en el cielo. Lo mismo hicieron también sus padres con los profetas» ([Luc. 6, 23] [117]). ¡Chusma *desvergonzada!* Se compara ya con los profetas [118]...

«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguien destruye el templo de Dios, *Dios lo destruirá a él:* pues el templo de Dios es sagrado, y *vosotros sois ese templo*» (Pablo, 1 Cor. 3, 16) — Cosas como ésas no se las despreciará nunca bastante...

«¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo? Pues si el mundo va a ser juzgado por *vosotros:* ¿no sois bastante buenos para juzgar cosas menores?» (Pablo, 1 Cor. 6, 2). Por desgracia, no es simplemente el discurso de

un habitante de manicomio... Este *espantoso estafador* continúa diciendo textualmente: «¿No sabéis que *nosotros* juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más a los bienes temporales! »...

«¿No ha hecho Dios de la sabiduría de este mundo una tontería? Puesto que el mundo con su sabiduría no reconoció a Dios en su sabiduría, Dios se complació en hacer bienaventurados a los creyentes mediante una predicación necia. No muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles son llamados. Sino lo que es necio ante el mundo *lo ha elegido Dios* para deshonrar a los sabios; y lo que es débil ante el mundo lo ha elegido Dios para deshonrar a lo fuerte. Y lo innoble ante el mundo y lo despreciado lo ha elegido Dios, y lo que es nada, para aniquilar a lo que es algo. Para que ninguna carne se gloríe delante de él» (Pablo, 1 Cor. 1, 20 ss.)[119]. — Para *comprender* este pasaje, que es un testimonio de primerísimo rango para la psicología de toda moral de chandala, léase el tratado primero de mi *Genealogía de la moral*[120]: en él ha sido puesta de manifiesto por vez primera la antítesis entre una moral *aristocrática* y una moral de chandala, nacida del resentimiento y de una venganza impotente. Pablo ha sido el más grande de todos los apóstoles de la venganza...

46

— *¿Qué se sigue de esto?* Que uno hace bien en ponerse los guantes cuando lee el Nuevo Testamento. La cercanía de tanta suciedad casi compele a hacerlo. Así como no eligiríamos para nuestras relaciones a unos judíos polacos, tampoco elegiríamos a unos «primeros cristianos»: no es que sea siquiera necesario tener una objeción contra ellos... Ni unos ni otros huelen bien[121]. — En vano he estado buscando en el Nuevo Testamento aunque sólo fuera *un* rasgo simpático; nada hay en él que sea libre, bondadoso, franco, honesto. No hay allí siquiera un primer comienzo de humanidad, — faltan los instintos de la *limpieza*... En el Nuevo Testa-

mento hay únicamente instintos *malos,* no existe siquiera valor para ellos. Todo en él es cobardía, todo es cerrar los ojos y engañarse a sí mismo. Todo libro se vuelve limpio cuando uno acaba de leer el Nuevo Testamento: para dar un ejemplo, yo, inmediatamente después de Pablo, he leído con embeleso a aquel graciosísimo y petulantísimo burlón que fue Petronio, del que podría decirse lo que Domenico Boccaccio escribió al duque de Parma sobre César Borgia: *é tutto festo* [todo él es firme] — inmortalmente sano, inmortalmente jovial y bien constituido [122]... Esos pequeños santurrones, en efecto, hacen mal sus cálculos en lo principal. Atacan, pero todo lo atacado por ellos queda, por eso mismo, *distinguido.* Aquel a quien un «primer cristiano» lo ataca, *no* queda ensuciado... A la inversa: es un honor tener contra uno a «primeros cristianos». Uno no lee el Nuevo Testamento sin sentir predilección por lo que en él es maltratado, — para no hablar de la «sabiduría de este mundo», que un insolente bravucón intenta en vano deshonrar «con una predicación necia»... Pero incluso los fariseos y los escribas sacan ventaja de tales adversarios, tienen que haber poseído algún valor para ser odiados de manera tan indecente. Fariseísmo — ¡ése sería un reproche que a los «primeros cristianos» les sería *lícito* hacer! — En última instancia, eran los *privilegiados:* eso basta, el odio del chandala no necesita más razones. El «primer cristiano» — temo que también el «último cristiano», *al que acaso yo llegaré aún a ver* — es, desde lo más profundo de su instinto, un rebelde contra todo lo privilegiado — vive, lucha siempre por «derechos *iguales*»... Vistas las cosas con más exactitud, no le queda otra opción. Si uno quiere ser en su propia persona un «elegido de Dios» — o un «templo de Dios», o un «juez de los ángeles» —, entonces todo *otro* principio de elección, basado, por ejemplo, en la honestidad, en el espíritu, en la virilidad y el orgullo, en la belleza y la libertad de corazón, es sencillamente el «mundo», — *el mal en sí*... Moraleja: toda palabra en boca de un «primer cristiano» es una mentira, toda acción que él realice, una falsedad instintiva, — todos sus valores, todas sus metas son

perjudiciales, pero *aquel* a quien él odia, *aquello* que él odia, *tiene valor*... El cristiano, en especial el cristiano-sacerdote, es un *criterio de valores* — — ¿He de añadir que en todo el Nuevo Testamento no aparece más que una *única* figura a la que es preciso honrar? Pilato, el gobernador romano. Tomar en serio un asunto entre judíos — es una cosa de que él no logra persuadirse. Un judío más o menos — ¿qué importa?... La burla aristocrática de un romano ante el cual se está abusando desvergonzadamente de la palabra «verdad», ha enriquecido el Nuevo Testamento con la única frase *que tiene valor,* — que es su crítica, incluso su *aniquilación:* « ¡qué es la verdad! » [123]...

47

— Lo que *nos* separa no es el hecho de que ni en la historia, ni en la naturaleza, ni detrás de la naturaleza reencontremos nosotros un Dios, — sino el que aquello que ha sido venerado como Dios nosotros lo sintamos no como algo «divino», sino como algo digno de lástima, absurdo, nocivo, no sólo como un error, sino como un *crimen contra la vida*... Nosotros negamos a Dios en cuanto Dios... Si se nos *demostrase* ese Dios de los cristianos, sabríamos creerlo menos aún. — Dicho en una fórmula: *deus, qualem Paulus creavit, dei negatio* [Dios, tal como Pablo lo creó, es la negación de Dios]. — Una religión como el cristianismo, que en ningún punto tiene contacto con la realidad, que se derrumba tan pronto como la realidad obtiene su derecho, aunque sólo sea en *un* punto, tiene que ser, como es obvio, enemiga mortal de la «sabiduría del mundo», quiero decir, *de la ciencia,* — esa religión dará por buenos todos los medios con que puedan quedar envenenadas, calumniadas, *desacreditadas* la disciplina de espíritu, la pureza y la severidad en las cuestiones de conciencia del espíritu, la aristocrática frialdad y libertad de espíritu. La «fe» como imperativo es el *veto* a la ciencia, — *in praxi* [en la práctica], la mentira a cualquier precio... Pablo *com-*

prendió que la mentira — que la «fe» era necesaria; más tarde la Iglesia comprendió a su vez a Pablo. — El «Dios» que Pablo se inventó, un Dios que «deshonra la sabiduría del mundo» (en un sentido más estricto, las dos grandes adversarias de toda superstición, la filología y la medicina), es en verdad únicamente la resuelta *decisión* de Pablo mismo de hacer eso: llamar «Dios» a su propia voluntad, *thora* [doctrina], eso es algo primordialmente judío. Es Pablo el que *quiere* deshonrar «la sabiduría del mundo»: los enemigos de Pablo son los *buenos* filólogos y médicos de formación alejandrina —, es a ellos a quienes él hace la guerra. De hecho, no se es filólogo y médico sin ser también, al mismo tiempo, *anticristiano*. En efecto, como filólogo uno mira por *detrás* de los «libros santos», como médico, por *detrás* de la degeneración fisiológica del cristiano típico. El médico dice «incurable», el filólogo, «superchería»...

48 [124]

— ¿Se ha entendido de verdad la famosa historia que está al comienzo de la Biblia, — acerca de la angustia infernal de Dios frente a la *ciencia?*... No se la ha entendido. Ese libro sacerdotal *par excellence* comienza, como es obvio, con la gran dificultad interna del sacerdote: *éste* tiene un único peligro grande, *por consiguiente* «Dios» tiene un único peligro grande. —

El viejo Dios, todo él «espíritu», todo él sumo sacerdote, todo él perfección, se pasea por su jardín placenteramente: sólo que se aburre. Contra el aburrimiento luchan en vano incluso los dioses [125]. ¿Qué hace? Inventa al hombre, — el hombre es algo entretenido... Pero he aquí que también el hombre se aburre. El apiadamiento de Dios por la única molestia que en sí tienen todos los paraísos no conoce límites: pronto creó también otros animales. *Primer* fallo de Dios: el hombre no encontró entretenidos a los animales, — los dominaba, no quería siquiera ser un «animal». — Por consiguiente, Dios creó a la mujer. Y de hecho, ahora el aburrimiento se termi-

nó — ¡pero también se terminaron otras cosas! La mujer fue el *segundo* fallo de Dios. — «La mujer es, por su esencia, serpiente, Eva» [126] — esto lo sabe todo sacerdote; «de la mujer viene *todo* infortunio al mundo» — esto lo sabe asimismo todo sacerdote. «*Por consiguiente,* también la *ciencia* viene de ella»... Sólo a través de la mujer llegó el hombre a gustar del árbol del conocimiento. — ¿Qué había ocurrido? Al viejo Dios lo invadió una angustia infernal. El hombre mismo había sido su *máximo* fallo, Dios se había creado un rival, la ciencia hace *iguales a Dios,* — ¡se han terminado los sacerdotes y los dioses si el hombre se vuelve científico! — *Moraleja:* la ciencia es lo prohibido en sí, — ella es lo único prohibido. La ciencia es el *primer* pecado, el germen de todo pecado, el pecado *original. La moral no es más que esto.* — «*No* conocerás»: — el resto se sigue de ahí. — La angustia infernal de Dios no le impidió ser listo. ¿Cómo *defenderse* de la ciencia?, ése fue durante largo tiempo su principal problema. Respuesta: ¡fuera del Paraíso el hombre! La felicidad, la ociosidad inducen a tener pensamientos, — todos los pensamientos son pensamientos malos... El hombre no *debe* pensar. — Y el «sacerdote en sí» inventa la indigencia, la muerte, el peligro mortal del embarazo, toda especie de miseria, vejez, fatiga, sobre todo la *enfermedad,* — ¡simples medios en la lucha con la ciencia! La indigencia no le *permite* al hombre pensar... Y, ¡pese a todo!, ¡algo espantoso! La obra del conocimiento se alza cual una torre, asaltando el cielo, trayendo el crepúsculo de los dioses, — ¡qué hacer! — El viejo Dios inventa la *guerra,* separa los pueblos, hace que los hombres se aniquilen mutamente (los sacerdotes han tenido siempre necesidad de la guerra...). La guerra — ¡entre otras cosas, una gran perturbadora de la paz de la ciencia! — ¡Increíble! Pese a las guerras, el conocimiento, *la emancipación con respecto al sacerdote,* aumenta. — Y al viejo Dios se le ocurre una última decisión: «el hombre se ha vuelto científico — *no queda otro remedio, ¡hay que ahogarlo!*»...

49

—Se me ha entendido. El comienzo de la Biblia contiene la psicología *entera* del sacerdote.—El sacerdote conoce únicamente *un* peligro grande: ese peligro es la ciencia—el concepto sano de causa y efecto. Pero en su conjunto la ciencia prospera sólo en circunstancias propicias,—para «conocer» hay que tener tiempo, hay que tener espíritu *de sobra*... «*Por consiguiente*, hay que hacer desgraciado al hombre»,—ésa fue en todo tiempo la lógica del sacerdote.—Se adivina ya *qué* es lo primero que, de acuerdo con esa lógica, vino al mundo:—el «*pecado*»... El concepto de culpa y de castigo, el entero «orden moral del mundo» han sido inventados *contra* la ciencia,—*contra* la liberación del hombre respecto al sacerdote... El hombre *no* debe mirar hacia fuera, debe mirar dentro de sí: *no* debe mirar *dentro* de las cosas con listeza y cautela, como alguien que aprende, no debe mirar en absoluto: debe *sufrir*... Y debe sufrir de tal modo que en todo tiempo tenga necesidad del sacerdote.—¡Fuera los médicos! *Lo que se necesita es un salvador*.—El concepto de culpa y de castigo, incluida la doctrina de la «gracia», de la «redención», del «perdón»—*mentiras* completas, carentes de toda realidad psicológica—todo eso ha sido inventado para destruir el *sentido de las causas* en el hombre: ¡son el atentado contra el concepto causa y efecto!—¡Y *no* un atentado con el puño, con el cuchillo, con honestidad en el odio y en el amor! ¡Sino un atentado salido de los instintos más cobardes, más astutos, más viles! ¡Un atentado de *sacerdotes*! ¡Un atentado de *parásitos*! ¡Un vampirismo propio de pálidas y subterráneas sanguijuelas!... Si las consecuencias naturales de un acto no son ya «naturales», sino que se piensa que están producidas por fantasmas conceptuales propios de la superstición, por «Dios», por «espíritus», por «almas», como consecuencias meramente «morales», que son un premio, un castigo, una señal, un medio de educación, entonces queda destruido el presupuesto del conocimiento,—*enton-*

ces se ha cometido el máximo crimen contra la humanidad. — El pecado, digámoslo otra vez, esa forma *par excellence* de autodeshonra del hombre, ha sido inventado para hacer imposible la ciencia, la cultura, toda elevación y aristocracia del hombre; el sacerdote *domina* merced al invento del pecado. —

50

— En este lugar no voy a dispensarme de dar una psicología de la «fe», de los «creyentes», en provecho, como es obvio, precisamente de los «creyentes». Si aún hoy no faltan quienes no saben hasta qué punto ser «creyentes» es *indecente* — *o* un indicio de *décadence,* de una quebrantada voluntad de vida —, mañana lo sabrán. Mi voz llega incluso a los duros de oído. — Si es que yo no he oído mal, parece que entre los cristianos hay una especie de criterio de verdad, al que se da el nombre de «la prueba de la fuerza». «La fe hace bienaventurados a los hombres [127]: *por tanto,* es verdadera». — Aquí sería lícito objetar, en primer término, que precisamente ese hacer-bienaventurados a los hombres no está probado, sino sólo *prometido:* la bienaventuranza está vinculada a la condición de la fe, — se *debe* llegar a ser bienaventurado *porque* se cree... Pero *que* ocurra efectivamente lo que el sacerdote le promete al creyente para el «más allá», el cual es inaccesible a todo control, ¿con qué se prueba *eso?* — En el fondo, pues, la presunta «prueba de la fuerza» no es a su vez más que una fe en que no dejará de darse el efecto que uno se promete de la fe. Expresado en una fórmula: «yo creo que la fe hace bienaventurados a los hombres; — *por consiguiente,* es verdadera». — Mas con esto hemos llegado ya al final. Ese «por consiguiente» sería el *absurdum* mismo como criterio de verdad. — Supongamos, sin embargo, con un poco de condescendencia, que el hecho de que la fe hace bienaventurados a los hombres está demostrado — *no* sólo deseado, *no* sólo prometido por la boca un poco sospechosa de un sacerdote: — ¿sería la bienaventuranza, —

o, dicho más técnicamente, el *placer* alguna vez una prueba de la verdad? Lo es tan poco, que casi aporta la prueba de lo contrario, y en todo caso induce a la máxima suspicacia acerca de la «verdad» cuando en la pregunta «¿qué es verdadero?» hablan también sentimientos de placer. La prueba del «placer» es una prueba *de* «placer», — nada más; ¿a base de qué, por vida mía, estaría establecido que precisamente los juicios *verdaderos* producen más gusto que los falsos y que, de acuerdo con una armonía preestablecida, traen consigo necesariamente sentimientos agradables? — La experiencia de todos los espíritus rigurosos, de todos los espíritus de índole profunda enseña *lo contrario*. Con lucha ha habido que conquistar todo avance en la verdad, a cambio de él ha habido que entregar casi todo lo demás a que se adhieren el corazón, nuestro amor, nuestra confianza en la vida. — Para ello se requiere grandeza de alma: el servicio a la verdad es el más duro de los servicios. — Pues ¿qué significa ser *honesto* en las cosas del espíritu? ¡Ser riguroso con el propio corazón, despreciar los «bellos sentimientos», hacer de cada sí y de cada no un asunto de conciencia! — — La fe hace bienaventurados a los hombres: *por consiguiente,* miente...

51

Que a veces la fe hace bienaventurados a los hombres, que la bienaventuranza no hace ya de una idea fija una idea *verdadera,* que la fe no desplaza montañas, sino que *emplaza* montañas donde no las hay [128]: una fugaz visita a un *manicomio* resulta bastante clarificadora a este respecto. *No,* desde luego, para un sacerdote: pues por instinto él niega que la enfermedad sea enfermedad, que el manicomio sea un manicomio. El cristiano tiene *necesidad* de la enfermedad, más o menos como los griegos tienen necesidad de un exceso de salud, — *poner*-enfermo al hombre es la verdadera intención oculta de todo el sistema de procedimientos salutíferos de la Iglesia. Y la Iglesia misma — ¿no es ella el manicomio católico [129]

como último ideal? — ¿La tierra en cuanto tal como manicomio? — El hombre religioso, tal como la Iglesia lo *quiere,* es un *décadent* típico; el momento en que una crisis religiosa se adueña de un pueblo viene caracterizado siempre por epidermias nerviosas; el «mundo interior» del hombre religioso se asemeja, hasta confundirse con él, al «mundo interior» de los sobreexcitados y extenuados; los estados «supremos» que el cristianismo ha suspendido por encima de la humanidad, como valor de todos los valores, son formas epileptoides, — la Iglesia ha canonizado *in majorem dei honorem* [para mayor honra de Dios] únicamente a locos *o* a grandes estafadores... En una ocasión me he permitido calificar el *training* [gimnasia] cristiano entero de penitencia y redención (donde mejor se lo estudia hoy es en Inglaterra) de *folie circulaire*[130] [locura circular] producida metódicamente, como es obvio, en un terreno ya preparado para ello, es decir, radicalmente enfermizo. Nadie es libre de hacerse cristiano: uno no se «convierte» al cristianismo, — hay que estar suficientemente enfermo para ello... Nosotros los que somos distintos, los que tenemos *valor* para la salud *y* también para el desprecio, ¡cómo nos está permitido a *nosotros* despreciar una religión que ha enseñado a malentender el cuerpo!, ¡que no quiere desprenderse de las supersticiones del alma!, ¡que hace un «mérito» de la alimentación insuficiente!, ¡que en la salud combate una especie de enemigo, demonio, tentación!, que se persuadió de que es posible pasear un «alma perfecta» en un cadáver de cuerpo, y que para ello tuvo necesidad de fabricarse un nuevo concepto de «perfección», un ente pálido, enfermizo, idiotamente exaltado, la denominada «santidad», — ¡la santidad, que no es más que una serie de síntomas propios del cuerpo empobrecido, enervado, incurablemente corrompido!... El movimiento cristiano, en cuanto movimiento europeo, es de antemano un movimiento conjunto de los elementos de desecho y desperdicio de toda especie: — ese movimiento quiere llegar al poder con el cristianismo. *No* expresa la decadencia de una raza, es un agregado de formas de *décadence* que desde todos los lados se aglomeran

y se buscan. *No* fue, como se cree, la corrupción de la Antigüedad misma, de la Antigüedad *aristocrática*, la que hizo posible el cristianismo: nunca será demasiada la dureza con que se contradiga al idiotismo docto que todavía hoy sostiene algo así. — En la época en que las enfermas, corrompidas capas de los chandalas se cristianizaban en el *imperium* entero, el *tipo opuesto*, la aristocracia, se hallaba presente en su figura más bella y más madura. El gran número llegó a dominar; el democratismo de los instintos cristianos *venció*... El cristianismo no era «nacional», no estaba condicionado por la raza, — se dirigía a toda especie de desheredados de la vida, tenía sus aliados en todas partes. El cristianismo tiene en su base la *rancune* [rencor] propia de los enfermos, el instinto dirigido *contra* los sanos, *contra* la salud. Todo lo bien constituido, lo orgulloso, lo petulante, sobre todo la belleza, daña sus oídos y sus ojos. Voy a recordar una vez más la inapreciable frase de Pablo. «Lo que es *débil* ante el mundo, lo que es *necio* ante el mundo, lo *innoble y despreciado* ante el mundo lo ha elegido Dios»: *esa* fue la fórmula, *in hoc signo* [131] [bajo esta insignia] venció la *décadence*. — *Dios en la cruz* — ¿es que no se entiende todavía el terrible pensamiento que está detrás de ese símbolo? — Todo lo que sufre, todo lo que pende de la cruz, es divino... Todos nosotros pendemos de la cruz, por consiguiente *nosotros* somos divinos... Sólo nosotros somos divinos... El cristianismo fue una victoria, por causa suya pereció una mentalidad *más aristocrática* — el cristianismo ha sido hasta ahora la máxima desgracia de la humanidad. — —

52

El cristianismo es también antitético de toda buena constitución *espiritual*, — sólo *puede* utilizar como razón cristiana la razón enferma, toma partido por todo lo idiota, lanza una maldición contra el «espíritu», contra la *superbia* [soberbia] del espíritu sano. Dado que la enfermedad forma parte de la esencia del cristianismo,

también el estado de ánimo típicamente cristiano, la «fe», *tiene que* ser una forma de enfermedad, todos los caminos derechos, honestos, científicos del conocimiento *tienen que* ser rechazados por la Iglesia como caminos *prohibidos*. Ya la duda es un pecado... La falta completa de limpieza psicológica en el sacerdote — que se delata en su mirada — es un fenómeno *consecutivo* de la *décadence*, — obsérvese en las mujeres histéricas y, por otro lado, en los niños de constitución raquítica la regularidad con que la falsedad por instinto, el placer de mentir por mentir, la incapacidad de mirar y caminar de frente son expresión de *décadence*. «Fe» significa no-*querer*-saber lo que es verdadero. El pietista, el sacerdote de ambos sexos es falso *porque* está enfermo: su instinto *exige* que en ningún punto la verdad obtenga su derecho. «Lo que pone enfermo es *bueno;* lo que viene de la plenitud, de la sobreabundancia, del poder es *malvado*»: ése es el modo de sentir del creyente. *La no-libertad de mentira* — en eso yo adivino a todo teólogo predestinado. — Otro rasgo distintivo del teólogo es su *incapacidad para la filología*. Por filología debe entenderse aquí, en un sentido muy general, el arte de leer bien, — el poder leer hechos *sin* falsearlos con interpretaciones, *sin* perder, por afán de comprender, la precaución, la paciencia, la sutileza. Filología como *ephexis* [indecisión] en la interpretación: trátese de libros, de novedades periodísticas, de destinos o de hechos meteorológicos, — para no hablar de la «salvación del alma»... El modo como un teólogo, lo mismo en Berlín que en Roma, interpreta una «palabra de la Escritura» o un acontecimiento, una victoria del ejército de su patria, por ejemplo, a la luz superior de los salmos de David, es siempre tan *audaz*, que un filólogo, al ver eso, se sube por las paredes. ¡Y qué hará cuando los pietistas y otras vacas de Suabia atavían esa mísera cotidianeidad y esa habitación llena de humo que es su existencia con el «dedo de Dios», y la transforman en un milagro de «gracia», de «providencia», de «experiencias de salvación»! Un dispendio, por modestísimo que fuera, de espíritu, para no decir de *decencia*, tendría que hacer ver

a esos intérpretes, sin embargo, la infantilidad e indignidad de tal abuso de la prestidigitación divina. Si tuviéramos en el cuerpo cierta cantidad, aunque fuera muy pequeña, de piedad, un Dios que nos cura a tiempo del resfriado o que nos hace subir al coche en el preciso instante en que se desencadena un aguacero, debería ser para nosotros un Dios tan absurdo, que, aunque existiese, habría que eliminarlo. Un Dios como criado, como cartero, como calendario, — en el fondo, una palabra para designar la especie más estúpida de todas las casualidades [132]... La «divina providencia», tal como continúa creyendo hoy en ella aproximadamente una tercera parte de la «Alemania culta», sería una objeción tan fuerte contra Dios, que no se la podría imaginar mayor. ¡Y, en todo caso, es una objeción contra los alemanes! ...

53

— Que los *mártires* prueban algo en favor de una causa es algo tan poco verdadero, que yo negaría que mártir alguno haya tenido nunca algo que ver con la verdad [133]. En el tono con que un mártir le echa en cara al mundo su propio tener-por-verdadero algo exprésase ya un grado tan bajo de honestidad intelectual, un *embotamiento* tal para el problema de la verdad, que a un mártir no se necesita jamás refutarlo. La verdad no es algo que uno posea y otro no posea: así pueden pensar sobre la verdad, a lo sumo, los campesinos o los apóstoles-campesinos a la manera de Lutero. Estemos seguros de que la modestia, la *reserva* en este punto aumentarán siempre en la misma medida en que aumente la meticulosidad de conciencia en cosas del espíritu. Estar *enterado* de cinco cosas, y rehusar con mano delicada enterarse de *otras*... La verdad, tal como todo profeta, todo sectario, todo librepensador, todo socialista, todo hombre de Iglesia entiende esa palabra es una prueba perfecta de que ni siquiera se ha comenzado a adquirir aquella disciplina de espíritu y aquella autosuperación que resultan necesarias para encontrar una pequeña verdad

cualquiera, aunque sea muy pequeña. — Las muertes de los mártires, dicho sea de paso, han sido una gran desgracia en la historia: *han seducido*... La conclusión sacada por todos los idiotas, incluidos las mujeres y el pueblo, de que una causa por la cual alquien se entrega a la muerte (o que incluso produce, como el cristianismo primitivo, epidemias de ansia de morir) es algo sin duda importante, — esa conclusión se ha convertido en una rémora indecible para la investigación, para el espíritu de investigación y de cautela. Los mártires han sido *dañosos* para la verdad... Todavía hoy basta una persecución un poco tosca para proporcionar un nombre *honorable* a un sectarismo en sí muy indiferente. — ¿Cómo?, ¿es que el hecho de que alguien entregue su vida por una causa modifica algo el valor de la misma? — Un error que se vuelve honorable es un error que posee un atractivo más de seducción: ¿creéis, señores teólogos, que nosotros os daremos ocasión de representar el papel de mártires por vuestra mentira? — Una causa se la refuta poniéndola con todo cuidado en hielo [134], — también a los teólogos se los refuta así... La estupidez histórico-mundial de todos los perseguidores ha consistido precisamente en dar una apariencia de honorabilidad a la causa adversaria, — en hacerle el regalo de la fascinación del martirio... La mujer continúa estando hoy de rodillas ante un error, porque se le ha dicho que alguien murió por él en la cruz. *¿Es, pues, la cruz un argumento?* — Mas sobre todas estas cosas sólo *uno* ha dicho ya la palabra de que se tenía necesidad desde milenios, — *Zaratustra*.

Signos de sangre han escrito en el camino que ellos recorrieron, y su tontería enseñaba que con sangre se demuestra la verdad.

Mas la sangre es el peor testigo de la verdad: la sangre envenena incluso la doctrina más pura, convirtiéndola en delirio y en odio de los corazones.

Y si alguien atraviesa una hoguera por defender su doctrina, — ¡qué demuestra eso! Mayor cosa es, en verdad, que de su propio incendio salga su propia doctrina [135].

54

No nos dejemos inducir a error: los grandes espíritus son escépticos. Zaratustra es un escéptico [136]. La fortaleza, la *libertad* nacida de la fuerza y del exceso de fuerza del espíritu se *prueba* mediante el escepticismo. A los hombres de convicción no se los ha de tener en cuenta en nada de lo fundamental referente al valor y al no-valor. Las convicciones son prisiones. Esos hombres no ven bastante lejos, no ven *debajo* de sí: mas para tener derecho a hablar acerca del valor y del no-valor hay que ver quinientas convicciones por *debajo* de sí, — por *detrás* de sí... Un espíritu que quiere cosas grandes, que quiere también los medios para conseguirlas, es necesariamente un escéptico. El estar libre de toda especie de convicciones, el *poder*-mirar-libremente, *forma parte* de la fortaleza... La gran pasión [137], que es el fundamento y el poder del propio ser, más ilustrada, más despótica aún que el intelecto humano, toma a éste todo entero a su servicio; le quita todo escrúpulo; le da incluso valor para usar medios no santos; en determinadas circunstancias le *permite* convicciones. La convicción como *medio:* muchas cosas no se las consigue más que por medio de una convicción. La gran pasión usa, consume convicciones, no se somete a ellas, — se sabe *souverain* [soberana]. — A la inversa: la necesidad de fe, la necesidad de alguna incondicionalidad en el sí y en el no, el carlylismo [138], si se me quiere disculpar esta palabra, es una necesidad propia de la *debilidad.* El hombre de fe, el «creyente» de toda especie es, por necesidad, un hombre dependiente, — alguien que no puede erigirse *a sí mismo* en finalidad, que no puede erigir finalidades a partir de sí mismo. El «creyente» no se pertenece *a sí mismo,* sólo puede ser un medio, tiene que ser *consumido,* tiene necesidad de alguien que lo consuma. Su instinto otorga el honor supremo a una moral de la des-simismación [139]: todo le persuade a ella, su inteligencia, su experiencia, su vanidad. Toda especie de fe es en sí una expresión de des-simismación, de extrañamiento de

sí mismo... Si se tiene en cuenta cómo a los más les resulta muy necesario un regulativo que desde fuera los ate y los fije, cómo la coacción, en un sentido más alto la *esclavitud,* es la condición única y última bajo la que prospera el hombre débil de voluntad, y sobre todo la mujer: se entenderá también la convicción, la «fe». El hombre de convicción tiene en ella su espina dorsal. *No* ver muchas cosas, no ser imparcial en ningún punto, ser íntegramente un partido, tener una óptica rigurosa y necesaria en todos los valores — ésa es la única condición para que tal especie de hombre llegue a subsistir. Mas, con esto, ella es la antítesis, el *antagonista* del hombre veraz, — de la verdad... El creyente no es libre de tener conciencia para la cuestión de lo «verdadero» y lo «no verdadero»: ser honesto en *ese* punto sería inmediatamente su ruina. El condicionamiento patológico de su óptica hace del convencido un fanático — Savonarola, Lutero, Rousseau, Robespierre, Saint-Simon [140] —, el tipo antitético del espíritu fuerte, el cual ha llegado a ser *libre.* Pero los gestos grandes y afectados de esos espíritus *enfermos,* de esos epilépticos del concepto, actúan sobre la gran masa, — los fanáticos son pintorescos, la humanidad prefiere ver gestos a oír *razones*...

55 [141]

— Un paso más en la psicología de la convicción, de la «fe». Hace ya mucho tiempo propuse yo que se considerase si las convicciones no son acaso enemigos más peligrosos de la verdad que las mentiras (*Humano, demasiado humano,* p.) [142]. Esta vez quisiera hacer la pregunta decisiva: ¿existe en absoluto una antítesis entre mentira y convicción? — Todo el mundo lo cree; pero ¡qué es lo que no cree todo el mundo! — Cada una de las convicciones tiene su historia, sus formas previas, sus tentativas y fallos: *deviene* convicción después de *no* serlo durante largo tiempo, después de *apenas* serlo durante un tiempo más largo todavía. ¿Cómo?, ¿es que entre esas formas embrionarias de la convicción no po-

dría estar también la mentira? — A veces lo único que se requiere es un simple cambio de personas: en el hijo deviene convicción lo que en el padre era todavía mentira. — Yo llamo mentira a *no* querer ver algo que se ve, a no querer ver algo *tal como* se lo ve: carece de importancia el que la mentira tenga lugar ante testigos o sin testigos. La mentira más habitual es aquella por la que uno se miente a sí mismo; el mentir a otros es relativamente el caso excepcional. — Ahora bien, ese *no*-querer-ver lo que se ve, ese no querer-verlo-*tal-como* se lo ve, es casi la condición primera para todos los que son, en cualquier sentido, un *partido:* el hombre de partido se convierte por necesidad en un mentiroso. La historiografía alemana [143], por ejemplo, está convencida de que Roma fue el despotismo, de que los germanos trajeron al mundo el espíritu de libertad: ¿qué diferencia hay entre esa convicción y una mentira? ¿Es lícito seguir admirándose si, por instinto, todos los partidos, también los historiadores alemanes, tienen en la boca las grandes palabras de la moral, — de que la moral *siga existiendo* casi por el hecho de que el hombre de partido de todo tipo tiene necesidad de ella en todo instante? — «Esta es *nuestra* convicción: nosotros la confesamos ante todo el mundo, nosotros vivimos y morimos por ella, — ¡respeto a todos los que tienen convicciones!» — tales cosas yo las he escuchado incluso de boca de antisemitas. ¡Al contrario, señores míos! Un antisemita no se vuelve en modo alguno más decente por el hecho de que miente por principio... Los sacerdotes, que en tales cosas son más sutiles y que comprenden muy bien la objeción existente en el concepto de convicción, es decir, de una mendacidad que es radical *porque* sirve a una finalidad, han heredado de los judíos la listeza de introducir en ese lugar el concepto «Dios», «voluntad de Dios», «revelación de Dios». También Kant, con su imperativo categórico, siguió el mismo camino: aquí su razón se volvió *práctica.* — Hay cuestiones en las que *no* le corresponde al hombre decidir sobre la verdad y la no-verdad: todas las cuestiones más altas, todos los problemas supremos del valor están más allá de la razón humana... Comprender los

límites de la razón — sólo *eso* es verdaderamente filosofía... ¿Para qué dio Dios al hombre la revelación? ¿Habría hecho Dios algo superfluo? El hombre no *puede* saber de por sí qué es bueno y qué es malvado, por ello Dios le ha enseñado su voluntad... Moraleja: el sacerdote *no* miente, — la cuestión «verdadero» o «no-verdadero», en aquellas cosas de que los sacerdotes hablan, no permite en modo alguno mentir [144]. Pues para mentir se tendría que poder decidir *qué* es aquí verdadero. Mas justo eso no lo *puede* dicidir el hombre; el sacerdote es, pues, sólo el portavoz de Dios. — Tal silogismo de sacerdotes no es, en modo alguno, meramente judío o cristiano: el derecho a la mentira y la *listeza* de la «revelación» son parte integrante del tipo sacerdote, tanto de los sacerdotes de la *décadence* como de los sacerdotes del paganismo (— paganos son todos aquellos que dicen sí a la vida, para los cuales «Dios» es la palabra para designar el gran sí a todas las cosas). — La «ley», la «voluntad de Dios», el «libro sagrado», la «inspiración» — todas ésas son únicamente palabras para designar las condiciones *en* las que el sacerdote accede al poder, *con* las que mantiene en pie su poder, — esos conceptos se encuentran en la base de todas las organizaciones sacerdotales, de todas las estructuras de poder sacerdotales o filosófico-sacerdotales. La «mentira santa» — es común a Confucio, al Código de Manú, a Mahoma, a la Iglesia cristiana —: no falta en Platón. «La verdad existe»: esto significa, en cualquier lugar en que se lo oiga, *el sacerdote miente...*

56

— En última instancia lo que importa es la *finalidad* con que se miente. El hecho de que en el cristianismo falten las finalidades «santas» es *mi* objeción contra sus medios. Sólo finalidades *malas* [145]: envenenamiento, calumnia, negación de la vida, desprecio del cuerpo, degradación y autodeshonra del hombre por el concepto de pecado, — *por consiguiente*, también sus medios son malos. — Con un sentimiento opuesto leo yo el Código de

Manú [146], una obra incomparablemente espiritual y superior, tanto que el simple nombrarla a la vez que la Biblia sería un pecado contra el *espíritu*. En seguida se lo adivina: esa obra tiene detrás de sí, *dentro* de sí, una auténtica filosofía, no simplemente una maloliente judaína [147] compuesta de rabinismo y superstición, — da algo a morder incluso al psicólogo más exigente. *Sin* olvidar lo principal, la diferencia radical de toda especie de Biblia: son los estamentos *aristocráticos*, los filósofos y los guerreros, quienes con ese Código controlan a la masa: por todas partes valores aristocráticos, un sentimiento de perfección, un decir-sí a la vida, un triunfante sentimiento de bienestar consigo mismo y con la vida, — sobre el libro entero brilla el *sol*. — Todas las cosas sobre las que el cristianismo derrama su vulgaridad insondable, como, por ejemplo, la procreación, la mujer, el matrimonio, son tratadas aquí en serio, con respeto, con amor y confianza. ¿Cómo se puede realmente poner en manos de niños y de mujeres un libro que contiene aquella frase infame: «a causa de la fornicación tenga cada uno su propia mujer, y cada una su propio hombre: es mejor casarse que abrasarse»? [148] ¿Y es *lícito* ser cristiano mientras la génesis del hombre esté cristianizada, es decir, *ensuciada* con el concepto de la *immaculata conceptio* [149] [inmaculada concepción]?... Yo no conozco libro alguno en el que a la mujer se le digan tantas cosas delicadas y afectuosas como se le dicen en el Código de Manú; esos vejetes y santos antiguos tienen una manera acaso nunca superada de ser atentos con las mujeres. «La boca de una mujer — se dice una vez —, el pecho de una muchacha, la oración de un niño, el humo del sacrificio son siempre puros». Otro pasaje: «no hay nada más puro que la luz del sol, la sombra de una vaca, el aire, el agua, el fuego y la respiración de una muchacha». Un último pasaje — acaso también una santa mentira —: «todas las aberturas del cuerpo situadas por encima del ombligo son puras, todas las situadas por debajo son impuras. Sólo en la muchacha es puro el cuerpo entero».

57

La *no-santidad* de los medios cristianos es sorprendida *in flagranti* cuando se compara la *finalidad cristiana* con la finalidad del Código de Manú, — cuando se arroja una luz intensa sobre esa máxima antítesis de finalidades. El crítico del cristianismo no puede dejar de hacer *despreciable* al cristianismo. — Un código como el de Manú surge como surge todo buen código: él resume la experiencia, la listeza y la moral experimental de largos siglos, es una conclusión, no crea nada más. El presupuesto de una codificación de su especie es la intelección de que los medios de proporcionar autoridad a una verdad lenta y costosamente adquirida son radicalmente distintos de aquéllos con los que se la probaría. Un código no relata jamás la utilidad, las razones, la casuística que ha habido en la prehistoria de una ley: precisamente con ello perdería el tono imperativo, el «tú debes», el presupuesto para que se le obedezca. El problema consiste exactamente en esto. — En un cierto punto de la evolución de un pueblo la capa más circunspecta del mismo, es decir, la que más mira hacia atrás y hacia adelante, declara concluida la experiencia de acuerdo con la cual se debe — es decir, se *puede* — vivir. Su meta consiste en recoger la cosecha más rica y completa posible de los tiempos de experimento y de *mala* experiencia. Por consiguiente, de lo que ahora hay que guardarse ante todo es de continuar-haciendo-experimentos, de la perduración del estado fluido de los valores, de seguir examinando, escogiendo, criticando *in infinitum* [hasta el infinito] los valores. Frente a eso se coloca un doble muro: por un lado, la *revelación,* es decir, la aseveración de que la razón de aquellas leyes *no* es de procedencia humana, *no* ha sido buscada y encontrada con lentitud y fallos, sino que, por ser de origen divino, es completa, perfecta, no tiene historia, es un regalo, un milagro, ha sido sencillamente comunicada... En segundo lugar, la *tradición,* es decir, la aseveración de que la ley viene existiendo ya desde tiempos antiquísimos, de que po-

nerla en duda constituye una impiedad, un crimen contra los antepasados. La autoridad de la ley tiene su fundamento en estas tesis: Dios la *dio,* los antepasados la *vivieron.* — La razón superior de tal procedimiento está en el propósito de desalojar a la consciencia paso a paso de la vida reconocida como correcta (es decir, *probada* por una enorme y bien cribada experiencia): de tal modo que se logre el automatismo completo del instinto, — ese presupuesto de toda especie de maestría, de toda especie de perfección en el arte de vivir. Establecer un código al modo de Manú significa conceder en lo sucesivo a un pueblo el derecho a llegar a ser maestro, a llegar a ser perfecto, — a ambicionar el arte supremo de la vida. *Para ello hay que hacerlo inconsciente:* esa es la finalidad de toda mentira santa. — El *orden de castas,* que es la ley suprema, dominante, es sólo la sanción de un *orden natural,* de una legalidad natural de primer rango, sobre la que ningún capricho, ninguna «idea moderna» [150] tiene poder. En toda sociedad sana distínguense, condicionándose recíprocamente, tres tipos de diferente gravitación fisiológica, cada uno de los cuales tiene su propia higiene, su propio campo de trabajo, su propia especie de sentimiento de perfección y su propia especie de maestría. Es la naturaleza, *no* Manú, la que separa entre sí a los preponderantemente espirituales, a los preponderantemente fuertes de músculos y de temperamento, y a los terceros, que no destacan ni en una cosa ni en otra, los mediocres, — estos últimos son el gran número, los primeros, la selección. La casta suprema — yo la llamo *los menos* [151] — tiene también, por ser la perfecta, los privilegios de los menos: entre ellos está el de representar en la tierra la felicidad, la belleza, la bondad. Sólo a los hombres más espirituales les está permitida la belleza, *lo* bello: sólo en ellos no es debilidad la bondad. *Pulchrum est paucorum hominum* [152] [lo bello es cosa de pocos hombres]: el bien es un privilegio. En cambio, nada les puede estar menos permitido que los modales feos o una mirada pesimista, un ojo que *afee* —, y menos aún una indignación por el aspecto global de las cosas. La indignación es el privilegio de los chandalas;

e igualmente el pesimismo. «*El mundo es perfecto*[153] — así habla el instinto de los más espirituales, el instinto que dice sí: de esa perfección continúan formando parte la imperfección, el *debajo*-de-nosotros de toda especie, la distancia, el *pathos* de la distancia, el chandala mismo». Los hombres más espirituales, por ser *los más fuertes,* encuentran su felicidad donde otros encontrarían su ruina: en el laberinto, en la dureza consigo mismos y con otros, en el experimento; su placer es el autovencimiento: el ascetismo se convierte en ellos en naturaleza, en necesidad, en instinto. Consideran un privilegio la tarea difícil, una *recreación* el jugar con cargas que aplastan a otros... Conocimiento — una forma de ascetismo. — Ellos son la especie más venerable de hombres: esto no excluye que sean los más joviales, los más amables. Dominan no porque quieran, sino porque *son,* no tienen libertad para ser los segundos. — Los *segundos:* son los guardianes del derecho, los que cuidan del orden y de la seguridad, son los guerreros aristocráticos, es ante todo el *rey* como fórmula suprema que engloba al guerrero, al juez y al mantenedor de la ley. Los segundos son el ejecutivo de los más espirituales, los que más próximos les están, los que les alivian de todas las cosas *groseras* que hay en el trabajo de dominar[154] — su séquito, su mano derecha, sus mejores discípulos. — En todo esto, digámoslo una vez más, no hay el menor capricho, no hay nada «hecho»: lo que es *distinto,* eso es algo hecho — la naturaleza queda deshonrada entonces... El orden de castas, la *jerarquía,* lo único que hace es formular la ley suprema de la vida misma, la separación de los tres tipos es necesaria para la conservación de la sociedad, para la posibilitación de tipos superiores y supremos, — la *desigualdad* de derechos es la condición primera para que llegue a haber derechos. — Un derecho es un privilegio[155]. En su especie de ser tiene cada uno su privilegio. No infravaloremos los derechos de los *mediocres*. La vida que aspira a lo *alto* se vuelve cada vez más dura, — aumenta el frío, aumenta la responsabilidad. Una cultura elevada es una pirámide: sólo puede erguirse sobre un suelo amplio, tiene como presupuesto ante todo una me-

diocridad fuerte y sanamente consolidada. Los oficios manuales, el comercio, la agricultura, la *ciencia,* la mayor parte del arte, en una palabra, el conjunto entero de la actividad profesional no es compatible más que con una mediocridad de potencias y deseos [156]: entre las excepciones esas cosas se hallarían desplazadas, el instinto que les es propio entraría en contradicción tanto con el aristocratismo como con el anarquismo. Hay un destino natural que le lleva a uno a ser una utilidad pública, una rueda, una función: *no* la sociedad, sino la especie de *felicidad* de que los más son capaces es la que hace de ellos máquinas inteligentes. Para el mediocre, ser mediocre es su felicidad; la maestría en *una sola* cosa, la especialidad, es un instinto natural. Sería completamente indigno de un espíritu profundo el ver ya una objeción en la mediocridad en sí. Esta es incluso la *primera* necesidad para que sean lícitas las excepciones: una cultura elevada está condicionada por la mediocridad. Si el hombre de excepción trata precisamente a los mediocres con unos dedos más delicados que a sí mismo y a sus iguales, eso no es meramente cortesía de corazón [157], — es sencillamente su *deber*... ¿A quién es a quien yo más odio, entre la chusma de hoy? A la chusma de los socialistas, a los apóstoles de los chandalas, que con su pequeño ser socavan el instinto, el placer, el sentimiento de satisfacción del obrero — que lo hacen envidioso, que le enseñan la venganza... La injusticia no está nunca en los derechos desiguales, sino en el reclamar derechos «*iguales*»... ¿Qué es *malo*? Pero si ya lo he dicho [158]: todo lo que procede de la debilidad, de la envidia, de la *venganza.* — El anarquista y el cristiano son de una misma procedencia [159]...

58

De hecho constituye una diferencia con qué finalidad se miente: si con ello se conserva o se *destruye.* Es lícito establecer una ecuación perfecta entre el *cristiano* y el *anarquista:* su finalidad, su instinto tienden sólo a la des-

trucción. No hay más que leer en la historia la prueba de esa tesis: la contiene con una claridad horrible. Acabamos de conocer una legislación religiosa cuya finalidad fue «eternizar» la condición suprema para que la vida *prospere,* una gran organización de la sociedad; en cambio, el cristianismo ha encontrado su misión en terminar precisamente con tal organización *porque en ella la vida prosperaba.* Allí, el producto racional de largas épocas de experimento y de inseguridad debía ser aplicado a un provecho remotísimo, y se debía recoger una cosecha lo más grande, lo más rica, lo más completa posible: aquí, por el contrario, la cosecha fue *envenenada* de la noche a la mañana... Algo que se erguía *aere perenius* [más perenne que el bronce], el *imperium romanum,* la forma más grandiosa de organización en condiciones difíciles alcanzada hasta ahora, en comparación con la cual todo lo anterior, todo lo posterior es un fragmento, una chapuza, un diletantismo, — aquellos santos anarquistas consideraron un «acto piadoso» el destruir «el mundo», *es decir,* el *imperium romanum,* hasta que no quedó piedra sobre piedra, — hasta que incluso los germanos y otros rufianes pudieron hacerse dueños de él... El cristiano y el anarquista: ambos *décadents,* ambos incapaces de producir otro efecto que el de disolver, envenenar, marchitar, *chupar sangre,* ambos el instinto del *odio mortal* a todo lo que está en pie, a lo que se yergue con grandeza, a lo que tiene duración, a lo que promete un futuro a la vida... El cristianismo fue el vampiro del *imperium romanum,* — de la noche a la mañana redujo a la nada la obra enorme de los romanos, consistente en conquistar el terreno para una gran cultura que *tiene tiempo.* — ¿Se continúa sin comprender esto? El *imperium romanum* que nosotros conocemos, que la historia de la provincia romana nos enseña a conocer cada vez mejor, esa obra de arte de gran estilo, la más admirable de todas, era un comienzo, su construcción estaba calculada para *probarse* a lo largo de milenios, — ¡hasta hoy no se ha construido jamás así, tampoco se ha soñado siquiera en construir en igual medida *sub specie aeterni* [para la eternidad]! — Esa organización era lo bastante firme como para so-

portar malos emperadores: en tales cosas el azar de las personas no tiene nada que hacer, — *primer* principio de toda gran arquitectura. Pero no era suficientemente firme contra la especie *más corrompida* de corrupción, contra el *cristiano*... Ese gusano escondido que se ha acercado subrepticiamente, en la noche, la niebla y el equívoco, a todos los individuos y que le ha succionado a todo individuo la seriedad para las cosas *verdaderas*, el instinto para las *realidades*, esa banda cobarde, femenina y dulzona le fue enajenando paso a paso a esa enorme construcción las «almas», — aquellas naturalezas valiosas, aquellas naturalezas virilmente aristocráticas que sentían la causa de Roma como su propia causa, como su propia seriedad, como su propio *orgullo*. Los rodeos de los santurrones, la clandestinidad de los conventículos, unos conceptos lóbregos, tales como infierno, como sacrificio del inocente, como *unio mystica* en el beber sangre, ante todo el fuego lentamente atizado de la venganza, de la venganza de los chandalas — *eso* fue lo que se hizo dueño de Roma, esa misma especie de religión a la que ya Epicuro [160] había hecho la guerra en su forma preexistente. Léase a Lucrecio para comprender *qué* es lo que Epicuro combatió, *no* el paganismo, sino el «cristianismo», quiero decir, la corrupción de las almas por el concepto de culpa, por el concepto de castigo y de inmortalidad. — Epicuro combatió los cultos *subterráneos*, todo el cristianismo latente, — negar la inmortalidad era entonces ya una verdadera *redención*. — Y Epicuro habría vencido, todo espíritu respetable en el Imperio romano era epicúreo: *entonces apareció Pablo*... Pablo, el odio, hecho carne, hecho genio, del chandala a Roma, a «el mundo», el judío, el judío *eterno par excellence*... Lo que él adivinó fue el modo como, con ayuda del pequeño movimiento sectario de los cristianos, al margen del judaísmo, se podía provocar un «incendio mundial», el modo como, con el símbolo «Dios en la cruz», se podía aglutinar en un poder enorme todo lo que se encontraba abajo, todo lo que era secretamente rebelde, la herencia entera de las intrigas anarquistas en el imperio. «La salvación viene de los judíos». — El cristianismo

como fórmula para sobrepujar a los cultos subterráneos de toda especie, los de Osiris, los de la Gran Madre, los de Mitra, por ejemplo — *y* para aglutinarlos: en haber entendido eso consiste el genio de Pablo. Su instinto fue en esto tan seguro, que, violentando implacablemente la verdad, puso en boca, y no sólo en boca, del «salvador» de su invención, las nociones con que aquellas religiones de chandalas fascinaban — *hizo* de ese salvador algo que también un sacerdote de Mitra podía comprender... Ese fue su instante de Damasco: comprendió que tenía *necesidad* de la fe en la inmortalidad para desvalorizar «el mundo», que el concepto «infierno» se haría dueño de Roma, — que con el «más allá» se *mata la vida*... Nihilista y cristiano: estas palabras riman, y no sólo riman [161]...

59

La labor entera del mundo antiguo, *en vano:* no tengo palabra que exprese lo que yo siento ante algo tan monstruoso. — Y teniendo en cuenta que la labor de ese mundo era una labor previa, que lo que, con una granítica consciencia de sí, acababa de colocarse era la infraestructura para un trabajo de milenios, el *sentido* entero del mundo antiguo, ¡en vano! ... ¿Para qué los griegos?, ¿para qué los romanos? — Todos los presupuestos de una cultura docta, todos los *métodos* [162] científicos estaban ya allí, se había estatuido ya el gran arte, el incomparable arte de leer bien — ese presupuesto de la tradición de la cultura, de la unidad de la ciencia; la ciencia natural, aliada con la matemática y la mecánica, se hallaba en el mejor de los caminos, — *¡el sentido para percibir los hechos,* el último y más valioso de todos los sentidos, tenía sus escuelas, su tradición que duraba ya siglos! ¿Se entiende esto? Todo lo *esencial* para poder ponerse al trabajo había sido encontrado: — los métodos, hay que decirlo diez veces, *son* lo esencial, también lo más difícil, también lo que durante más tiempo tiene en contra suya los hábitos y las perezas. Eso que hoy nosotros hemos vuelto a conquistar con un indecible

autovencimiento — pues en cierto modo todos nosotros tenemos todavía en el cuerpo los instintos malos, los instintos cristianos —, el mirar de frente la realidad, la mano cauta, la paciencia y la seriedad en las cosas mínimas, la entera *honestidad* del conocimiento — ¡eso estaba ya allí!, ¡hace ya más de dos milenios! ¡*Y*, añadido a ello, el tacto y el gusto buenos, sutiles! ¡*No* como adiestramiento del cerebro! ¡*No* como cultura «alemana» con modales rufianescos! Sino como cuerpo, como ademán, como instinto, — como realidad, en una palabra... ¡*Todo en vano!* ¡De la noche a la mañana, nada más que un simple recuerdo! — ¡Griegos! ¡Romanos! La aristocracia del instinto, el gusto, la investigación metódica, el genio de la organización y de la administración, la fe, la *voluntad* de futuro humano, el gran sí a todas las cosas, todo eso, visible como *imperium romanum,* visible a todos los sentidos, el gran estilo, no ya mero arte, sino convertido en realidad, en verdad, en *vida*... — ¡Y sepultado de la noche a la mañana no por un acontecimiento natural! ¡Pisoteado no por germanos y otros patosos! ¡Sino deshonrado por vampiros astutos, sigilosos, invisibles, anémicos! No vencido, — ¡sólo chupado!... ¡El ansia oculta de venganza, la pequeña envidia, convertidas en *señor!* Todo lo miserable, lo que sufre de sí mismo, lo atormentado por malos sentimientos, el entero *mundo-ghetto* del alma, ¡de un golpe, *encumbrado!* — — Basta leer a cualquier agitador cristiano, a San Agustín [163], por ejemplo, para comprender, para *oler* qué sucia pandilla se encumbró de ese modo. Nos engañaríamos totalmente a nosotros mismos si presupusiéramos una falta cualquiera de entendimiento en los jefes del movimiento cristiano: — ¡oh, son listos, listos hasta la santidad, esos señores Padres de la Iglesia! Lo que les falta es algo completamente distinto. La naturaleza les ha desatendido, — olvidó proveerles de una modesta dote de instintos respetables, de instintos decentes, de instintos *limpios*... Dicho entre nosotros, ni siquiera son varones... Cuando el islam desprecia al cristianismo, tiene mil veces derecho a hacerlo: el islam tiene como presupuesto suyo varones...

60

El cristianismo nos arrebató la cosecha de la cultura antigua, más tarde volvió a arrebatarnos la cosecha de la cultura *islámica*. El prodigioso mundo de la cultura mora de España, que en el fondo es más afín a *nosotros* que Roma y que Grecia, que habla a nuestro sentido y a nuestro gusto con más fuerza que aquéllas, fue *pisoteado* — no digo por qué pies — ¿por qué?, ¡porque debía su génesis a unos instintos aristocráticos, a unos instintos varoniles, porque decía sí a la vida incluso con las raras y refinadas suntuosidades de la vida mora! ... Más tarde los cruzados combatieron algo tal, que mejor les habría estado tenderse en el polvo delante de ello, — una cultura tal que, comparada con ella, incluso nuestro siglo XIX se encontraría a sí mismo muy pobre, muy «tardío». — Ciertamente, los cruzados querían hacer botín: el Oriente era rico... ¡Seamos francos! Las cruzadas — ¡piratería superior, nada más! — La nobleza alemana, que es en el fondo una nobleza vikinga, se encontraba con ello en su elemento: la Iglesia ha sabido muy bien con qué se *posee* a la nobleza alemana... La nobleza alemana, siempre los «suizos» de la Iglesia, siempre al servicio de todos los instintos malos de la Iglesia, — pero *bien pagada*... ¡Que precisamente con ayuda de espadas alemanas, de sangre y valor alemanes haya hecho la Iglesia su guerra de mortal enemistad a todo lo aristocrático que existe en la tierra! Hay en este lugar toda una muchedumbre de preguntas dolorosas. La nobleza alemana casi *está ausente* de la historia de la cultura superior: se adivina la razón... El cristianismo, el alcohol — los dos *grandes* medios de corrupción... En sí no debería haber, ciertamente, lugar a opción a la vista del islam y del cristianismo, como no lo hay a la vista de un árabe y un judío. La decisión está tomada, nadie es libre de seguir aquí decidiendo. O se *es* un chandala, o *no* se lo es... « ¡Guerra sin cuartel a Roma! Paz, amistad con el islam»: así sintió, así *obró* aquel gran espíritu libre, el genio entre los emperadores alemanes, Federico II [164]. ¿Cómo?, ¿es que

un alemán tiene que ser primeramente un genio, tiene que ser primeramente un espíritu libre para tener sentimientos *decentes?* — Yo no comprendo cómo un alemán ha podido tener alguna vez sentimientos *cristianos*...

61

Aquí resulta necesario tocar un recuerdo cien veces más penoso aún para los alemanes. Los alemanes han arrebatado a Europa la última gran cosecha cultural que Europa pudo recoger, — la del *Renacimiento*. ¿Se entiende por fin, se *quiere* entender *qué* fue el Renacimiento? *La transvaloración de los valores cristianos*, la tentativa, emprendida con todos los medios, con todos los instintos, con todo el genio, de llevar a la victoria a los *contra*-valores, a los valores *aristocráticos*... Hasta ahora ha habido tan sólo *esa* gran guerra, hasta ahora no ha habido un planteamiento más decisivo del problema que el del Renacimiento — *mi* problema es el de éste —: ¡no ha habido tampoco nunca una forma de *ataque* más radical, más directa, más rigurosamente lanzada en todo el frente y contra el centro! Atacar en el lugar decisivo, en la sede misma del cristianismo, llevar allí al trono los valores *aristocráticos*, quiero decir, *introducirlos* dentro de los instintos, de las necesidades y deseos más básicos de quienes allí mismo estaban asentados... Yo veo ante mí una *posibilidad* cuyo encanto y cuyo colorido son completamente sobreterrenales: — me parece que ella brilla en todos los estremecimientos de belleza refinada, que en ella labora un arte tan divino, tan demoníacamente divino que en vano se rebuscará en los milenios una segunda posibilidad como ésa: yo veo un espectáculo tal, tan lleno de sentido, tan prodigiosamente paradójico a la vez, que todas las divinidades del Olimpo habrían tenido pretexto para lanzar una carcajada inmortal — *César Borgia papa*[165]... ¿Se me entiende?... Bien, *esa* habría sido la victoria a la que hoy sólo *yo* aspiro, —: ¡con ella quedaba *suprimido* el cristianismo! — ¿Qué ocurrió? Un monje alemán, Lutero, fue a Roma. Ese

monje, que llevaba en su cuerpo todos los instintos vengativos de un sacerdote fracasado, se indignó en Roma *contra* el Renacimiento... En lugar de comprender, con la más profunda gratitud, el enorme acontecimiento que había tenido lugar, la superación del cristianismo en su propia *sede* —, lo único que su odio supo extraer de ese espectáculo fue su propio alimento. Un hombre religioso piensa sólo en sí mismo. — Lutero vio la *corrupción* del papado, siendo así que precisamente lo contrario podía tocarse con las manos: ¡En la silla del papa *no* estaban ya sentados la vieja corrupción, el *peccatum originale*, el cristianismo! ¡Sino la vida! ¡Sino el triunfo de la vida! ¡Sino el gran sí a todas las cosas elevadas, bellas, temerarias!... Y Lutero *restauró de nuevo la Iglesia*: la atacó... El Renacimiento — ¡un acontecimiento sin sentido, un gran *en-vano!* — ¡Ay, esos alemanes, cuánto nos han costado ya! En-vano: — ésa fue siempre la *obra* de los alemanes. — La Reforma; Leibnitz; Kant y la llamada filosofía alemana; las guerras de liberación; el *Reich* — cada vez, un en-vano de algo que estaba ya allí, de algo *irrecobrable* [166]... Son *mis* enemigos, lo confieso, esos alemanes: yo desprecio en ellos toda especie de suciedad de los conceptos y los valores, toda especie de *cobardía* frente a todo sí y todo no honestos. Casi desde hace un milenio vienen enmarañando y embrollando todo aquello que han tocado con sus dedos, tienen sobre su conciencia todas las medianías — ¡las tres-octaverías! [167] — de las que Europa está enferma, — tienen también sobre su conciencia la especie más sucia de cristianismo que existe, la más incurable, la más irrefutable, el protestantismo... Si no se termina con el cristianismo, culpables de ello serán los *alemanes*...

62

— Con esto he llegado a la conclusión y voy a dictar mi sentencia. Yo *condeno* el cristianismo, yo levanto contra la Iglesia cristiana la más terrible de todas las acusacio-

nes que jamás acusador alguno ha tenido en su boca. Ella es para mí la más grande de todas las corrupciones imaginables, ella ha querido la última de las corrupciones posibles. Nada ha dejado la Iglesia cristiana de tocar con su corrupción, de todo valor ha hecho un no-valor, de toda verdad, una mentira, de toda honestidad, una bajeza de alma. ¡Que alguien se atreva todavía a hablarme de sus bendiciones «humanitarias»! El *suprimir* cualquier calamidad iba en contra de su utilidad más profunda, — ella ha vivido de calamidades, ella ha *creado* calamidades, con el fin de eternizarse *a sí misma*... El gusano del pecado, por ejemplo: ¡la Iglesia es la que ha enriquecido a la humanidad con esa calamidad! — La «igualdad de las almas ante Dios», esa falsedad, ese *pretexto* para las *rancunes* [rencores] de todos los que tienen sentimientos viles, ese explosivo de concepto, que ha acabado convirtiéndose en revolución, idea moderna y principio de decadencia del orden social entero — es dinamita *cristiana*... ¡Bendiciones «humanitarias» del cristianismo! ¡Extraer de la *humanitas* una autocontradicción, un arte de la autodeshonra, una voluntad de mentira a cualquier precio, una repugnancia, un desprecio de todos los instintos buenos y honestos! — ¡Esas serían para mí las bendiciones del cristianismo! — El parasitismo como *única* praxis de la Iglesia; con su ideal de clorosis, con su ideal de santidad, beber hasta el final toda sangre, todo amor, toda esperanza de vida; el más allá, como voluntad de negación de toda realidad; la cruz, como signo de reconocimiento para la más subterránea conjura habida nunca, — contra la salud, la belleza, la buena constitución, la valentía, el espíritu, la *bondad* de alma, *contra la vida misma*...

Esta eterna acusación contra el cristianismo voy a escribirla en todas las paredes, allí donde haya paredes, — tengo letras que harán ver incluso a los ciegos... Yo llamo al cristianismo la *única* gran maldición, la *única* grande intimísima corrupción, el *único* gran instinto de venganza, para el cual ningún medio es bastante venenoso, sigiloso, subterráneo, *pequeño*, — yo lo llamo la *única* inmortal mancha deshonrosa de la humanidad...

¡Y se cuenta el *tiempo* desde el *dies nefastus* [día nefasto] en que empezó esa fatalidad, — desde el *primer* día del cristianismo! — *¿Por que no, mejor, desde su último día?* — *¿Desde hoy?* — ¡Transvaloración de todos los valores! [168]...

Dada en el día de la salvación, en el día primero del año uno (— el 30 de septiembre de 1888 de la falsa cronología)

Guerra a muerte contra el vicio: el vicio es el cristianismo

Artículo primero.—Viciosa es toda especie de contranaturaleza. La especie más viciosa de hombre es el sacerdote: él *enseña* la contranaturaleza. Contra el sacerdote no se tienen razones, se tiene el presidio.

Artículo segundo.—Toda participación en un servicio divino es un atentado a la moralidad pública. Se será más duro contra los protestantes que contra los católicos, más duro contra los protestantes liberales que contra los protestantes ortodoxos. Lo que hay de criminal en el ser cristiano crece en la medida en que uno se aproxima a la ciencia. El criminal de los criminales es, por consiguiente, el *filósofo.*

Artículo tercero.—El lugar maldito en que el cristianismo ha encovado sus huevos de basilisco será arrasado, y, como lugar *infame* de la tierra, constituirá el terror de toda la posteridad. En él se criarán serpientes venenosas.

Artículo cuarto.—La predicación de la castidad es una incitación pública a la contranaturaleza. Todo desprecio de la vida sexual, toda impurificación de la misma con el concepto «impuro» es el auténtico pecado contra el espíritu santo de la vida.

Artículo quinto.—Comer en la misma mesa con un sacerdote le hace quedar a uno expulsado: con ello uno se excomulga a sí mismo de la sociedad honesta. El sacerdote es *nuestro* chandala, — se lo proscribirá, se lo hará morir de hambre, se lo echará a toda especie de desierto.

Artículo sexto.—A la historia «sagrada» se la llamará con el nombre que merece, historia *maldita;* las palabras «Dios», «salvador», «redentor», «santo», se las empleará como insultos, como divisas para los criminales.

Artículo séptimo.—El resto se sigue de aquí.

El Anticristo [170]

Notas *

* Las citas de Nietzsche que aparecen en las notas siguientes remiten, si no se indica lo contrario, a las obras publicadas en Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, todas ellas prologadas, traducidas y anotadas por Andrés Sánchez Pascual. *Ecce homo* (número 346), *La genealogía de la moral* (núm. 356), *Así habló Zaratustra* (núm. 377), *Más allá del bien y del mal* (núm. 406), *El nacimiento de la tragedia* (núm. 456) y *Crepúsculo de los ídolos* (núm. 467).

[1] La designación «los menos», aquí utilizada por Nietzsche, es aclarada por éste más tarde, en el § 57 (véase p. 99), donde dice: «La casta suprema — yo la llamo *los menos* — tiene también, por ser la perfecta, los privilegios de los menos...». La antítesis de «los menos» está constituida por los que Nietzsche mismo denomina «los más», a los cuales «les resulta muy necesario un regulativo que desde fuera los ate y los fije» (véase § 54, página 94).

[2] A su «nacimiento póstumo» había aludido ya Nietzsche en *Crepúsculo de los ídolos* (véase edición citada, p. 31) y volverá a hacerlo en *Ecce homo* (edición citada, p. 55).

[3] Sobre la expresión «siete soledades» (que aparece ya en el § 285 de *La gaya ciencia)* véase el § 309 de aquella misma obra, titulado precisamente «Desde la séptima soledad». En *Así habló Zaratustra* (véase edición citada, p. 342) alude también Nietzsche a los «siete hielos» del solitario. Y en *Ecce homo* (edición citada, página 100) habla de que «la soledad tiene siete pieles». La expresión «séptima soledad» aparece otras veces en Nietzsche, quien vuelve a utilizarla en dos de los *Ditirambos de Dioniso:* el titulado «La señal de fuego» y el titulado «El sol se hunde».

[4] Nietzsche ha hablado en varias ocasiones del arte de la lectura y, en concreto, de las cualidades necesarias a los lectores que él deseaba. Véase, por ejemplo, el § 270 de *Humano, demasiado humano,* I, titulado «El arte de leer»; el § 290 de *Humano, derna-*

siado humano, II («Opiniones y sentencias mezcladas»), titulado «Lectores de sentencias», y el § 104 de esa misma obra («El caminante y su sombra»): «Lectores no deseados». Véase asimismo la poesía «A mi lector», en *La gaya ciencia,* y el capítulo «Del leer y el escribir», en *Así habló Zaratustra* (edición citada, pp. 69 y siguiente). Por fin, en *Ecce homo* (ed. citada, p. 119) dice Nietzsche: «Mis lectores y oyentes naturales son ya ahora rusos, escandinavos y franceses, — ¿lo serán cada vez más?»

5 En el manuscrito de Nietzsche los parágrafos 1 a 7 llevaban el título, luego tachado, de «Nosotros los hiperbóreos».

6 Un cuaderno manuscrito de Nietzsche, en el que éste recogió durante el verano de 1888 todos los fragmentos poéticos dispersos en cuadernos anteriores (161 en total), contiene la siguiente poesía:

«Más allá del norte, del hielo, del hoy,
más allá de la muerte,
aparte—
nuestra vida, *nuestra* felicidad!
Ni por tierra
ni por agua
puedes encontrar el camino
hacia nosotros los hiperbóreos:
así lo vaticinó de *nosotros* una boca sabia»

La alusión a Píndaro remite a la *Pítica* X, 29-30: «Nadie podrá encontrar, ni por mar ni por tierra, el camino maravilloso que conduce a las fiestas (ἀγῶνα) de los hiperbóreos.»

7 Véase *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, p. 36). Allí, el § 36 de «Sentencias y flechas» dice así: «Fórmula de *mi* felicidad: un sí, un no, una línea recta, una meta...»

8 Véase el § 52 de este libro (p. 90) donde «el pianista, el sacerdote de ambos sexos» transvalora las definiciones dadas aquí por Nietzsche, diciendo: «Lo que pone enfermo es *bueno;* lo que procede de la plenitud, de la superabundancia, del poder es *malvado*» Las palabras malo *(schlecht)* y malvado *(böse)* tienen siempre en Nietzsche, a partir de *La genealogía de la moral,* el riguroso sentido técnico que él les da en esa obra. Recuérdese que, de los tres tratados de que ésta se compone, el primero de ellos, todo entero, está dedicado a elaborar precisamente la distinción entre *malo* y *malvado.* En la traducción se ha procurado mantener cuidadosamente esta distinción, indispensable para no malentender el discurso moral de Nietzsche. Como bien se ve, la moral «aristocrática» (formulada en este § 2) se basa en la contraposición entre bueno *(gut)* y malo *(schlecht).* La moral «sacerdotal» o «de rebaño» (formulada en el § 52) se basa en la contraposición entre bueno *(gut)* y malvado *(böse).*

9 La famosa «moralina», irónica expresión acuñada por Nietzsche y empleada también en otros pasajes (véase luego, p. 30 y *Ecce homo,* edición citada, p. 36), tiene su antecedente en la palabra «judaína», creada por Paul de Lagarde en su obra *Über das Ver-*

hältnis des deutschen Staates zur Theologie, Kirche und Religion [Sobre la relación del Estado alemán con la teología, la iglesia y la religión] (1873), que Nietzsche leyó con entusiasmo. Nietzsche mismo emplea en esta obra la expresión «judaína» (véase p. 97).

10 En varios lugares insiste Nietzsche en que una idea, por el mero hecho de ser «moderna», es «falsa». En un fragmento póstumo de la primavera de 1888 ofrece esta instructiva lista de modernas «ideas falsas»:

«*Las ideas modernas como ideas falsas*
'libertad'
'derechos iguales'
'humanitarismo'
'compasión'
'el genio'
malentendido democrático (como consecuencia del *milieu*, del espíritu de la época)
malentendido pesimista (como vida *empobrecida*, como desprendimiento de la 'voluntad')
el malentendido de la *décadence (névrose)*
'el pueblo'
'la raza'
'la nación'
'democracia'
'tolerancia'
'el *milieu*'
'utilitarismo'
'civilización'
'emancipación de las mujeres'
'educación popular'
'progreso'
'sociología'»

Nietzsche estudia algunas de estas ideas en *Crepúsculo de los ídolos* («Crítica de la modernidad», ed. citada, p. 115, y «Progreso en el sentido en que yo lo entiendo», ibídem, p. 125).

11 Un fragmento póstumo del invierno de 1887-1888 contiene, bajo el título «El superhombre», los dos párrafos anteriores, que van seguidos de estos otros cuatro, no utilizados luego por Nietzsche:

«Desde los tiempos más antiguos, adivinables por nosotros, de la cultura india, egipcia y china hasta hoy el *tipo superior de hombre* es mucho más homogéneo de lo que se piensa...

Se olvida cuán poco la humanidad forma parte de un único movimiento, cómo la juventud, la vejez, la decadencia no son en modo alguno conceptos que correspondan a la humanidad en cuanto un todo.

Se olvida, para dar un ejemplo, cómo nuestra cultura europea sólo hoy vuelve a acercarse a aquel estado de reblandecimiento

filosófico y de cultura tardía a partir del cual resulta comprensible la génesis de un budismo.

Si alguna vez resulta posible trazar a través de la historia líneas isócronas de cultura, quedará gentilmente puesto cabeza abajo el concepto moderno de progreso — e incluso el índice por el cual se lo mide, el democratismo.»

12 El problema de Pascal y de sus relaciones con el cristianismo preocupó a Nietzsche desde muy pronto, suscitando en él una mezcla de atracción y repulsión. Véase, por ejemplo, este fragmento póstumo de octubre de 1881: «Cuando yo hablo de Platón, de *Pascal*, de Spinoza y de Goethe, sé que su sangre corre por la mía — estoy *orgulloso* cuando digo la verdad acerca de ellos — la familia es bastante buena como para tener necesidad de inventar o de disimular algo; y esa misma es mi actitud con respecto a todo lo que ha sido, yo *estoy orgulloso de la humanidad*, y orgulloso precisamente en la veracidad incondicional.» O estas confesiones de una carta a G. Brandes (20 de noviembre de 1888): «Las palabras de usted acerca de Dostoievski las creo incondicionalmente; yo estimo a éste, por otro lado, como el más valioso material que conozco — le estoy agradecido de una manera extraña, si bien repugna mucho a mis instintos más hondos. Es, más o menos, mi relación con *Pascal*, al que casi amo porque me ha proporcionado infinitas enseñanzas: es el único cristiano *lógico*.» O, en fin, este párrafo de *Ecce homo* (edición citada, p. 42): «El que yo a Pascal no lo lea, sino que lo *ame* como a la más instructiva víctima del cristianismo, asesinado con lentitud, primero corporalmente, después psicológicamente, cual corresponde a la entera lógica de esa forma horrorosa entre todas de inhumana crueldad...» Sobre la «corrupción» de Pascal por el cristianismo, además de lo que Nietzsche dice en el texto, véase este fragmento póstumo del invierno de 1887-1888:

«Al cristianismo no se le debe perdonar jamás el que haya arruinado a hombres como *Pascal*. No se debe cesar nunca de combatir en el cristianismo precisamente eso, el haber tenido la voluntad de despedazar las almas más fuertes y aristocráticas.»

Véase también *Más allá del bien y del mal* (edición citada, páginas 72 y 177).

13 Tanto el término francés *décadence* como las implicaciones del mismo le llegan a Nietzsche a través de su lectura de P. Bourget (1852-1935). El ejemplar de la obra de éste: *Nouveaux essais de psychologie contemporaine* (1885), usado por Nietzsche, y que todavía se encuentra en su biblioteca personal, hállase subrayado en numerosísimos pasajes, a veces con doble y triple trazo. En otras ocasiones Nietzsche ha escrito junto a algunos párrafos esta palabra: *Moi!*, o ha añadido comentarios en los márgenes. La impresión que la lectura de esta obra produjo en Nietzsche está atestiguada por numerosos pasajes de sus cartas.

A partir de ese momento (1885) la palabra *décadence* aparece

en todos los escritos de Nietzsche. Incluso en el prólogo a *El caso Wagner* llega a decir: «Lo que a mí más hondamente me ha ocupado ha sido de hecho el problema de la *décadence* — he tenido razones para ello.» Nietzsche se consideraba a sí mismo un *décadent,* pero también su antítesis (véase *Ecce homo,* edición citada, p. 23). Los fragmentos póstumos que tratan de redefinir y de formular este concepto, por otro lado tan ambiguo, son numerosísimos. Con el fin de completar la breve alusión hecha por Nietzsche en el texto, damos aquí tres de ellos, todos escritos durante la primavera de 1888:

«*Consecuencias de la 'décadence'*

El vicio, la viciosidad
la enfermedad, la morbosidad
el crimen, la criminalidad
el celibato, la esterilidad
el histerismo, la debilidad de la voluntad, el alcoholismo
el pesimismo
el anarquismo»

«*El concepto 'décadence'*

Los *desechos,* los *escombros,* los *desperdicios* no son algo que haya que condenar en sí: son una consecuencia necesaria de la vida, del crecimiento de vida. El fenómeno de la *décadence* es tan necesario como cualquier subida y avance de la vida: no está en nuestras manos *eliminarlo.* La razón quiere, por el contrario, que a la *décadence se le otorgue su derecho...*

Es un oprobio para todos los sistemáticos socialistas el que opinen que podría haber circunstancias, combinaciones sociales, en las cuales el vicio, la enfermedad, el crimen, la prostitución, la *indigencia,* ya no seguirían creciendo... Pero eso significa condenar *la vida...* Una sociedad no es libre de continuar siendo joven. E incluso en medio de su mejor fuerza, tiene que producir basura y materiales de desecho. Cuanto más enérgica y audazmente proceda, tanto más abundante será en desgraciados, en malformados, tanto más cerca estará del hundimiento... La vejez no se la elimina con instituciones. Tampoco la enfermedad. Tampoco el vicio.»

«*Sobre el concepto 'décadence'*

1. El escepticismo es una consecuencia de la *décadence:* lo mismo que el *libertinage* del espíritu.
2. La corrupción de las costumbres es una consecuencia de la *décadence:* debilidad de la voluntad, necesidad de estimulantes fuertes...
3. Los métodos de cura, los psicológicos, los morales, no modifican el curso de la *décadence,* no lo detienen, son psicológica-

mente *nulos:* intelección de la *gran nulidad* de esas arrogantes 'reacciones',
: son formas de narcotización contra ciertas derivaciones fatales, no expulsan el elemento mórbido,
: son a menudo tentativas heroicas de anular al hombre de la *décadence,* de imponer un mínimo de su *nocividad.*

4. El nihilismo no es una causa, sino sólo la lógica de la *décadence.*
5. El 'bueno' y el 'malo' son únicamente dos tipos de *décadence:* están relacionados en todos los problemas fundamentales.
6. *La* CUESTION *social* es una consecuencia de la *décadence.*
7. Las enfermedades, sobre todo las de nervios y las de cabeza, son indicios de que falta la fuerza defensiva propia de la naturaleza fuerte; también habla en favor de esto la irritabilidad, de tal modo que *placer* y *displacer* se convierten en problemas superficiales.»

[14] Este ataque a Schopenhauer y a su consideración de la compasión como *la* virtud tiene su antecedente en varias obras de Nietzsche (véase especialmente *La genealogía de la moral,* pp. 22-23). El siguiente fragmento póstumo del invierno de 1887-1888 recalca muy fuertemente esa idea:

«A partir de su pesimismo Schopenhauer tenía completo derecho a dejar como única virtud la compasión: con ella es con la que más enérgicamente se fomenta de hecho la negación de la voluntad de vida. La compasión, la *caritas,* al permitir a los deprimidos y a los débiles seguir viviendo y tener descendencia, obstaculiza las leyes naturales de la evolución: acelera la decadencia, destruye la especie, — *niega* la vida. ¿Por qué las otras especies animales se mantienen sanas? Porque carecen de compasión.»

[15] El término «idiosincrasia», empleado frecuentemente por Nietzsche en esta obra, encierra siempre, además de su habitual sentido de «peculiaridad», una referencia a lo que en ella hay de «idiota». Véase también *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, pp. 39 y 45).

[16] Nietzsche alude aquí a las conocidas palabras de la *Poética* de Aristóteles (1449 b, 24-28). «La tragedia es, pues, la imitación de una acción de carácter elevado y completa, dotada de cierta extensión, en un lenguaje agradable, llena de bellezas de una especie particular según sus diversas partes, imitación que ha sido hecha o lo es por personajes en acción, y no por medio de una narración, *la cual, moviendo a compasión y terror, obra en el espectador la purgación de esos afectos.*»

En los fragmentos póstumos del último año (1888) Nietzsche se refiere con frecuencia al «malentendido» de Aristóteles con respecto a la tragedia. De esos fragmentos el más significativo dice así:

«Repetidas veces he señalado el gran malentendido de Aristóteles, que creyó reconocer los afectos trágicos en dos afectos *deprimentes,* el terror y la compasión... Aristóteles quería que se consi-

derase la tragedia como un purgativo de la compasión y del terror, — como una útil descarga de dos afectos enfermizos, desmesuradamente acumulados.»

Véase también *El nacimiento de la tragedia* (edición citada, página 175).

17 Los 6 parágrafos que vienen a continuación (del § 8 al § 13, ambos incluidos) llevan en el manuscrito de Nietzsche el título, luego tachado, de «A favor de nosotros — en contra de nosotros», reminiscencia de la conocida frase evangélica: «Quien no está conmigo está contra mí» *(Evangelio de Mateo,* 3, 27).

18 La tesis de Nietzsche según la cual la filosofía alemana entera está corrompida por sangre de teólogos, encuentra su más extremosa proclamación en estos párrafos, pero se halla atestiguada también en otros numerosos pasajes. Véase más tarde, p. 34.

19 En alemán, juego de palabras entre *Leidenschaft* [pasión] y *Leiden* [padecer], que se ha procurado conservar en castellano.

20 Poco después (en el § 14, p. 39) dirá Nietzsche: «El espíritu puro es una pura estupidez.»

21 El *Tübinger Stift* es una famosa fundación protestante universitaria, donde, a lo largo de las generaciones, se ha formado principalmente el clero protestante de Suabia. En ella estudiaron, entre otros, Hölderlin, Hegel y Schelling. A los jóvenes teólogos de ese Seminario alude Nietzsche irónicamente en *Más allá del bien y del mal* (véase edición citada, p. 31). Y en una carta escrita a P. Gast desde Niza el 7 de marzo de 1887, le dice Nietzsche: «Por él [un visitante llegado de Tubinga] me entero de que incluso en el *Tübinger Stift* mis escritos son devorados en secreto y con avidez: allí se me tiene por uno de los 'espíritus más negativos'.»

22 La antipatía de Nietzsche por los suabos está atestiguada también en otras partes de su obra. Véase *Más allá del bien y del mal* (edición citada, p. 198): «'Bonachones y pérfidos' — esa yuxtaposición, absurda con respecto a cualquier otro pueblo, se justifica por desgracia con demasiada frecuencia en Alemania: ¡basta vivir un poco tiempo entre suabos!» Véase también *Humano, demasiado humano,* II («Opiniones y sentencias mezcladas»), § 324, así como, luego, la p. 90 de esta obra.

23 Sobre la virtud como invención personal de uno mismo y para uno mismo, véase, en *Así habló Zarathustra,* el capítulo titulado «De las alegrías y de las pasiones» (edición citada, pp. 63-65).

24 En varias ocasiones usa Nietzsche el adjetivo «königsberguense» en el sentido de «kantiano» (véase, por ejemplo, *Crepúsculo de los ídolos,* edición citada, p. 51). Para el sentido de «*chinería* königsberguense» véase la amplia nota 113 del traductor a *Más allá del bien y del mal* (edición citada, pp. 275-276).

25 Los términos «idiotismo» e «idiota», que surgirán con frecuencia en esta obra, han sido necesariamente malentendidos casi siempre por críticos y estudiosos, a causa de que el Archivo Nietzsche silenció las lecturas que Nietzsche había realizado de

obras de Dostoievski. Las citadas expresiones encierran aquí constantemente el sentido que tienen en la novela de éste *El idiota*. Más tarde (véase p. 60) Nietzsche describe de manera concisa, pero completa, las características de tales «idiotas»: «una mezcla de sublimidad, enfermedad e infantilismo».

26 Nietzsche alude aquí a la obra de Kant *La disputa de las Facultades*, cuya segunda parte trata este tema: «Si el género humano se encuentra en un progreso constante hacia lo mejor». El § 6 de esa segunda parte, que habla de la Revolución francesa, se titula: «De un hecho de nuestro tiempo que demuestra esa tendencia moral del género humano». En varios fragmentos póstumos Nietzsche censura a Kant su incapacidad de conocer el verdadero valor de los acontecimientos de su época.

27 Una expresión similar vuelve Nietzsche a emplearla en *Ecce homo* (edición citada, p. 42): «¡Los escépticos, el único tipo *respetable* entre el pueblo de los filósofos, pueblo de doble y hasta de quíntuple sentido!...» Más adelante, en esta misma obra (p. 93), dirá Nietzsche: «Los grandes espíritus son escépticos. Zaratustra es un escéptico.»

28 En *La genealogía de la moral* (edición citada, pp. 130 y ss.) ofrece Nietzsche una extensa aclaración de la «metamorfosis» del sacerdote en filósofo.

29 Transvaloración: *Umwertung*. Esta traducción literal del famoso término nietzscheano parece, aunque nueva, más adecuada que las hasta ahora usuales en España, que eran un tanto chillonas: «inversión de los valores», «subversión de los valores», «derrumbamiento de los valores», «transmutación de los valores», todas las cuales sugieren algo así como «anarquía». Nada más lejos de Nietzsche. Se trata de «cambiar» y «sustituir» unos valores por otros, a saber, los inventados por los resentidos, por los dimanantes de la afirmación de la vida.

30 Las alusiones de Nietzsche a la importancia del «método» comienzan muy temprano. Véase ya el § 635 de *Humano, demasiado humano*, I; además, el § 36 de *Más allá del bien y del mal* (edición citada, p. 62), donde habla de «la moral del método». Más adelante vuelve Nietzsche a insistir sobre este problema (véase p. 104 de esta obra). Un lacónico fragmento póstumo del otoño de 1887 dice así:

«Los grandes *metodólogos:* Aristóteles, Bacon, Descartes, A. Comte.»

31 El término *Tschandala* [chandala] comienza Nietzsche a emplearlo tras su lectura del Código de Manú (en traducción francesa), durante la primavera de 1888. En *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, p. 73) aparece por vez primera esta palabra, luego usada con frecuencia. Un fragmento póstumo de la primavera de 1888 contiene esta *ampliación* de ese concepto (cuyo significado primigenio se refiere a la división india en castas):

«Nosotros hemos trasladado el concepto chandala a los *sacer-*

dotes, a los *maestros del más allá* y a la *sociedad cristiana* fundida con ellos; además, a todo lo que tiene idéntico origen, a los pesimistas, a los nihilistas, a los románticos de la compasión, a los criminales, a los viciosos — a toda la esfera en que el concepto 'Dios' es imaginado como *Salvador...*»

32 Véase *La genealogía de la moral* (edición citada, p. 38), donde Nietzsche había aplicado ya al hombre el adjetivo «interesante», a causa de su profundidad y de su maldad.

33 Véase Descartes: *Discurso del método,* parte quinta.

34 Sobre la destrucción del concepto «voluntad» en Nietzsche véase, principalmente, *Más allá del bien y del mal* (edición citada, pp. 39-40) y *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, pp. 63 y 68).

35 Un fragmento póstumo del invierno de 1887-1888, titulado *Cosas chinas,* contiene, junto a otras dos citas, la siguiente:

«Si tú, como la tortuga, que retrae dentro de su concha sus cinco miembros, retraes tus cinco sentidos dentro de ti mismo, obtendrás ventaja de esto incluso después de la muerte: obtendrás la bienaventuranza celestial.»

36 En el manuscrito de Nietzsche los cinco parágrafos siguientes (§ 15 a § 19, ambos incluidos) llevan el título, luego tachado, de «Concepto de una religión de la *décadence*».

37 Las líneas anteriores de este § 15, desde su principio hasta aquí, son un resumen simplemente enumerativo del capítulo de *Crepúsculo de los ídolos* titulado «Los cuatro grandes errores» (edición citada, pp. 61-70); allí fundamenta Nietzsche el carácter ficticio e imaginario de los conceptos a que acaba de referirse.

38 La publicación por vez primera en 1970 de las notas tomadas por Nietzsche durante su lectura de la obra de Dostoievski *Les Possédés* (traducción francesa, París, 1886) — notas que habían sido celosamente ocultadas por el Archivo Nietzsche por temor a comprometer la «originalidad» de Nietzsche — han permitido establecer la influencia que el primero tuvo sobre el segundo. El concepto de «Dios de un pueblo» y de un «Dios de la *décadence*», desarrollado por Nietzsche en los párrafos siguientes, se clarifica para él al hilo de la lectura de la citada obra (fundamentalmente del § 7 del capítulo I de la segunda parte: conversación entre Schátov y Stavroguin). La totalidad de las citadas notas puede verse en el tomo VIII, 2, pp. 383-395, de las *Obras* de Nietzsche editadas por la editorial Walter de Gruyter, Berlín.

39 La posición última de Nietzsche frente a E. Renan (1823-1892) ha quedado fijada en el párrafo que le dedica expresamente en *Crepúsculo de los ídolos* (véase edición citada, p. 86, y nota 121 del traductor a aquella obra). Más adelante (véanse pp. 57 y ss.) vuelve Nietzsche a polemizar con Renan a propósito de los calificativos de «héroe» y «genio» aplicados por éste a Jesús. Las notas tomadas por Nietzsche durante su lectura de la obra de Renan: *Vie de Jésus* (Histoire des origines du christianisme. Livre premier),

París, 1883, han sido publicados por vez primera en 1970; véase las pp. 422-429 del citado tomo VIII, 2.

40 Reino-subterráneo: *Souterrain-Reich.* El empleo por Nietzsche del término *souterrain* es sin duda reminiscencia de su reciente lectura de la obra de Dostoievski *L'esprit souterrain,* que él leyó en la traducción francesa así titulada.

41 La similitud entre el nombre *Spinoza* y el sustantivo alemán *Spinne* (araña) permite a Nietzsche hacer en alemán un malicioso juego de palabras, que en castellano se pierde totalmente. Nietzsche había empleado ya ese mismo juego en *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, p. 101 y nota 147).

42 La burla verbal del «monotono-teísmo» la había empleado ya Nietzsche en *Crepúsculo de los ídolos* (véase edición citada, página 46).

43 El título, luego tachado, que los parágrafos 20 a 23, ambos incluidos, llevan en el manuscrito de Nietzsche es: «Budismo y cristianismo».

El interés de Nietzsche por la filosofía oriental y, en especial, por el budismo tiene su origen, como es sabido, en su «maestro» Schopenhauer, y fue fortalecido más tarde por su amigo P. Deussen y por la lectura de varias obras especializadas, que aún se encuentran en su biblioteca. El paralelismo que Nietzsche establece aquí entre budismo y cristianismo posee ya un antecedente en el § 342 de *La gaya ciencia,* titulado «Los creyentes y su necesidad de una fe». Entre los fragmentos póstumos de 1888 son muy numerosos los que abordan el tema de la relación budismo-cristianismo. Acaso el más denso sea el siguiente, del invierno de 1887-1888:

«*Christianismi et buddhismi Essentia*
[Esencia del cristianismo y del budismo]
(Comparación entre el primer *budismo* y el primer *cristianismo*)

Budismo y cristianismo son *religiones conclusivas:* más allá de la cultura, de la filosofía, del arte, del Estado.

A. Tienen en común: la lucha contra los sentimientos de hostilidad, — reconocidos como fuente del mal. La 'felicidad': sólo como interior, — indiferencia por la apariencia y la pomposidad de la felicidad.
Budismo: el querer-desligarse de la vida, claridad filosófica; brotado de un alto grado de espiritualidad, en medio de estamentos superiores..
Cristianismo: quiere en el fondo lo mismo (— ya 'la Iglesia judía' es un fenómeno de *décadence* de la vida), pero, como corresponde a una incultura profunda, sin saber lo que se quiere..., aferrándose a la 'bienaventuranza' como meta...

B. Los instintos más potentes de la vida, no sentidos ya como placenteros, antes bien como causas de dolor.

para el *budista:* en la medida en que esos instintos impulsan a obrar (pero el obrar es considerado como un *displacer...)*
para el *cristiano:* en la medida en que dan ocasión a enemistad y contradicción (pero el ser-enemigo, el hacer-daño son considerados como displacer, como perturbación de la 'paz del alma').

(Un buen soldado no tiene, por el contrario, otra alegría que la de un guerrear honesto y la de querer-ser-enemigo).»

44 También en *Ecce homo* (véase edición citada, p. 30) vuelve Nietzsche a subrayar esta peculiaridad «higiénica» del budismo:

«Esto lo comprendió aquel gran fisiólogo que fue Buda. Su 'religión', a la que sería mejor calificar de *higiene,* para no mezclarla con casos tan deplorables como el cristianismo, hacía depender su eficacia de la victoria sobre el resentimiento: liberar el alma *de él* — primer paso para curarse. 'No se pone fin a la enemistad con la enemistad, sino con la amistad'; esto se encuentra al comienzo de la enseñanza de Buda — así *no* habla la moral, así habla la fisiología —.»

45 Véase *Evangelio de Lucas,* 10, 41-42: «Le respondió el Señor: 'Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas; y pocas cosas son necesarias, o, mejor, *una sola cosa es necesaria*'.»

46 En las líneas anteriores ha resumido Nietzsche lacónicamente sus análisis de estos temas en *La genealogía de la moral* (véase edición citada, pp. 45-62).

47 El mito aquí aludido de la «caja de Pandora», regalo que los dioses ofrecieron a los hombres para su desgracia, ocupó la atención de Nietzsche en diferentes ocasiones. Así, en el § 71 de *Humano, demasiado humano,* I, titulado «La esperanza», dice que «Zeus da al hombre la esperanza: ella es en verdad el peor de los males, pues prolonga el tormento de los seres humanos.» A ese mismo mito, narrado por Hesíodo, vuelve Nietzsche a referirse en el § 38 de *Aurora.*

48 Véase *Epístola primera a los Corintios,* 13, 13: «Ahora subsisten *la fe, la esperanza y la caridad,* estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad.» Un análisis detallado de las *tres* virtudes cristianas por Nietzsche puede verse también en *La genealogía de la moral* (edición citada, pp. 55 y ss.). Más adelante (p. 69) vuelve Nietzsche a referirse a su carácter de «listezas».

49 En el manuscrito de Nietzsche el título, luego tachado, de este parágrafo y de los siguientes es: «La raíz del cristianismo».

50 Véase *Evangelio de Juan,* 4, 22: «Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque *la salvación viene de los judíos.*»

51 Su interpretación *psicológica* del tipo originario de Jesús la realiza Nietzsche a base de esta doble operación de restituirle aquellos rasgos que le fueron mutilados y de sustraer de él aquellos otros con que fue sobrecargado. Más tarde (p. 57) Nietzsche vuelve a referirse a este principio metódico de su explicación psicoló-

gica. Véanse también, sobre todo, los dos fragmentos póstumos citados luego en la nota 70.

52 Véase *Exodo,* 19, 6: «Seréis para mí un reino de sacerdotes y un *pueblo santo.*»

53 Véase el tratado primero de *La genealogía de la moral* (edición citada, pp. 29-62).

54 El «cristianismo de Pablo» es, para Nietzsche, la fórmula para significar la *antítesis* del cristianismo originario, es decir, el de Jesús. Esta es idea ya antigua en Nietzsche. Véase, por ejemplo, el importantísimo § 68 de *Aurora,* titulado «El primer cristiano», donde Pablo es calificado de «inventor del cristianismo». En varios parágrafos posteriores de *El Anticristo* desarrolla Nietzsche esta tesis, que también se halla atestiguada en varios fragmentos póstumos, el más pregnante de los cuales es tal vez el siguiente:

«El cristianismo es un comienzo ingenuo de un *movimiento pacífico* budista, salido del auténtico hogar del resentimiento... pero que fue invertido por Pablo para hacer de él una doctrina mistérica pagana, la cual acaba aprendiendo a compaginarse con la *organización estatal* entera... y organiza guerras, condena, tortura, jura, odia.

Pablo parte de la necesidad de misterios sentida por la gran masa religiosamente excitada: busca una *víctima,* una fantasmagoría cruenta que sostenga la lucha con las imágenes de los cultos secretos: Dios en la cruz, el beber sangre, la *unio mystica* [unión mística] con la 'víctima'.

Intenta establecer una relación causal entre la *existencia ulterior* (la existencia ulterior bienaventurada, redimida, del alma individual) como resurrección y aquella *víctima* (según el tipo de Dioniso, Mitra, Osiris).

Necesita poner en primer plano el concepto de *culpa* y de *pecado,* no una nueva *praxis* (tal como Jesús mismo la mostró y enseñó), sino un nuevo culto, una nueva fe, una fe en una metamorfosis milagrosa ('redención' por la fe).

Comprendió la *gran necesidad del mundo pagano* e hizo una selección arbitraria de los hechos de la vida y la muerte de Cristo, dio un nuevo acento a todas las cosas, desplazó en todas partes el centro de gravedad... anuló por principio el cristianismo originario...

El atentado a los *sacerdotes* y *teólogos* desembocó, gracias a Pablo, en un nuevo sacerdocio y una nueva teología — en un estamento *dominante,* también en una *Iglesia.*

El atentado a la desmesurada presunción de la 'persona' desembocó en la fe en la 'persona eterna' (en la preocupación por la salvación eterna...), en la más paradójica exageración del egoísmo personal.

Ya se ve qué es lo que ocurrió con la muerte en la cruz. ¡Como demonio del disangelio aparece *Pablo...!*»

55 Como ya se ha indicado en la Introducción (véase p. 18), una de las fuentes de sugerencias de Nietzsche para *El Anticristo*

fue Julius Wellhausen. Este notable teólogo y orientalista (nacido en Hameln en 1844 y muerto en Gotinga en 1918, tras haber sido catedrático en Greifswald, Halle, Marburgo y Gotinga), fue influido por la idea hegeliana de la «evolución» [*Entwicklung*] y consideró la historia del pueblo judío, de su religión y de su literatura como un proceso unitario. Su *Geschichte Israels* [Historia de Israel] (1878), reeditada bajo el título de *Prolegomena zur Geschichte Israels* [Prolegómenos a la historia de Israel] (1883), consiguió imponer esa tesis en los sectores especializados. Como arabista, J. Wellhausen publicó la obra *Reste des arabischen Heidentums* [Restos del paganismo árabe] (1887). Estos dos libros se conservan en la biblioteca personal de Nietzsche y contienen numerosos subrayados y notas marginales realizados por él durante su lectura.

La influencia de Wellhausen sobre Nietzsche en todo lo referente a la historia de Israel había sido puesta de relieve en varias ocasiones, pero las notas tomadas por Nietzsche fueron ocultadas por el Archivo Nietzsche y no han sido dadas a conocer hasta 1970 (edición de *Obras* de Nietzsche por la editorial Walter de Gruyter, Berlín, dirigida por G. Colli y M. Montinari; tomo VIII 2). Dada la importancia de estos apuntes de Nietzsche damos a continuación una traducción de los mismos:

«De *J. Wellhausen*

Justicia como exigencia social:

'la justicia del sermón de la montaña sólo puede tener su turno cuando el orden jurídico civil es algo obvio'...

los judíos, basándose en la soberbia propia de una aristocracia eclesiástica, única sobre la cual resultó posible su artificial producto de la teocracia, despreciaban el *Estado*... Sin el Estado no puede subsistir 'Iglesia' alguna... El dominio extranjero mantiene en pie el *pathos de la distancia*.

los peldaños de la *desnaturalización*:

: sólo mediante la instauración de la realeza hubo una nación, una unidad, una autoconsciencia colectiva: pero con ello el «Dios del desierto» y, asimismo, el Dios natural de la agricultura y de la ganadería (Baal-Dionisio), tomado de los cananeos, quedaba — — — [palabras ilegibles en el manuscrito]. Ciertamente, el culto-festividad continuó siendo, durante largo tiempo todavía, semipagano; pero cada vez se fue refiriendo más a los destinos de la nación y fue borrando su carácter natural. Yahvéh, en una relación necesaria con el pueblo y con el reino: esta creencia era algo firme incluso para los peores idólatras: de ningún otro procedían la victoria y la salvación. El Estado civil era el *milagro*, era *'la ayuda de Dios'*: 'la providencia de la Autoridad' continuó siendo para ellos un ideal (— manifiestamente porque les faltaba...)

Cuando el reino queda dividido y en peligro, cuando se continúa viviendo en anarquía y en una demolición externa, temiendo al asirio, entonces se sueña tanto más intensamente con el *retorno* del

gobierno *perfecto, monárquico,* del Estado nacional en total independencia: esta especie de fantasía es la fantasía profética. Isaías es el tipo supremo, con sus denominadas *profecías mesiánicas* — los profetas eran unos críticos y unos satíricos, unos anarquistas; en el fondo no tenían nada que decir, la dirección estaba en otras manos; ellos quieren la reinstauración del Estado civil; no desean en modo alguno una 'edad de oro', sino un régimen severo y riguroso, un príncipe con instintos militares y religiosos, que restaure la confianza en Yahvéh. Ese es el 'Mesías': todo soberano moderno habría satisfecho el anhelo de los profetas, tal vez incluso demasiado: como hay que temer...

Pero nada se cumplió. Se podía elegir entre abandonar el viejo Dios propio o hacer de él algo distinto. Esto último lo realizaron, por ejemplo, Elías y Amós: ellos rompieron el vínculo, o, más exactamente, la unidad entre pueblo y Dios; ellos no sólo separaron, sino que elevaron uno de los aspectos y rebajaron el otro: concibieron una relación nueva entre ambas partes, una *relación de reconciliación.* Yahvéh había sido hasta entonces el Dios de Israel y, por consiguiente, Dios de la justicia: ahora se convirtió, en primer lugar y ante todo, en el Dios de la justicia, y, sólo aparte de eso, en el Dios de Israel. La *Thora* de Yahvéh, que originariamente era, como todo su obrar, un ayudar, un hacer justicia, un mostrar el camino, un solucionar problemas intrincados, se convirtió en el compendio de sus *exigencias,* de las cuales dependía su relación con Israel.

Una ley adquiría fuerza de tal por el hecho de que aquéllos a quienes afectaba se obligaban a mantenerla. 'Contrato' en lugar de ley. Originariamente los diversos representantes del pueblo se habían comprometido a mantener la 'ley', ahora los contratantes serán Yahvéh e Israel... A partir del acto solemne mediante el cual Josías introdujo la ley, la idea de concertar una alianza entre Yahvéh e Israel pasó a ocupar el centro de la reflexión religiosa. Tanto el exilio babilónico como el asirio contribuyeron a que la gente se familiarizase con la idea de la condicionalidad, de la rescisión eventual.

El hundimiento del reino dio libre curso a las fantasías exaltadas: extiéndese *el sentimiento de antítesis frente al resto entero:* a partir del exilio la gente fantasea acerca de una unificación universal de todos los pueblos contra el 'nuevo Jerusalén'. Antes el Estado nacional era el deseo supremo, ahora se sueña con un dominio universal del mundo, que deberá alzarse en Jerusalén sobre las ruinas de los reinos paganos.

El peligro estaba en que los exilados judíos, de igual modo que antes los de Samaria, fueran absorbidos por los paganos. Ahora el resto santo es organizado, para que subsista como portador de la promesa y para que perdure a través de las tempestades del intervalo...

La igualdad de derechos de las partes contratantes *no* es esencial: la palabra *berith* se usa también para expresar la *capitulación,* cuyas condiciones impone el más fuerte — »

«Continuación: *Wellhausen*

¿Sobre qué fundamento se podía organizar? La reinstauración de un verdadero Estado era imposible; el dominio extranjero no lo permitía. Entonces apareció la importancia de las instituciones.

La vieja comunidad del tiempo de los reyes tenía mala reputación entre los varones de la restauración: evidentemente, había sido *reprobada* por Yahvéh... La gente se acordaba de los profetas, que decían que las fortificaciones, los corceles, los guerreros, los reyes, los príncipes — que todo eso no sirve para nada...

El templo del reino judío, en Jerusalén — a la sombra de la realeza los sacerdotes de Jerusalén habían adquirido importancia. Cuanto más débil era el Estado, tanto más alto era el prestigio del templo, tanto más independiente el poder de los sacerdotes. Auge del culto en el siglo séptimo, introducción de material costoso, de incienso, por ejemplo, preferencia por las ofrendas difíciles (sacrificios de niños y sacrificios expiatorios). *Cruenta seriedad* en el ejercicio del servicio divino.

Cuando el reino se hundió, estaban presentes en el estamento de los sacerdotes los elementos para organizar la '*comunidad*'. En lo principal, los usos y reglas estaban allí: fueron sistematizados, como medios de establecer una organización *del resto*...

La 'santa constitución del judaísmo': el *producto artificial*... Israel, *reducido* a 'ser un reino de sacerdotes y un pueblo santo'. Antes el orden natural de la sociedad tenía su apoyo en la fe en Dios: ahora el Estado divino debía quedar expuesto de modo visible en una esfera artificial, en todo caso en la vida habitual del pueblo. La idea que antes impregnaba la *naturaleza* debía tener ahora un cuerpo santo propio. Surgió una antítesis externa entre santo y profano, se trazaron límites, se expulsó cada vez más lejos el ámbito *natural*... (el resentimiento, *actuante* —). La santidad, vacía, antitética, conviértese en el concepto dominante: originariamente = divino, ahora igual a sacerdotal, clerical, — *como si lo divino estuviese contrapuesto a lo mundano, a lo natural, por caracteres externos* —

Hierocracia... un producto artificial, no político, impuesto, en condiciones desfavorables, con una energía eternamente digna de asombro: la teocracia mosaica, *residuum* de un Estado desaparecido — tiene como presupuesto el dominio extranjero. Estrechamente emparentada con la Iglesia de los Viejos Católicos, de hecho *madre* de ella...

En qué consistió el *retroceso*. La ley de Yahvéh significaba la peculiaridad judía, en contraposición a los paganos. Esa peculiaridad no consistía, en verdad, en el culto: no es posible encontrar una diferencia esencial entre los ritos griegos y los ritos hebraicos. El culto es lo pagano en la religión de Israel: en el Código Sacerdotal el culto se convierte en lo principal. ¿No es esto un *retroceso al paganismo?* — esto es lo que más radicalmente habían combatido los profetas. — Asimismo: el culto está despojado de su

esencia propia y superado en sí mismo por la legislación sacerdotal. Las festividades han perdido toda recordación de la cosecha y de la ganadería, se han convertido en días de recordación histórica; niegan su procedencia de la naturaleza, celebran la fundación de una religión sobrenatural y de los actos de gracia de Yahvéh. Lo universal humano, lo libremente crecido se aparta de ellas, conviértense en algo estatutario y específicamente israelita... Ya no introducen a la divinidad en la vida terrenal, para que participe de las alegrías y sufrimientos de ésta, ya no son tentativas de agradar a la divinidad en algo y de volverla favorable. *No son otra cosa que medios divinos de gracia,* estatuidos por Yahvéh como sacramentos de la jerarquía. No se fundan en el valor interno de la cosa, en motivaciones recientes, sino en el mandato minuciosamente exacto de una voluntad inmotivada. El lazo entre el culto y la sensibilidad queda cortado. El culto es un ejercicio de piedad; no tiene un significado natural, sino sólo un significado trascendente, incomparable e inabordable. Su efecto principal es la *expiación.* A partir del exilio la consciencia del pecado es permanente; Israel ha sido *rechazado* de la presencia de Dios...

Lo valioso de las ofrendas no está en ellas mismas, sino en la *obediencia* a unos preceptos; el centro de gravedad del culto queda trasladado a un reino extraño a él, a la moral. Sacrificios y obsequios ceden el paso a las *ofrendas ascéticas,* cuya vinculación con la moral es aún más simple. Preceptos que originariamente tendían en su mayor parte a la *santificación* de los sacerdotes para las funciones del culto, fueron extendidos a los laicos; la observancia de los mandamientos referentes a la limpieza corporal tenía un significado mayor, más radical, que el gran culto público, y llevó derechamente al ideal de la santidad y del sacerdocio universal. La vida entera quedó *angostada* dentro de una senda santa, pues siempre había que cumplir un mandamiento divino. Esto impedía entregarse a los propios pensamientos y a los deseos del propio corazón. Este culto privado, que constantemente hacía exigencias, mantenía despierto y vivo en el individuo el *sentimiento del pecado.*

El gran patólogo del cristianismo tiene razón: el culto se ha convertido en un medio de disciplina. Es ajeno al corazón; no tiene ya sus raíces en el sentido ingenuo: es obra *muerta,* a pesar de toda su importancia, o precisamente *a causa de* su carácter meticuloso y concienzudo. Los viejos usos han sido cosidos entre sí para formar un *sistema,* un sistema que servía de forma, de dura corteza para salvar allí dentro algo noble. El paganismo, superado en su propio terreno, en el culto: el culto, tras haber sido matada la *naturaleza* que en él había, es meramente la coraza de un *monoteísmo sobrenatural* — CONCLUSIÓN.»

56 La polémica de Nietzsche contra el «orden moral del mundo», que impregna su obra entera, se acentúa de manera especial en esta obra (véase también § 26, § 38 y § 49). Con ese «orden» po-

lemiza Nietzsche asimismo en *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, p. 69) y en *Ecce homo* (edición citada, p. 155).

57 Nietzsche dice en realidad: *auf deutsch* [en alemán].

58 Véase nota anterior.

59 En alemán, juego de palabras: *Priester-Werthe* [valores sacerdotales] y *Priester-Worte* [palabras sacerdotales].

60 En la Introducción (p. 19) se ha señalado ya que otra fuente de sugerencias para *El Anticristo* es la obra de Tolstoi *Mi religión*, que Nietzsche leyó en traducción francesa (*Ma religion*, París, 1885), durante la primavera de 1888. Al igual que ocurrió con las demás lecturas citadas en notas anteriores, los apuntes tomados por Nietzsche de *Mi religión* fueron silenciados, y sólo han sido dados a conocer en 1970. De Tolstoi, Nietzsche tomó sobre todo la equiparación entre cristianismo primitivo y anarquismo, a que alude repetidas veces en esta obra. En concreto, la frase «El cristianismo *niega* la Iglesia» le viene sugerida por las pp. 46-47 de la citada traducción francesa. Al hilo de su lectura Nietzsche tomó el apunte siguiente:

«Jesús *niega* la Iglesia, el Estado, la sociedad, el arte, la ciencia, la cultura, la civilización.

Todos los sabios han negado así en su tiempo el valor de la cultura y de la organización estatal. —

Platón, Buda.»

61 No será ocioso señalar que también de sí mismo afirma Nietzsche que sus escritos lo llevarán a Siberia. Véase la carta a G. Brandes, de 13 de septiembre de 1888: «Todas estas cosas son, en lo principal, solo recreaciones de lo principal: esto último se llama 'Transvaloración de todos los valores'. — Europa tendrá necesidad de encontrar todavía una *Siberia* para enviar a ella al autor de esta tentativa de valoración.»

62 Nietzsche alude al libro *Das Leben Jesu, kritisch bearbeitet* [La vida de Jesús, estudiada críticamente], que él leyó en Bonn durante el otoño de 1864. Este libro incidió profundamente en la vida de Nietzsche y es posible que colaborase, junto con otras causas, a hacerle abandonar sus recién comenzados estudios teológicos. En todo caso en la correspondencia de aquellos días entre Nietzsche y su hermana aparecen alusiones polémicas a esa *Vida de Jesús*. Poco antes de comenzar las vacaciones de Pascua de 1865 Nietzsche escribió en una hoja suelta una «Lista de libros para llevarme a las vacaciones», que contiene una veintena de obras, la primera de las cuales es precisamente el libro de Strauss. Y durante esas vacaciones, sin duda bajo la influencia de tal lectura, redactó dos pequeños ensayos, titulados «Sobre la vida de Jesús» y «Sobre la doctrina de la resurrección». En sus *Erinnerungen an F. Nietzsche* [Recuerdos de F. Nietzsche], Leipzig, 1901, p. 20, su amigo P. Deussen ha rememorado esa lectura del modo siguiente:

«Por aquella época [otoño de 1864] había aparecido la nueva *Vida de Jesús* de Strauss. Nietzsche se inzo con ella y yo seguí su

ejemplo. En nuestras conversaciones yo no pude menos de manifestar mi aprobación. Nietzsche replicó: 'La cosa tiene una seria consecuencia; si abandonas a Cristo, tienes que abandonar también a Dios'.»

63 Sobre Renan, véase antes nota 39. La posición de Nietzsche frente a la presunta «genialidad» y el presunto «heroísmo» de Jesús, en clara polémica con Renan, ha quedado fijada por él de forma contundente en este fragmento póstumo de la primavera de 1888, no publicado hasta 1970:

«*El tipo 'Jesús'*

Jesús es lo *contrario de un genio:* es un *idiota.* Adviértase su incapacidad para comprender una realidad: gira en torno a cinco, a seis conceptos, que antes ha oído y que poco a poco ha entendido, es decir, ha entendido falsamente — en ellos tiene su experiencia, su mundo, su verdad — el resto le es ajeno. Dice palabras usadas por cualquiera — pero no las entiende como cualquiera, él entiende sólo sus cinco, sus seis conceptos vagorosos. El hecho de que los auténticos instintos varoniles — no sólo los sexuales, sino también los de lucha, orgullo, heroísmo — no se hayan desarrollado jamás en él, el hecho de que se haya quedado retrasado y haya permanecido infantilmente en la edad de la pubertad: eso es propio de ciertas neurosis epileptoides.

En sus instintos más hondos Jesús es no-heroico: no lucha jamás: quien ve en él algo así como un héroe, como hace Renan, ha vulgarizado el tipo hasta hacerlo irreconocible.

Adviértase, por otro lado, su incapacidad para comprender algo espiritual: ¡en su boca, la palabra espíritu se convierte en un malentendido! Ni el más lejano soplo de ciencia, gusto, disciplina espiritual, lógica, ha llegado hasta ese idiota santo: de igual modo que tampoco la vida le ha rozado. — ¿Naturaleza? ¿Leyes de la naturaleza? — Nadie le ha revelado que la naturaleza existe. El conoce sólo efectos morales: signo de la más baja y más absurda cultura. Es preciso retener esto: Jesús es un *idiota,* en medio de un pueblo muy listo... Sólo que sus discípulos no lo fueron. — ¡Pablo no era en modo alguno un idiota! — de esto depende la historia del cristianismo.»

64 Véase *Evangelio de Mateo,* 5, 39: «Pues yo os digo que *no resistáis al mal;* antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha preséntale también la otra.» Nietzsche encontró citada esta frase varias veces en la obra de Tolstoi: *Mi religión.* En un fragmento póstumo, escrito durante su lectura, la comenta de este modo:

«No resistir 'al mal'...

Pero si uno no cree ni en el bien ni en el mal, ¿qué significa eso entonces?»

65 Un fragmento póstumo del invierno 1887-1888, tomado du-

rante la lectura de la obra de Renan citada en la nota 39, dice así:

«Que Jesús es Dios, igual a Dios, eso fue presentado como una calumnia de los judíos (ver Juan, V. 18; X, 33). El es menos que el Padre: el Padre no le ha revelado todo. Se resiste a ser llamado igual a Dios. El es hijo de Dios: todos pueden llegar a serlo (—eso es algo *judío:* la filiación divina es atribuida en el Antiguo Testamento a varias personas, ninguna de las cuales pretende ser en absoluto igual a Dios). En los idiomas semíticos '*hijo*' es un concepto extremadamente vago, libre.»

66 Estas tres palabras fueron mutiladas en todas las ediciones de *El Anticristo* publicadas por el Archivo Nietzsche, que por eso tampoco publicó nunca el fragmento citado en la nota 63. Aunque fueron dadas a conocer en 1931 por J. Hofmiller, como se ha indicado en la Introducción (véase p. 16), ninguna de las muchas ediciones alemanas la reincorporó, hasta que lo hizo K. Schlechta, en la suya de 1956. Entre las ediciones castellanas, ésta es la primera que las incorpora.

67 Véase *Evangelio de Lucas*, 17, 20-21: «Habiéndole preguntado los fariseos cuándo llegaría el reino de Dios, les respondió: 'El reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: Vedlo aquí o allá, porque *el reino de Dios está ya dentro de vosotros*'.»

68 Aunque la actitud de Nietzsche frente a Epicuro es ambivalente, el aspecto positivo predomina. Ya en *Humano, demasiado humano,* II («Opiniones y sentencias mezcladas», § 96: «El cristianismo cumplido»), Nietzsche había señalado que «hay también dentro del cristianismo una mentalidad epicúrea». Y en *La gaya ciencia* (§ 370: «¿Qué es romanticismo?») dice: «De este modo yo llegué a comprender poco a poco a Epicuro, el cual es la antítesis de un pesimista dionisíaco, y asimismo al 'cristiano', que de hecho es únicamente una especie de epicúreo, y, como éste, esencialmente romántico.» Con todo, más adelante (véase p. 103) Nietzsche dice que «Epicuro había hecho la guerra al cristianismo en su forma preexistente» y que lo que Epicuro combatió fue «*no* el paganismo, sino el 'cristianismo', quiero decir, la corrupción de las almas por el concepto de culpa, por el concepto de castigo y de inmortalidad».

69 Al mencionar la «novela rusa», Nietzsche alude evidentemente a Dostoievski. Sobre la relación entre Nietzsche y Dostoievski, véase antes la nota 38. Del amplio fragmento póstumo sobre el «tipo Jesús», citado luego en la nota 98, recuérdese este pasaje:

«Qué pena que no hubiese un Dostoievski entre esa sociedad [cristiana primitiva]: de hecho, a lo que mejor corresponde la historia entera es a una *novela rusa* — seres *enfermos,* conmovedores, rasgos aislados de sublime extrañeza, en medio de cosas disolutas y suciamente plebeyas... (como María Magdalena).»

70 El borrador de Nietzsche para este § 32 se halla contenido en dos fragmentos póstumos del invierno 1887-1888, que dicen así:

«*El tipo Jesús*

Es un error introducir mentalmente un elemento *fanático* en Jesús... 'impérieux'. Renan.

— falta toda *tortura* en la fe, es una buena nueva y el estado de un 'buen mensajero'...

— esa fe no es conquistada con lucha, no tiene una evolución, una catástrofe... más bien es infantil... la infancia ha vuelto en tales naturalezas como una enfermedad —

— esa fe no se encoleriza, no censura, no castiga, no se defiende —

— esa fe no lleva la 'espada'... no barrunta que podría separar—

— esa fe no da pruebas de sí misma ni con milagros ni con la promesa de un premio... ella misma es en todo instante su prueba, su premio, su milagro —

— esa fe no se formula a sí misma, pues *vive* —... no considera real ninguna otra cosa... 'verdadero' significa viviente...

— los azares de la formación previa, de la lectura (los profetas), determinan su lenguaje conceptual: lo judío en el cristianismo es sobre todo el mundo conceptual judío. Vehículo, la psicología judía; pero guardémonos de confundirnos aquí —: un cristiano en la *India* se habría servido de las fórmulas de la filosofía sankhya, en *China*, de las de Laotse — eso no tiene ninguna importancia —

Cristo como *'espíritu libre'*: nada le importa lo que es fijo (palabra, fórmula, Iglesia, ley, dogmas), 'todo lo que es fijo, *mata*...' cree únicamente en la vida y en lo viviente — y esto no 'es', sino que *deviene*...

: se halla fuera de toda metafísica, religión, historia, ciencia natural, psicología, ética —: jamás ha barruntado que haya tales cosas...

: habla meramente de lo más interior, de vivencias: todo lo *demás* tiene el sentido de un signo y de un medio lingüístico—.»

«*Para el tipo Jesús*

— ¿Qué queda por *sustraer?* La especie entera de motivación de la sabiduría de Cristo, y asimismo de los actos de su vida... estos últimos deben ser hechos como obediencia a las promesas; él cumple, tiene un esquema de todo aquello que el Mesías ha de hacer y padecer, tiene un programa... Por otro lado, todo 'pues', en boca de Jesús, es *no-evangélico*... Utilidad, astucia, premio, castigo...

— Lo que queda por *sustraer:* la abundante cantidad de *hiel* que se derramó sobre el tipo de su maestro a partir del excitado estado de la primera propaganda... ésta lo hizo a su imagen, se justificó a sí misma al transformarlo artificiosamente en un profeta juzgador, litigador, colérico, odiador... ella *necesitaba* tal 'modelo' — : asimismo, la fe en el 'retorno', en el 'juicio' (— esto es judío, véase el *Apocalipsis*).

El *desatino y la contradicción* psicológicos *en la actitud de Jesús* contra los clérigos y teólogos de la Iglesia judía...

Asimismo, en el comportamiento juzgador con respecto a quienes no lo aceptan...

Asimismo, en la típica historia de la higuera —

El problema psicológico con respecto al maestro de tal doctrina es exactamente: '¿cómo se comporta con otras doctrinas y otros maestros?'

Su doctrina misma no ha brotado de la antítesis y la contradicción: yo dudo de que tal naturaleza *pueda* saber algo acerca de una antítesis y una contradicción a su doctrina... A esa doctrina le falta absolutamente la libre imaginación del poder-valorar-de-otro-modo y del poder-querer-de-otro-modo... no puede imaginarse el juicio contrario... Cuando lo encuentre, lo lamentará, desde su más íntima simpatía, únicamente como 'ceguera', pero no hablará contra ésta...

Falta la dialéctica, falta la creencia en una demostrabilidad cualquiera de la doctrina, a no ser por 'efectos interiores' ('frutos', 'pruebas de la fuerza').

Tal maestro no puede contradecir... no comprende en absoluto cómo se combatiría el error... no se defiende, no ataca...

Por el contrario, lo suyo es el aclarar, continuar, sutilizar, transfigurar lo antiguo... el recortar...»

[71] Véase *Evangelio de Mateo,* 10, 34: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino *espada.*»

[72] Véase *Carta segunda a los Corintios,* 3, 6: «Nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una nueva alianza, no de la letra, sino del espíritu. Pues *la letra mata,* pero el espíritu da vida.»

[73] Estos tres términos aparecen con frecuencia en los Evangelios, aplicados a Jesús. Véase, por ejemplo, *Evangelio de Juan,* 14, 6: «Yo soy el camino, la *verdad* y la *vida.*» También *Evangelio de Juan,* 8, 12: «Yo soy la *luz* del mundo.»

[74] La expresión *reine Thorheit* [tontería pura] la emplea Nietzsche a menudo en sus últimos escritos, y casi siempre referida irónicamente al personaje wagneriano *Parsifal,* el cual se da a sí mismo el apelativo *der reine Thor* [el tonto puro].

[75] Un fragmento póstumo de la primavera de 1888 matiza así este mismo pensamiento:

«'La prueba de la fuerza'; es decir, un pensamiento es probado por su efecto, — ('por sus frutos', como ingenuamente dice la Biblia).»

[76] Véase *Evangelio de Lucas,* 4, 17-18: «El espíritu del Señor... me ha enviado... para dar la vista a los *ciegos.*»

[77] En uno de los apuntes tomados durante la lectura de la *Vida de Jesús,* de Renan. Nietzsche escribe lo siguiente, con referencia a la p. 243 de ese libro:

«'El prójimo', en sentido judío, es el que tiene la misma fe.»

78 En las líneas anteriores Nietzsche ha descrito lo que él denomina «la práctica propiamente evangélica», que se resume en el sermón de la montaña. Véase *Evangelio de Mateo,* capítulos 5 al 7. La influencia de Tolstoi en este pasaje es directa, y se halla atestiguada por el siguiente apunte tomado durante la lectura de la citada obra, apunte que es un resumen de las pp. 111-112 de la misma:

«¡Estad en paz con todo el mundo, no consideréis a nadie como si fuera una nulidad o algo carente de sentido! Si la paz es violada, haced todo lo posible para restablecerla. La veneración a Dios consiste totalmente en la eliminación de la enemistad entre los hombres. A la menor discusión, reconciliaos, a fin de no perder la paz interior, la cual es la *verdadera vida.* ¿Qué es lo que sobre todo turba la paz? En primer lugar, el apetito sexual: contra ello, la monogamia, una monogamia indisoluble. La segunda tentación es el juramento: él lleva el hombre al pecado: a nadie ni en ninguna circunstancia hagáis un juramento, para que no tengáis por encima de vosotros ningún otro señor que Dios. La tercera tentación es la venganza, la cual se da a sí misma el nombre de justicia: ¡soportad las injurias y no devolváis mal por mal! La cuarta tentación es la distinción entre connacionales y extranjeros; ¡no rompáis la paz con nadie a causa de vuestra nacionalidad y procedencia!

La práctica de estos cinco mandamientos produce el estado que el corazón humano anhela: todos hermanos entre sí, todos en paz con todos, todos gozando los bienes de la tierra hasta su final...

Luc. IV, 18.

'el agradable año del Señor' — las lindas palabras que salieron de su boca — »

Más tarde, y en ese mismo cuaderno de apuntes, Nietzsche, en una segunda fase de elaboración de sus pensamientos, reorganizó el anterior fragmento de la siguiente manera:

«No se debe oponer resistencia, ni con la acción ni en el corazón, a quien es malvado con nosotros.

No se debe reconocer ningún motivo para separarse de la propia mujer. Acaso también: 'uno debe castrarse'.

No se debe hacer diferencia entre extraños y nacionales, entre extranjeros y compatriotas.

No debe uno encolerizarse con nadie, no debe menospreciar a nadie... Dad limosnas a escondidas — no se debe querer enriquecerse.

No se debe jurar. — No se debe juzgar. — Uno debe reconciliarse, debe perdonar — no oréis en público. —

¡Dejad ver vuestras buenas obras, dejad lucir vuestra luz! ¿Quién irá al cielo? Quien haga la voluntad de mi Padre, que está en el cielo...

La *'bienaventuranza'* no es algo prometido: está ahí, cuando uno vive y obra de ese y ese modo:

¿No es la Iglesia exactamente esto: 'falsos profetas con vestidos de cordero, por dentro lobos rapaces'?...

'Hacer profecías, hacer milagros, expulsar demonios — todo eso es nada'...

De una manera completamente absurda ha sido infiltrada la *doctrina del premio y del castigo:* con ella todo queda corrompido.

Asimismo, la *praxis* de la primera *ecclesia militans,* del apóstol, y su comportamiento son presentados, de una manera completamente falseadora, como *mandados,* como fijados de *antemano...*

La ulterior glorificación de la *vida* y la *doctrina* efectivas de los primeros cristianos: como si todo eso estuviese *prescrito* así... y meramente se hubiera *seguido...*

La entera actitud profética y taumatúrgica, la cólera, la evocación del juicio, son una corrupción horrenda (por ejemplo, Marc. 6, 11 'y aquellos que no os reciban... en verdad os digo, a Sodoma y a Gomorra, etc.').

La higuera.

'Un profeta, en ningún lugar vale menos que en su patria, entre los suyos': un sinsentido, lo contrario es la verdad...

Y nada digamos del *cumplimiento* de las *profecías:* ¡aquí todo ha sido falsificado y aderezado!»

79 Como es sabido, la expresión «hijo de Dios» la emplea frecuentemente la Biblia para designar a Jesús. Nietzsche se inspira aquí en Renan: véase el fragmento citado antes, en la nota 65.

80 Traduzco literalmente esta expresión popular alemana, de fácil intelección, pero que en castellano correspondería a otras expresiones igualmente contundentes.

81 Como es sabido, la leyenda de Anfitrión, en la parte aludida aquí sarcásticamente por Nietzsche, refiere que Alcmena, la esposa de aquél, era tan virtuosa que, para poder unirse con ella, Zeus se vio obligado a tomar la apariencia de su marido legítimo.

82 Es de notar que, en este punto, Nietzsche malentiende este *terminus technicus* de la teología católica, el cual *no* se refiere a que María concibiese «virginalmente» a Jesús, sino a que *ella* fue «concebida sin pecado original». Más adelante (p. 97) Nietzsche vuelve a caer en idéntico malentendido.

83 Véase *Apocalipsis,* 20, 4: «... y revivieron y reinaron con Cristo *mil años*».

84 Las líneas que van desde «Las palabras dichas al ladrón...» hasta aquí fueron mutiladas en todas las ediciones de *El Anticristo* publicadas por el Archivo Nietzsche. Por vez primera las dio a conocer J. Hofmiller en 1931, pero no fueron reintegradas a ninguna edición alemana, hasta la de K. Schlechta (1956). Esta es la primera edición castellana que las reincorpora al texto. La poco honesta intervención de los editores está sin duda motivada porque, en este pasaje, Nietzsche sufre una confusión. Según el *Evangelio*

de Mateo, 27, 54, es el centurión el que, *después* de morir Jesús, dice las palabras que Nietzsche atribuye aquí al ladrón.

[85] Véase *Más allá del bien y del mal* (edición citada, p. 90):

«Suponiendo que alguien pudiera abarcar con el ojo irónico e independiente de un dios epicúreo la comedia prodigiosamente dolorosa y tan grosera como sutil del cristianismo europeo, yo creo que no acabaría nunca de asombrarse y de reírse.»

[86] Un fragmento póstumo del invierno de 1887-1888, que puede ser considerado como un borrador de este § 37, contiene las siguientes precisiones:

«No puede haber mayor malentendido del cristianismo que el suponer que al comienzo está la *grosera historia del taumaturgo y redentor,* y que el tomar las cosas de una manera espiritual y simbólica constituye sólo una forma posterior de la metamorfosis...

Al contrario: la historia del cristianismo es la historia del *tener-que-malentender progresivamente en forma cada vez más grosera un simbolismo sublime...:* a cada expansión del cristianismo sobre masas cada vez más amplias y toscas, que estaban lejos de los instintos originarios del cristianismo (— a las que les faltaban todos los presupuestos para comprenderlo —), fueron apareciendo una historia legendaria, una teología, una fundación de una Iglesia —: la necesidad de las capas más bajas y más tarde de las capas bárbaras trajo consigo la necesidad de *vulgarizar* primero, y *barbarizar* después, el cristianismo...

La Iglesia es la voluntad de mantener en pie, cual si fuera 'la verdad', el lenguaje vulgar y bárbaro del cristianismo — ... ¡y eso todavía hoy!

El platonismo paulino, el platonismo agustiniano —: hasta que finalmente se construyó esa impúdica caricatura de filosofía y rabinismo que es la teología cristiana...

Los indignos componentes del cristianismo:

el milagro
la jerarquía de las almas, el orden en el rango
la historia de la salvación y la creencia en ella...
el concepto de 'pecado'.

La historia del cristianismo es la necesidad de que una fe se vuelva tan baja y vulgar como lo son las ansias que con ella deben quedar satisfechas —

... ¡piénsese en *Lutero!* ¡Qué podía hacer con el cristianismo originario una naturaleza sobrecargada de apetitos tan burdos!

El estadio judío de la *denaturalización:* 'ruina, infelicidad, penitencia, reconciliación' como esquema que subsiste, — por lo demás, odio al 'mundo'.

Jesús va directamente al estado interior, al 'reino de los cielos' dentro del corazón, y *no* encuentra los medios en la observancia de la Iglesia judía — no tiene en nada siquiera la realidad del judaísmo (su necesidad de conservarse); él es puramente *interior* —

Tampoco tiene en nada todas las fórmulas groseras de trato con Dios: se defiende contra la doctrina entera de la penitencia y la reconciliación; muestra cómo hay que vivir para sentirse 'divinizado' —y cómo a eso no se llega con la penitencia y con la contrición por los propios pecados: *'nada importa el pecado'* es su juicio principal. Para volverse 'divino', lo principal es estar satisfecho; en esa medida, incluso el pecador es mejor que el justo...

Pecado, penitencia, perdón —nada de eso tiene algo que ver aquí... eso es judaísmo infiltrado, o es pagano.»

87 «El sentido histórico» es tema abordado por Nietzsche con frecuencia. Ya la segunda de sus *Consideraciones intempestivas* (especialmente en el prólogo y en los apartados 3, 7 y 8) lo considera a la vez como una virtud y un vicio. En *Más allá del bien y del mal* (edición citada, pp. 168-170), Nietzsche dedica el § 224 entero a tratar este tema.

88 Véase *La genealogía de la moral,* tratado primero (edición citada, pp. 29-62).

89 Véase *La genealogía de la moral* (edición citada, pp. 50 y ss.). Todo este § 37 es una reelaboración tanto conceptual como lingüística de los apartados 12 y ss. del tratado primero de la citada obra.

90 En alemán, juego de palabras entre *wissen* [saber] y *Gewissen* [conciencia].

91 Guillermo II, proclamado emperador de Alemania a la edad de veintinueve años, poco antes de que terminase la vida lúcida de Nietzsche, no es mencionado por éste casi nunca por su nombre, sino con la expresión un tanto irónica «der junge Kaiser» [el joven emperador]. La alusión a él es evidente en este pasaje. Por eso el Archivo Nietzsche tachó de todas sus ediciones de *El Anticristo* el adjetivo *junger* [joven], sin duda para evitar molestias de tipo político. Y eso, a pesar de que en *Ecce homo* (primera edición alemana, 1908; traducción castellana citada, p. 25) dice Nietzsche: «Al joven *Kaiser* alemán no le concedería yo el honor de ser mi cochero.» Sólo en la «edición de bolsillo» de 1906 aparece inesperadamente el citado adjetivo, que vuelve a desaparecer de todas las posteriores. Las ediciones modernas restituyen, como es obvio, el tenor literal de Nietzsche.

92 A semejanza de *ev-angelio* [buena nueva], Nietzsche acuña aquí el término *Dysangelium* [dis-angelio, mala nueva]. Más tarde (véase p. 73) Nietzsche llamará a Pablo «dis-angelista».

93 *Christlichkeit:* cristiandad. Para distinguir claramente entre el ser-cristiano, por un lado, y el cristianismo [*Christentum*], por otro, considerado este último como fenómeno histórico-religioso, tal vez sería mejor traducir *Christlichkeit* por *cristianidad:* condición de cristiano.

94 Véase antes p. 49 y nota 48.

95 Recuérdese que el título puesto originariamente por Nietzsche, aunque tachado después, al § 24 de esta obra, es: «La raíz del cristianismo». Ya en el § 15 (véase p. 40) había dicho Nietzsche:

«Todo aquel mundo de ficción tiene su raíz en el *odio* a lo natural (—¡la realidad!—).»

96 Véase el § 295 de *Más allá del bien y del mal* (edición citada, p. 253), donde Niezsche dice: «Que Dioniso es un filósofo, y que, por tanto, *también los dioses filosofan*, paréceme una novedad...». Y en el aforismo inmediatamente anterior, el § 294 (edición citada, p. 251), había afirmado: «Y suponiendo que *también los dioses filosofen*, cosa a la que más de una conclusión me ha empujado ya...» Sin duda Nietzsche alude aquí conscientemente, oponiéndose a ella, a la conocida tesis de Platón en el *Banquete* (203 d): «Ninguno de los dioses filosofa ni desea hacerse sabio» (palabras de Diotima).

Para los «famosos diálogos de Naxos», véase la amplia nota 142 del traductor en *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, p. 162 s.).

97 Véase antes, p. 60.

98 Un amplio fragmento póstumo del invierno de 1887-1888, que contiene una primera versión de los parágrafos 40 y 41, dice así:

«Mi teoría del tipo Jesús

El tipo del 'redentor', corrompido, más aún, destruido...

Causas: el nivel espiritual, en el que todo se va volviendo continuamente grosero, se va desfigurando, se va desplazando, la ceguera absoluta con respecto a sí mismo (—aquí no se ha iniciado siquiera el conocimiento de sí—), la enorme falta de escrúpulos de todos los sectarios para servirse de su maestro como de una apología de ellos— la muerte de criminal de Cristo como enigma...

En el tipo *quedará:* la tosquedad de espíritu: no se vive impunemente entre pescadores

: la falsa generalización, que hará del taumaturgo, del profeta, del mesías, un tipo para todo el mundo —

: la historia y la psicología posteriores de la joven comunidad, la cual introdujo en la imagen de su maestro sus afectos más fuertes —

: el sentimentalismo y el capricho enfermos y desenfrenados, en lugar de toda razón: de tal modo que los instintos vuelven a dominar en seguida —no hay la menor huella de espiritualidad, de disciplina y rigor en lo espiritual, de conciencia rigurosa.

Qué pena que no hubiese un Dostoievski entre esa sociedad: de hecho, a lo que mejor corresponde la historia entera es a una *novela rusa* — seres *enfermos*, conmovedores, rasgos aislados de sublime extrañeza, en medio de cosas disolutas y suciamente plebeyas... (como María Magdalena).

Sólo la *muerte*, la muerte ignominiosa, no aguardada, sólo la cruz, la cual estaba en general reservada a la *canaille* [gentuza], — sólo esa horrorosísima paradoja enfrentó a los discípulos con el auténtico enigma: *¿quién fue?, ¿qué fue?*

El sentimiento trastornado y, en lo más hondo, ofendido, el recelo de que acaso tal muerte fuera la *refutación* de una causa, el horrendo signo de interrogación '¿por qué así?' — pues aquí

todo tenía que ser necesario, poseer un sentido, una razón, una razón suprema —: el amor de un discípulo no conoce el azar:

sólo entonces se abrió el abismo: '¿quién lo ha matado?', '¿quién era el enemigo natural?' Respuesta: el judaísmo dominante, su estamento superior.

— Los discípulos se sintieron *a sí mismos* en *rebeldía contra el 'orden'*

— después concibieron a *Jesús* como alguien que estaba en *rebeldía contra el orden.*

Hasta entonces faltaba en Jesús ese rasgo *belicoso:* más aún, ese rasgo era imposible, dada su mentalidad. Prácticamente también su comportamiento durante la condena y en la muerte fue sin duda todo lo contrario: Jesús no resiste, no se defiende, ora por ellos. Las palabras dichas al ladrón en la cruz no significan otra cosa: si tú sientes que lo justo es no defenderse, no encolerizarse, no hacer responsables a los otros, sino más bien padecer, compadecer, perdonar, orar por quienes nos persiguen y matan: entonces tú tienes lo único que es necesario, la paz del alma — *entonces estás en el paraíso* —

Es evidente que *no* se entendió precisamente lo principal: el modelo de ese estar libre de todo resentimiento:

Una vez más, en efecto, la muerte de Cristo no tiene otro sentido que el de ser el *modelo más fuerte* y la *comprobación más fuerte* de su doctrina...

Todos sus dicípulos estaban lejos de perdonar esa muerte: el sentimiento menos evangélico de todos, la *venganza,* se impuso...

Era imposible que la causa hubiera llegado a su fin: se necesitaba una 'reparación', un 'juicio' (— ¡y nada hay menos evangélico que el premio y el castigo!).

Sólo ahora pasaron de nuevo a primer plano las expectaciones populares de un mesías: la espera de un instante histórico en que el 'juez' viene para juzgar a sus enemigos...

: sólo ahora se *malentendió* la llegada del 'reino de Dios' como una profecía acerca de un acto conclusivo de la historia.

: sólo ahora se introdujo en el tipo del maestro todo el desprecio y toda la amargura contra los fariseos y los teólogos.

: no se entendió lo principal: que precisamente tal muerte misma era la *suprema victoria* sobre el 'mundo' (sobre los sentimientos de enemistad, venganza, etc.) — sobre el mal, sobre *el* malvado, entendido siempre esto únicamente como realidad psicológica interna.

: la veneración de esas almas que habían quedado completamente desequilibradas no soportó el creer aquella válida igualdad de derechos de todo el mundo a ser 'hijo de Dios', que Jesús había enseñado: su venganza consistió en *exaltar* a Jesús de una manera extravagante (— exactamente igual que los judíos habían elevado a lo alto el papel de Israel, cual si el resto entero del mundo fuera su enemigo. Origen de la absurda teología del Dios *único* y de su hijo *único* —).

Problema '¿cómo *pudo* Dios permitir eso?' A esto se encontró

la absurda respuesta 'entregó su hijo para remisión de los pecados, como víctima'. ¡¡¡Cómo había sido malentendido *todo!!!* No hay cosa menos evangélica que el sacrificio reparador, y más aún el sacrificio del inocente por los pecados de los culpables;

: ¡pero si Jesús había suprimido el pecado! — no por la 'fe', sino por el sentimiento de divinidad, de igualdad con Dios.

En el tipo ingresan:

a) la doctrina del juicio y del retorno

b) la doctrina de la muerte como sacrificio

c) la doctrina de la resurrección: con la cual la 'bienaventuranza' entera, el sentido entero del evangelio quedan escamoteados de un golpe, en favor de un estado — 'después de la muerte'...

Pablo, logicizando con insolencia rabínica esa concepción: 'si Cristo no resucitó de entre los muertos, vana es nuestra fe'.

: por fin, incluso, la 'inmortalidad de la persona'.

Y de esta manera, ya en la segunda generación después de Jesús se tenía por cristiano todo aquello que más hondamente repugnaba a los instintos evangélicos

el sacrificio, incluso el sacrificio cruento, como sacrificio de las primicias

castigo, premio, juicio.

un tener separado el más acá y el más allá, el tiempo y la eternidad

una teología en lugar de una *praxis,* una 'fe' en lugar de un modo de vivir

una profunda y mortal hostilidad a todo lo no cristiano.

la entera *situación crítica del misionero* se ha infiltrado en la doctrina de Jesús: todas las cosas duras y malvadas contra quienes no aceptan a sus misioneros deben ahora estar proclamadas ya por el maestro,

una vez que se había vuelto a aceptar en lo principal el juicio, el castigo, el premio, con ellos quedaron empapadas la entera doctrina y la entera sabiduría gnómica de Jesús...»

99 Las expresiones verbales *neinsagen* [decir no] y *neintun* [hacer no] (a veces también *neinwollen* [querer no] y *neindenken* [pensar no]), realmente violentadoras del lenguaje, fueron empleadas por Nietzsche frecuentemente en sus escritos. Véase, por ejemplo, *Así habló Zaratustra* (edición citada, pp. 211, 231, 370) y *Ecce homo* (edición citada, p. 103). Mantenemos su violencia en esta traducción, en lugar de suavizarla.

100 Véase *Carta primera a los Corintios,* 15, 17: «Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. *Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe:* estáis todavía en vuestros pecados.»

101 El manuscrito de Nietzsche contiene la palabra *Dysevangelist* [disevangelista]. Trátase sin duda de un error de escritura, pues, a semejanza del *Dysangelium* (véase antes nota 92), el término aquí apropiado sería *Dysangelist* [mal mensajero].

102 Como es sabido, la patria del apóstol Pablo es Tarso, ciudad en que se desarrolló una floreciente escuela estoica.

103 Véase *Hechos de los Apóstoles*, 9, 3-9, donde se narra la «visión» de Pablo en su viaje a Damasco.

104 Véase antes la nota 45.

105 Nietzsche dice realmente: *auf deutsch* [en alemán].

106 Véase *La genealogía de la moral* (edición citada, p. 168): «Un Pedro 'inmortal', ¡quién lo soportaría!». Y este fragmento póstumo, del invierno de 1887-1888:

«Jesús contrapuso una verdadera vida, una vida en la verdad, a toda vida ordinaria: nada está más lejos de él que el burdo sinsentido de un 'Pedro eternizado', de una eterna perduración personal. Lo que él combate es la presunción de la 'persona': ¿cómo puede haber querido eternizar precisamente a *ésta?*»

107 La expresión «*pathos* de las distancia» la emplea Nietzsche por vez primera en *Más allá del bien y del mal* (véase edición citada, p. 219), y aparece a partir de ese momento en todas sus obras posteriores. Es una condición de la «aristocracia» y de la «autosuperación» del hombre.

108 Nietzsche expresa en diversos lugares su repugnancia por el Nuevo Testamento en general y por los evangelios en particular. Véase, sobre todo, *La genealogía de la moral* (edición citada, página 168).

109 Véase *Evangelio de Mateo*, 7, 1: «*No juzgueis* para que no seáis juzgados.»

110 Nietzsche alude aquí irónicamente al título dado por Goethe al libro sexto de sus *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*: «Confesiones de un alma bella».

111 Aunque Nietzsche aduce aquí como fuente el *Evangelio de Lucas*, 6, 11, ese pasaje contiene sólo la primera frase de las dos citadas por él. La alusión a Sodoma y Gomorra se encuentra únicamente en el *Evangelio de Mateo*, 10, 14-15. En un fragmento póstumo del otoño de 1887, Nietzsche, tras haber citado el anterior pasaje, lo comenta de este modo:

«Y ahora pensemos en esa pobre *chusma de santurrones deslizándose por el país* con tales *maldiciones de juicio final* en el bolsillo.»

112 En el mismo fragmento póstumo aludido en la nota anterior, Nietzsche, tras citar este pasaje evangélico, lo comenta así:

«—una incitación a la *castración;* como se deduce del pasaje paralelo, Mat. 5, 28: '*Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón.* Si, pues, tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti. Más te conviene que se pierda *uno de tus miembros*, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno'. (En el versículo 31 Jesús se encuentra todavía en el capítulo sobre el sexo y en la refinada concepción del adulterio: a saber, la separación matrimonial concebida ya como adulterio).»

113 Nietzsche cita aquí irónicamente, con un pequeño cambio, las conocidas palabras de la obra de Shakespeare *El sueño de una*

noche de verano (V, 1): «¡Bien rugido, león!» En el fragmento póstumo que venimos citando, Nietzsche había calificado esta frase evangélica de «insolentes promesas».

114 El texto alemán que se encuentra en el manuscrito de Nietzsche: «Denn so *ihr* den Menschen ihre Fehler nicht vergebet, wird euch euer Vater im Himmel auch nicht vergeben», fue *modificado* en dos pasajes por los editores del Archivo Nietzsche, sin duda con el «evangélico» propósito de mejorar a Nietzsche y hacerle concordar con el texto bíblico literal (en la traducción de Lutero):

«*Wo* ihr *aber* den Menschen ihre Fehler nicht vergebet, so wird auch euer Vater *eure Fehler* auch nicht vergeben.»

115 En su manuscrito Nietzsche dejó en blanco este paréntesis, acaso por no tener a mano en ese instante el texto bíblico, o por no encontrar el lugar en que se halla.

116 También aquí los editores del Archivo Nietzsche dieron satisfacción a sus ansias de que Nietzsche no errase en sus citas evangélicas; y donde Nietzsche había escrito: «*Gleich darauf*...» [Poco después. .], ellos corrigieron: «*Kurz vorher*...» [Poco antes...]. Ciertamente es «poco antes» (en *Evangelio de Mateo*, 6, 25 y ss.) donde se dice que Dios «viste» a los lirios y a la hierba del campo. El mínimo error de Nietzsche no justifica, sin embargo, la manipulación de su texto.

117 También aquí Nietzsche dejó en blanco el paréntesis en su manuscrito, sin duda por idénticas razones a las aducidas en la nota 115.

118 En el varias veces citado fragmento póstumo del otoño de 1887, Nietzsche comenta este pasaje del modo siguiente:

«— para dar ánimos a los discípulos: 'Alegraos en ese día y saltad de gozo: pues he aquí que vuestro premio es grande en el cielo. *Lo mismo hicieron también sus padres con los profetas*» (¡qué desenfrenada insolencia el insinuar a esa pobre chusma de discípulos que le era lícito sentirse de igual rango que los profetas, porque tienen idéntico destino! —).

119 El fragmento póstumo que contiene anotaciones de Nietzsche sobre estos pasajes paulinos lleva el título siguiente:

«*Tipo de predicación del ressentiment.*
Pruebas de la santa desvergüenza.»

120 Véase edición citada, pp. 29-62.

121 Nietzsche hace aquí uso de la xenofobia depositada en el idioma alemán, varios de cuyos «casticismos» presentan al judío polaco como prototipo del mal olor.

122 La estima tributada por Nietzsche a Petronio es constante a lo largo de su obra. Véase, por ejemplo, *Más allá del bien y del mal* (edición citada, p. 53). Tal aprecio culmina en esta contraposición de Petronio al Nuevo Testamento, atestiguada igualmente en varios fragmentos póstumos. Así, en éste del otoño de 1887:

«¡Qué poco importa el objeto! ¡El espíritu es el que vivifica!

¡Qué aire enfermo y viciado hay en esa excitada palabrería acerca de la 'redención', el amor, la 'bienaventuranza', la fe, la verdad, la 'vida eterna'! Tómese en las manos, por el contrario, un libro auténticamente *pagano,* por ejemplo, Petronio, en el cual, en el fondo, no se hace, ni se dice, ni se quiere, ni se aprecia nada que no sea pecado, incluso pecado mortal, si se juzga con un criterio cristiano y santurrón. Y, sin embargo, ¡qué euforia se siente de aire puro, de la espiritualidad superior del paso rápido, de la fuerza liberada y pletórica, segura de su futuro! En todo el Nuevo Testamento no se encuentra una sola bufonería: pero, con ello, un libro queda refutado... Comparado con Petronio, el Nuevo Testamento no deja de ser un síntoma tanto de una cultura de decadencia cuanto de *corrupción* — y como tal ha obrado, como fermento de la putrefacción.»

123 Véase *Evangelio de Juan,* 18, 38: «Le preguntó Pilato: ¿Qué es la verdad?»

La estima que Nietzsche sentía por Pilato se halla atestiguada asimismo en otros lugares. Por ejemplo, en *Humano, demasiado humano,* II (§ 8 de «Opiniones y sentencias mezcladas»), y en varios fragmentos póstumos. Así, en éste del otoño de 1887:

«Pilato, la única persona *honnete* [honesta], su *dédain* [desdén] por esa charlatanería judía acerca de la 'verdad', como si a tal pueblo le fuera lícito intervenir en la conversación cuando se trata de la verdad, su ἅ γεγραφα, su benévolo intento de liberar a ese absurdo autor de un atentado, en el que difícilmente podía ver otra cosa que un necio...

Su náusea con respecto a esa frase, que nunca se condenará bastante, 'yo soy la verdad'».

124 Como ha quedado demostrado por la reciente publicación de fragmentos póstumos antes ocultados por los editores del Archivo Nietzsche, y sobre todo por las investigaciones de G. Colli y M. Montinari, este § 48 se inspira en gran parte en las pp. 310-336 de la obra de Julius Wellhausen *Prolegomena zur Geschichte Israels* [Prolegómenos a la historia de Israel], Berlín, 1883. Sobre J. Wellhausen y su influencia en Nietzsche, véase antes la nota 55. El borrador de Nietzsche para este § 38, que contiene interesantes precisiones y que permite apreciar una vez más la sutil transfiguración operada en el paso del apunte «privado» a la redacción definitiva para el «público» dice así:

«La angustia de Dios frente al hombre
El conocimiento como medio de poder, de igualdad con Dios.
Valor. Para la historia de la filosofía.

El conocimiento como *medio de poder,* de 'igualdad con Dios'.

La leyenda veterotestamentaria cree *que el hombre está en posesión del conocimiento;* que la expulsión del Paraíso es consecuencia de eso tan sólo en la medida en que Dios tiene a partir de ese instante miedo del hombre y lo aleja del lugar en que se alza el

árbol de la vida, de la inmortalidad; si el hombre comiera ahora también del árbol de la vida, el poder de Dios habría concluido: prescindiendo de esto, la cultura entera es una creciente terribilidad del hombre, simbolizada en la torre de Babel, con su finalidad de 'asaltar el cielo'. Dios divide a los hombres: los dispersa; la pluralidad de lenguas es una medida de urgencia tomada por Dios, éste se entiende mejor con los pueblos por separado, en la medida en que ahora éstos se hacen la guerra y se destruyen mutuamente.

Al comienzo del Antiguo Testamento está la famosa historia de la *angustia de Dios*. El hombre es presentado como fallo de Dios, e igualmente el animal; el hombre que conoce, como rival de Dios, como máximo peligro de Dios; trabajo, calamidades, muerte como medida de urgencia tomada por Dios, para tener sojuzgado a su rival:

LA ANGUSTIA DE DIOS:
el hombre como un fallo de Dios;
e igualmente el animal.

Moraleja:

Dios prohíbe el conocimiento *porque* éste conduce al *poder*, a la igualdad con Dios. En sí el conocimiento le otorgaría al hombre la inmortalidad, suponiendo que éste permanece siempre inmortalmente estúpido.

Crea para él animales, luego la mujer, a fin de que tenga compañía, — a fin de que tenga entretenimiento (a fin de que no caiga en malos pensamientos, en el pensar, en el conocer).

Pero el demonio (serpiente) le revela al hombre qué es el conocimiento.

El peligro de Dios es enorme: ahora tiene que *alejar* a los hombres del árbol de la vida y *mantenerlos sojuzgados* mediante la indigencia, la muerte y el trabajo. La vida real es presentada como una *medida de urgencia tomada por Dios*, como un estado *no natural*... La cultura, es decir, la obra del conocimiento, aspira, *pese a todo*, a la igualdad con Dios: se eleva como una torre para asaltar el cielo. Ahora se descubre que la guerra es necesaria (el lenguaje como causa del 'pueblo'), los hombres deben destruirse a sí mismos. Finalmente, se decide la ruina. —

¡En tal Dios se ha creído!»...

125 Nietzsche cita aquí tácitamente, adaptándolo a su propósito, el conocido verso de Schiller (*La doncella de Orleans*, acto III, escena 6):

Mit der Dummheit kämpfen Götter selbst vergebens
[(Aliados) con la tontería, incluso los dioses luchan en vano].

126 La identidad Eva = serpiente la toma Nietzsche de la p. 324, nota 1, de la citada obra de Wellhausen, quien sigue aquí a Nöldecke. Un fragmento póstumo del invierno de 1887-1888, que alude a este mismo tema (pero cuya fuente es *otra* obra del mismo

Wellhausen: *Reste arabischen Heidenthumes* [Restos del paganismo árabe], Berlín, 1887, p. 217), dice así:

«Eva es la serpiente: ella se encuentra en la cumbre de la genealogía bíblica (entre los hebreos la serpiente aparece ordinariamente también como nombre propio).»

127 Véase *Evangelio de Marcos,* 16, 16. El texto alemán *(selig machen),* con su posibilidad de significar «embobar», encierra un matiz irónico.

128 Alusión a *Evangelio de Mateo,* 17, 20: «Porque yo os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a esa montaña: '*Desplázate* de aquí a allá, y se desplazará, y nada os será imposible.»

129 Parece claro que Nietzsche emplea aquí el término «católico» en su sentido etimológico de «universal».

130 Nietzsche cita aquí su *Ecce homo* (véase edición mencionada, p. 132), donde dice: «En lugar de la salud, la 'salvación del alma' —es decir, una *folie circulaire* entre convulsiones de penitencia e histerias de redención.»

131 Alusión a la frase *in hoc signo vinces* [bajo esta insignia vencerás], referida a la cruz en la conocida visión de Constantino antes de la batalla contra Majencio.

132 En estas últimas líneas Nietzsche alude tácitamente a la obra de J. H. Jung-Stilling, quien en su *Lebensgeschichte* [Autobiografía], obra muy estimada literariamente por Nietzsche, emplea expresiones y narra hechos similares a aquellos de que aquí Nietzsche se burla.

133 Sobre este mismo tema de la relación entre el «mártir» y la «verdad» puede verse también el § 13 de *La gaya ciencia.*

134 Refutar el error, los «ideales», a base de «ponerlos en hielo» o congelarlos, es el método que Nietzsche se jacta de haber empleado en su obra *Humano, demasiado humano.* Véase *Ecce homo* (edición citada, p. 80).

135 Véase *Así habló Zaratustra,* edición citada, p. 141.

136 Sobre la relación de Nietzsche con el escepticismo, véase antes la nota 27.

137 Una fina descripción de lo que Nietzsche denomina «la gran pasión» puede verse en el § 471 de *Aurora.*

138 *Carlylismo.* Alusión a Tomas Carlyle (1795-1881), historiador de la literatura y filósofo escocés, que dedicó varios libros a exponer su concepto del «genio». Nietzsche lo menciona varias veces (por ejemplo, en *Más allá del bien y del mal,* edición citada, p. 208; en *Crepúsculo de los ídolos,* edición citada, pp. 85, 93, 94, 121; en *Ecce homo,* edición citada, p. 57), pero siempre con desprecio. Una descripción más amplia del «carlylismo» la da Nietzsche precisamente en las citadas pp. 93-94 de *Crepúsculo de los ídolos.*

139 Des-simismación: *Entselbstung.* Intento conservar con esta versión literal la violencia lingüística que también tiene el término en alemán.

140 En un fragmento póstumo del otoño de 1887 Nietzsche aclara mejor a qué se refiere al citar estos nombres. Dice así ese fragmento:

«De aquí se sigue, por necesidad, qué aspecto tienen que ofrecer todas las cumbres de la evolución humana a los ojos de los fanáticos de la moral: el aspecto de un *non plus ultra* de corrupción (—piénsese en el juicio de Platón sobre la Atenas de Pericles, en el juicio de Lutero sobre Roma, en el juicio de Rousseau sobre la sociedad de Voltaire, en el juicio alemán *contra* Goethe).»

141 Un fragmento póstumo de la primavera de 1888, que es sin duda la primera versión de este § 55, dice así:

«Religión como *décadence*

Crítica de la fe
Convicción y mentira

1. 'Entre una mentira y una convicción hay una antítesis': no la hay mayor...

2. Pero con razón se ha dicho que las convicciones son enemigos más peligrosos de la verdad que las mentiras (H., d. h.).

3. ¿Es que acaso también la mencionada convicción hay que contarla entre los enemigos de la verdad? ¿Y entre los más peligrosos?

Cada una de las convicciones tiene su historia, sus formas previas, sus tentativas y fallos: deviene convicción después de *no* serlo durante largo tiempo, después de *apenas* serlo durante un tiempo *más largo* todavía...

¿No podría estar, en esos estados embrionarios de la convicción, también la mentira?...

A menudo ella requiere un cambio de personas (—sólo en el hijo deviene convicción lo que en el padre era todavía una tendencia—).

¿Qué es lo que hace que un mentiroso nos venda un error como si fuera una verdad? Su 'razón práctica' (—su ventaja, dicho popularmente).

¿Qué es lo que hace que uno se decida entre distintas posibilidades? Su razón práctica, su ventaja...

¿Qué es lo que hace que uno elija de este o de aquel modo entre diversas hipótesis? La ventaja.

¿Qué diferencia subsiste entre un convencido y un mentido? Ninguna, si ha mentido bien.

¿Qué es lo que hace, qué es lo que determina a todos los filósofos a tener sus convicciones por 'verdades'? Su ventaja, su 'razón práctica'.

La ficción, la utilidad, la conjetura, la probabilidad, la certeza, la convicción — una historia del *pathos* interior, en cuyo comienzo está la mentira, su Dios...

'Yo quiero tener algo por verdadero': ¿es éste el instinto propio de la verdad, o no es precisamente otro diferente, poco riguroso con

respecto a la verdad, pero que conoce la ventaja que la fe trae consigo?...

Suponiendo que haya una ventaja en mentirse a sí mismo, ¿en qué se distingue el *pathos* de la auto-mendacidad del *pathos* de la convicción?...

En la fe, tal como el cristianismo la entiende, ¿quién ha logrado dominar, la listeza o la verdad? La prueba de la fuerza (es decir, de las ventajas que una fe trae consigo) o de... [palabras ilegibles en el manuscrito].

Y lo que hace a los mártires, ¿es el instinto de la verdad, o no es, al revés, un hueco en la organización interior, la falta de tal instinto? Nosotros consideramos al mártir como una *species* inferior: probar una convicción no tiene ningún sentido; lo que se trata de probar es que uno tiene derecho a tener esa convicción... La convicción es una objeción, un signo de interrogación, un *défi*, hay que probar que no sólo se está convencido, —que no sólo se es un *necio*...

La muerte en la cruz no prueba ninguna verdad, sino sólo una convicción, sólo una idiosincrasia (—error muy popular: tener el valor de la propia convicción—? ¡¡¡pero tener el valor de atacar la propia convicción!!!»

142 En su manuscrito Nietzsche dejó un espacio en blanco después de la abreviatura de página. Sin duda se refiere al § 483 del tomo I de *Humano, demasiado humano,* que dice así: «*Enemigos de la verdad...* Las convicciones son enemigos más peligrosos de la verdad que las mentiras.»

143 Este ataque a la historiografía moderna y, más en concreto, a la alemana es un eco de las mordaces alusiones contenidas en *Más allá del bien y del mal* (véase edición citada, p. 205) y en *La genealogía de la moral* (véase edición citada, pp. 179 y s.).

144 Esta última frase, tal como figura en el manuscrito de Nietzsche: «Die Frage 'wahr' oder 'unwahr' in solchen Dingen, von denen Priester reden, erlauben gar nicht zu lügen», debió de parecerles algo oscura o imperfecta a los editores del Archivo Nietzsche, quienes en todas las ediciones la modificaron por su cuenta del siguiente modo: «Die Frage 'wahr' oder 'unwahr' giebt es nicht in solchen Dingen, von denen Priester reden; diese Dinge erlauben gar nicht zu lügen.» En su edición de 1961 Podach fue el primero en dar a conocer el texto verdadero del manuscrito.

145 «Sólo finalidades malas»: *Nur schlechte Zwecke.* El adjetivo «malo» *(schlecht)* tiene aquí el sentido técnico que Nietzsche da a esta palabra en *La genealogía de la moral,* tratado primero (véase edición citada, pp. 29 y ss., y nota 15 del traductor allí). Véase también antes la nota 8.

146 El «Código de Manú» o «Ley de Manú», que Nietzsche acaba de citar también unas líneas antes y del que hará un breve resumen y un análisis en los apartados 56 y 57 de esta obra, es la legislación más antigua de la India; comprende prescripciones religiosas, morales y sociales, y en parte se halla todavía vigente.

Nietzsche conoció esta obra en la primavera de 1888 a través de la traducción francesa de Louis Jacolliot, titulada *Les législateurs religieux. Manou-Moïse-Mahomet* [Los legisladores religiosos Manú-Moisés-Mahoma], París, 1876. La profunda impresión que el conocimiento de esta obra causó en Nietzsche se pone de manifiesto en la carta siguiente, escrita a Peter Gast, desde Turín, el 31 de mayo de 1888:

«Querido amigo... A estas últimas semanas les debo una *enseñanza* esencial: he encontrado el Código de *Manú* en una traducción francesa, realizada en la India, bajo rigurosísimo control de los más altos sacerdotes y doctos de allá. Este producto absolutamente *ario,* un código sacerdotal de la moral, basado en los Vedas, en la idea de casta y en una ascendencia antiquísima — *no* pesimista, aun cuando sí sacerdotal — completa de la manera más notable mis ideas sobre la religión. Confieso mi impresión de que todas las otras grandes legislaciones morales que poseemos me parecen un remedo e incluso una caricatura de ésta: ante todo el egipticismo; pero incluso Platón me parece, en todos los puntos capitales, sencillamente *bien instruido* por un bramán. Los judíos aparecen en este aspecto como una raza de chandalas, la cual aprende de sus *señores* los principios en que se basan los *sacerdotes* para alcanzar luego el dominio y organizar un pueblo... También los chinos parecen haber producido su Confucio y su Laot-se bajo la impresión de este *antiquísimo Código clásico.* La organización medieval ofrece el aspecto de un extraño tanteo destinado a recuperar todas las ideas sobre las que reposaba la antiquísima sociedad ario-india — pero con valores *pesimistas,* que proceden del terreno de la *décadence* racial. — Los *judíos* parecen también aquí simples 'intermediarios', no inventan nada.»

Todas las citas que Nietzsche hace luego del Código de Manú proceden de la traducción francesa citada. Sobre el mismo tema, véase también lo que Nietzsche dice en *Crepúsculo de los ídolos* (edición citada, pp. 73-75).

147 Sobre la *judaína,* véase antes la nota 9. Un breve fragmento póstumo del invierno de 1887-1888 dice así: «La primera degeneración del cristianismo es la infiltración de judaína, — una regresión a formas *superadas...*»

148 Véase *Carta primera a los Corintios,* 7, 2. 9.

149 Sobre el malentendido en que aquí vuelve a incurrir Nietzsche, véase antes la nota 82.

150 Sobre el sentido que Nietzsche da a la expresión «idea moderna», véase antes la nota 10.

151 «Los menos»: véase antes la nota 1.

152 Véase Horacio, *Sátiras,* I, 9, 44.

153 Sin mencionarla, Nietzsche cita aquí su obra *Así habló Zaratustra* (véase edición citada, p. 369).

154 Esta relación entre los sacerdotes y los guerreros, según la cual los segundos liberan a los primeros del desagradable y grosero

oficio de gobernar, la desarrolla Nietzsche también en *La genealogía de la moral* (véase edición citada, p. 35).

155 En alemán, juego de palabras: «Ein *Recht* ist ein *Vorrecht*.»

156 Sobre las relaciones entre la «mediocridad» y ciertas profesiones, y sobre el modo como Nietzsche veía políticamente encarnada en su tiempo esa mediocridad, un fragmento póstumo de la primavera de 1888 — sin duda un borrador de lo que Nietzsche dice aquí — ofrece las siguientes precisiones:

«*Resultado.* Voy a decir todavía una palabra acerca de la tercera fuerza. Los oficios manuales, el comercio, la agricultura, la ciencia, una gran parte del arte — todo eso sólo puede erguirse sobre un suelo amplio, sobre una mediocridad fuerte y sanamente consolidada. A su servicio, y servida por ella, trabaja la *ciencia* — e incluso el arte. La ciencia no puede desear cosa mejor para sí misma: en cuanto tal, ella corresponde a una especie media de hombre — entre las excepciones se encuentra desplazada, — no tiene en sus instintos nada aristocrático, y menos aún algo anarquista. — El poder del centro es mantenido en pie, por tanto, por el comercio, sobre todo por el comercio de dinero: el instinto de los grandes financieros se opone a todo extremismo, — por ello los judíos son por el momento el poder *más conservador* en nuestra tan amenazada e insegura Europa. No pueden necesitar revoluciones, ni socialismo, ni militarismo: si quieren y si necesitan tener poder, también sobre el partido revolucionario, eso es tan sólo una consecuencia de lo dicho antes y no está en contradicción con ello. Tienen necesidad de suscitar ocasionalmente miedo frente a otras orientaciones extremas — mostrando *cuántas cosas* están en su mano. Pero el instinto propio es invariablemente conservador — y 'mediocre'... En todo lugar en que hay poder, ellos saben ser poderosos; pero la utilización de su poder marcha siempre en una *única* dirección. Como es sabido, la palabra honorífica para decir *mediocre* es la palabra *'liberal'*...

Algo que no es pequeño y ni siquiera es verdadero...»

157 *Höflichkeit des Herzens* [cortesía del corazón] es expresión tomada de Goethe *(Afinidades electivas)*, que Nietzsche emplea en numerosas ocasiones.

158 Véase antes p. 28.

159 Como ya se ha indicado en la nota 60, la equiparación entre cristiano y anarquista, desarrollada por Nietzsche en el apartado siguiente, le viene inspirada por la obra de Tolstoi *Mi religión*, que él leyó en traducción francesa.

160 Sobre Epicuro, véase antes la nota 68.

161 La rima es, naturalmente, en alemán: *Nihilist* und *Christ*.

162 Sobre la importancia de los métodos científicos, véase antes p. 37 y nota 30.

163 Las varias alusiones de Nietzsche a San Agustín tienen siempre un tono negativo. Véase, por ejemplo, *La gaya ciencia*, § 359. Nietzsche había leído las *Confesiones* de San Agustín en 1885. En

una carta escrita a su amigo Overbeck desde Niza el 31 de marzo de ese año le dice lo siguiente:

«He leído ahora, para esparcimiento, las *Confesiones* de San Agustín, lamentando grandemente el que tú no estuvieras a mi lado. ¡Oh ese viejo retor! ¡Qué falso es, cómo pone los ojos en blanco! ¡Cómo me he reído! (Por ejemplo, acerca del 'hurto' de su juventud, que es en el fondo una historia de estudiantes.) ¡Qué falsedad psicológica! (Por ejemplo, cuando habla de la muerte de su mejor amigo, con quien tenía una sola alma, y dice que se decidió a seguir viviendo para que, de esa manera, su amigo no muriese del todo.) Algo así es mentiroso hasta la náusea. El valor filosófico, igual a cero. Platonismo aplebeyado, es decir, una forma de pensar inventada para la más elevada aristocracia del alma, acomodada aquí a naturalezas de esclavo. Por lo demás, leyendo ese libro es posible ver las entrañas del cristianismo: asisto a ello con la curiosidad de un médico y filólogo radical.»

164 En numerosas ocasiones manifiesta Nietzsche su gran estima del emperador alemán Federico II. Especialmente expresivos son estos pasajes: *Más allá del bien y del mal* (edición citada, p. 130), y *Ecce homo* (edición citada, p. 99).

165 La fuente para Nietzsche de estos propósitos de César Borgia de convertirse en papa es la obra de J. Burckhardt *Die Cultur der Renaissance in Italien* [La cultura del Renacimiento en Italia] (1869), que él había leído y que se conserva en su biblioteca personal.

En el capítulo 10 de la primera parte de esa obra, titulado «Los peligros del pontificado», Burckhardt, cuando trata de los Borgia, alude varias veces a las intenciones, tanto de César Borgia como de su padre Alejandro VI, de que el primero se convirtiese en papa al morir el segundo. La frustración de ese propósito es narrada por Burckhardt con las siguientes palabras, cuyo eco resuena en el texto de Nietzsche:

«¿Y qué habría hecho César si, en el momento en que su padre moría, no hubiera estado él asimismo enfermo de muerte? ¿Qué conclave habría tenido lugar si, en ese momento, él, armado con todos sus medios, se hubiera hecho elegir papa por un colegio cardenalicio convenientemente reducido mediante el veneno, sobre todo en un instante en que no habría habido ningún ejército francés en la cercanía? La fantasía se pierde en un abismo tan pronto como sigue esas hipótesis. En lugar de eso vino el conclave de Pío III y, tras la pronta muerte de éste, también el de Julio II, bajo la impresión de una reacción general.»

En una carta a Georg Brandes, de 20 de noviembre de 1888, Nietzsche rememora esa misma posibilidad y dice que César Borgia papa habría sido «el sentido del Renacimiento, su auténtico símbolo».

166 Un fragmento inédito de septiembre-octubre de 1888, que parece ser un esbozo de lo anterior, dice así:

«No se debe perdonar jamás a los alemanes el que hayan arrebatado al Renacimiento su meta, su *victoria,* —la victoria sobre el cristianismo. La Reforma es su *oscura maldición*... Y otras tres veces más esa raza nefasta se ha entrometido para frenar la marcha de la cultura —la filosofía alemana, las guerras de liberación, la fundación del *Reich* a finales del siglo XIX— ¡nada más que grandes fatalidades para la cultura!»

167 Traduzco literalmente, con el neologismo «tres-octaverías», el neologismo alemán acuñado por Nietzsche: *Drei-Achtelsheiten.* Es posible que aquí Nietzsche se refiera tácitamente a Wagner y, más en concreto, al *Parsifal,* pues en una nota de octubre de 1888, hablando de Wagner y del *Parsifal,* usa la expresión «catolicismo de tres octavos».

168 En la primera edición de *El Anticristo,* realizada por el Archivo Nietzsche (1894), este último párrafo fue sencillamente suprimido, y no se lo dio a conocer más que en la segunda (1897). La fecha de «hoy», aludida por Nietzsche, corresponde al 30 de noviembre de 1888.

169 Esta «Ley contra el cristianismo» la escribió Nietzsche en un folio suelto, que fue pegado por él a la última página del texto de *El Anticristo* y luego recubierto con otro folio en blanco, pegado sobre el anterior. Cuáles fueron las razones concretas de Nietzsche para hacer eso es algo que hoy resulta imposible determinar con seguridad. Mientras, de esa manera, la «Ley» estuvo «ocultada», sólo resultaba visible al trasluz. Los editores del Archivo Nietzsche (Peter Gast, en concreto) tuvieron conocimiento de ella, pero jamás llegaron a publicarla. El primero en dar a conocer su texto fue Erich P. Podach, en su edición de *El Anticristo* (1961). Su pertenencia a esta obra está admitida hoy por todos los especialistas y queda corroborada por el siguiente fragmento póstumo, de septiembre-octubre de 1888, el cual contiene una especie de *memorandum* para Nietzsche de los últimos capítulos de su obra. Como se verá, Nietzsche pensaba en ese momento que ésta tuviese sólo 60 capítulos (en lugar de los 62 que hoy abarca):

«Cap. 57) La finalidad santa: pensamientos de Manú al mentir.

Cap. 58) Jamás se le deben conceder al cristianismo efectos *humanitarios,* él ha corrompido todo. —La enorme *mengua* que todas las cosas valiosas han experimentado por el hecho de que se haya derrochado seriedad en cosas imaginarias, en cosas *nocivas;* por el hecho de que sólo *a mediados de este siglo* hayan sido tomadas en serio las cuestiones de la *alimentación, vivienda, salud.*

Cap. 59) La gran tentativa de los contravalores —la misión de los alemanes.

Cap. 60) Mis exigencias:

1. Evítese el trato con quienes, antes y después, continúan siendo cristianos, —y esto por razones de limpieza.
2. Teniendo en cuenta los casos en que es evidente que el cristianismo es una mera consecuencia y un mero síntoma

de debilidad nerviosa, evítese por todos los medios que, a partir de tales focos, se propague la infección.

3. Que la Biblia es un libro *peligroso,* que hay que aprender a tener cautela con ella, — que no es lícito ponerla sin más en manos de edades inmaduras.
4. Que se considere, *que se trate* a los sacerdotes como una especie de chandala.
5. Limpiar todos los lugares, instituciones, educación, de la contaminación del sacerdote.
6. Festividades y santos «redentores».
7. Datación del tiempo.»

170 En su obra *Friedrich Nietzsches Werke des Zusammenbruchs* (Heidelberg, 1961) su autor, Erich F. Podach, publica una fotocopia del manuscrito de esta Ley. Sobre las dos palabras «El Anticristo» puede verse perfectamente allí una tachadura hecha por Nietzsche, debajo de la cual Erich F. Podach creyó adivinar las palabras «Nietzsche — Antichrist» [Nietzsche — Anticristo]. Más recientemente (véase *Nietzsche-Studien,* II, Berlín, 1973, p. 128, nota 132), Jörg Salaquarda ha dado a conocer que las dos palabras escritas realmente bajo la tachadura son «Friedrich Nietzsche». J. Salaquarda debe esa información a M. Montinari, uno de los dos editores de la nueva edición de *Obras* de Nietzsche publicada por la Editorial berlinesa Walter de Gruyter.

En el ángulo inferior derecho de la citada fotocopia aparece esta indicación de Nietzsche para la imprenta:

«A continuación una hoja en blanco, en la que estarán sólo estas palabras

Habla el martillo

Zaratustra, 3, 90.»

De acuerdo con esa indicación Podach supone que, tras la «Ley», la conclusión de *El Anticristo* está constituida por el § 30 del capítulo de *Así habló Zaratustra* (tercera parte) titulado «De las tablas viejas y nuevas». Sin embargo, G. Colli y M. Montinari han aducido argumentos en contra, intentando demostrar que la *última* voluntad de Nietzsche no fue incorporar a *El Anticristo* esa cita de *Así habló Zaratustra.* Tales argumentos parecen convincentes, y por eso en esta edición no se incorpora esa cita del *Zaratustra* al texto mismo de la obra. Dado, sin embargo, que ese § 30 se encuentra efectivamente copiado por Nietzsche en una hoja suelta de papel (¿acaso con la *intención* de añadirlo a *El Anticristo?),* y que la indicación que aparece en el manuscrito de la «Ley» no fue nunca anulada por Nietzsche, se transcribe a continuación:

«¡Oh tú voluntad mía! ¡Tú viraje de toda necesidad, tú necesidad *mía!* ¡Presérvame de todas las victorias pequeñas!

¡Tú providencia de mi alma, que yo llamo destino! ¡Tú que

estás dentro de mí! ¡Tú que estás encima de mí! ¡Presérvame y resérvame para un gran destino!

Y tu última grandeza, voluntad mía, resérvatela para tu último instante, —¡para ser inexorable en tu victoria! ¡Ay, quién no ha sucumbido a su victoria!

¡Ay, a quién no se le oscurecieron los ojos en ese crepúsculo ebrio! ¡Ay, a quién no le vaciló el pie y desaprendió, en la victoria, —a estar de pie! —

—Que yo esté preparado y maduro alguna vez en el *gran mediodía:* preparado y maduro como bronce ardiente, como nube grávida de rayos y como ubre hinchada de leche: —preparado para mí mismo y para mi voluntad más oculta: como un arco ansioso de su flecha, como una flecha ansiosa de su estrella: —

como una estrella preparada y madura en su mediodía, ardiente, perforada, bienaventurada gracias a las aniquiladoras flechas solares: —

—como el sol mismo, y como una inexorable voluntad solar, ¡dispuesto a aniquilar en la victoria!

¡Oh voluntad, viraje de toda necesidad, tú *necesidad mía!* ¡Resérvame para una gran victoria! — —.»

Indice

Introducción de Andrés Sánchez Pascual 7

El Anticristo

Prólogo 25
1-62 27-110
Ley contra el cristianismo 111

Notas 113